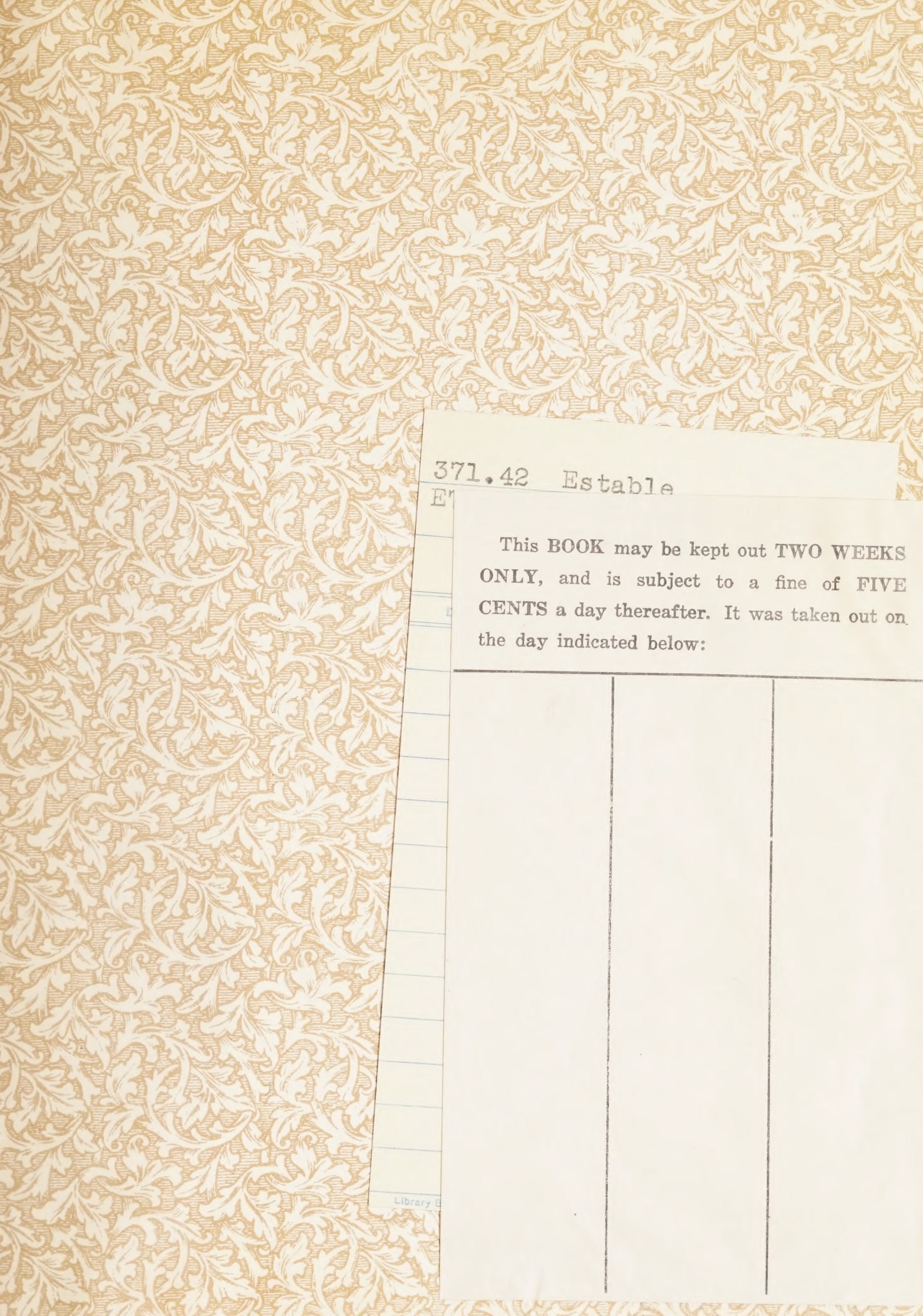




EL REINO DE LAS VOCACIONES

CLEMENTE ESTABLE

EL REINO DE LAS VOCACIONES

FIN DE LA ENSEÑANZA

Comunicado a la Sociedad de Pedagogía en las sesiones de Junio, Julio y Agosto de 1921, con motivo de una conferencia del Dr. Dardo Regules

"Aun para abrirte camino en la selva virgen, aun para levantar un muro, aun para tender un puente, has de buscar, antes, en tí, el secreto.

Dentro de tí hay tendidos ya todos los puentes". - **Amado Nervo.**



CLAUDIO GARCÍA - Editor
Sarandí, 441
MONTEVIDEO
1923

"Aun para abrirte camino en la selva virgen, aun para levantar un muro, aun para tender un puente, has de buscar, antes, en ti, el secreto.

"Dentro de ti hay tendidos todos los puentes". (Amado Nervo).

El prólogo de la primera edición dice así:

Honra a este modestísimo trabajo—que algún día, acaso sea integrado con otro estudio aun inédito—la fina deferencia del señor Comandante Ramiro I. Juan, quien repetidas veces ofreciera, a la Sociedad de Pedagogía y al autor personalmente, publicarlos por cuenta de la Escuela Naval, cuyos destinos dirige. El hecho de que apenas nos conociéramos en el ritual de una presentación, exalta su caballerosidad y mi reconocimiento; y el ser el señor Director de criterio amplio, claro de espíritu, de carácter íntegro y noble de corazón, prestigia las páginas que siguen, cuyo mérito está en lo que cada uno ponga en ellas.

Hoy—agotada la primera edición y por iniciativa del señor Claudio García—doy a publicidad la segunda. Por razones que deben callarse aquí, no se publica el estudio que integraría este volumen.

Clemante Estable.

El Reino de las Vocaciones, fin de la enseñanza

(Comunicado a la Sociedad de Pedagogía, con motivo de una conferencia del doctor Dardo Regules).

Cuando se ha pensado en un problema de grande alcance y un espíritu selecto y noble lo aborda, no se puede ser insensible. Tras ese escudo nos amparamos y si alguien esperaba conferencia, tendrá el pesar de un error y destilará en nosotros la angustia de una traición a sus esperanzas.

Queden la Retórica enhebrando palabras y la Escolástica disciplinando silogismos para quienes gusten pensar corriendo cuentas en el rosario de dogmas sin religión: ¡Qué las ideas salgan al trabajo antes con desaliño que con artificio, cual abejas de la misteriosa colmena del alma!

Conscientes de las complejidades de los problemas pedagógicos, no pretendemos hacer aquí análisis integral. La brillante conferencia de nuestro joven pensador, la dividiremos en dos faces: negativa la una; positiva la otra. No litigaremos por lo que nos quita y destruye—considerándolo en rápidas impresiones—para consagrarle más atención a lo que nos promete, construye y nos da.

I

«La dictadura de los conceptos generales»—gráfica expresión del doctor Regules—es un concepto general afortunado, que como los de Spencer y Guyau que criticara, tiene la virtud de sugerir manantiales de ideas y en el recuerdo anudar toda una trama de hechos. Las palabras obesas (Ortega y Gasset) amenguan energía al estilo. No cabe duda: más acá y más allá de las bellas quimeras, la verdad primero, si el conflicto obliga tomar uno u otro partido.

Las fórmulas limitando geométricamente las realidades como cristales de la Lógica, tienden a detener el progreso intelectual en «falsas precisiones». Lo absoluto «mira a Dios»; lo relativo «mira al hombre». Si la parálisis hace caer el párpado, la pupila del espíritu no recogerá posibilidades que atravesando espesa bruma, vienen como rayitos peregrinos de lejanas estrellas.

Las fórmulas—excepto en las ciencias exactas—encierran doble contenido: el original, que puede ser enunciado de extensas lucubraciones ya expresas, bien tácitas, o concreción que decanta después de largo proceso, y el que ponemos—vaciándolas del original—según nuestros deseos, nuestras doctrinas, nuestras creencias, nuestro temperamento... Las fórmulas de Spencer y Guyau poseen un contenido spenceriano y *guyauiano*, independiente de nosotros, y cuyo «jugo» corre por las páginas morales y pedagógicas de ambos filósofos.

Una frase arrancada de cuajo de la continuidad del pensamiento y sorprendida en las encrucijadas de la polémica, no dice nada o dice todo lo que se quiera, que es una forma de no decir nada.

Sutilizando, toda palabra es una fórmula y en ésta como en aquella, para entendernos hay que recurrir al significado original, aunque no siempre sea concreto y único. Porque nuestras asociaciones no son las mismas, las palabras evocan distintas ideas y sentimientos en cada uno de nosotros.

Sugestiones dejamos correr, no apuntes críticos, ya que el doctor Regules sólo «quiere sugerir la necesidad de no conformarnos en nuestros análisis pedagógicos, con el rótulo general que circula al frente de muchos frascos cerrados, sino

que debemos romper el cuello de vidrio para saber si dentro existe o no, realmente, el oro de alguna piedra filosofal» y ya que más bien se dirige a las frases ventiladas hasta la desecación y desangradas hasta la anemia de su contenido original.

En la cruzada libertadora contra tiranos psicológicos—los más difíciles de destronar, porque mandan a través de nosotros, sin que la voluntad se encrespe, dándonos la ilusión de que somos nosotros mismos—tributamos homenaje a los héroes modernos, cuyas lanzas de fuego se quiebran en las carnes de dictadores que levantan imperios bajo el cráneo y cuyos desvelos custodian la independencia de la patria interior.

Donde haya esclavos voluntarios, habrá dictadura; pero si no se vence en toda la línea, que no se nutra en el engaño de falso gobierno.

II

«Los sabios gobiernan el mundo» (Soca), mas hay por medio una cuestión de tiempo. Los buenos gobiernos deben obedecer a los sabios, que en esencia son *vocaciones superiores trabajando de claro en claro y de turbio en turbio.* En la metafísica kantiana, el hombre es legislador del universo: Los sentidos reciben caóticas excitaciones del mundo externo; el alma las ordena en categorías y les dicta su ley. Psicólogos y metafísicos debaten. Pero no es esto lo que aquí queremos significar. Las verdades escriben el código universal y quienes las descubren son—para el hombre—legisladores del mundo: La ley de la vacuna que nos defiende contra la viruela fué decretada—en último análisis—por Jenner, su descubridor; las de Higiene y Profilaxis, por Pasteur y sus discípulos, a partir de la era microbiana; los sociólogos que desentrañan verdades que rigen las relaciones de los hombres, tarde o temprano legislan; y también legislan los Arquímedes y los Pascal, dictando leyes hidrodinámicas; los Lavoisier y los Proust, los Berzelius y Gay-Lussacc, descubriendo leyes químicas; los Copérnico y los Galileo, nombrando al Sol rey con una cohorte planetaria y cuya corona, ascua de oro, nadie ha osado arrebatar; y los Keplero y los Newton y los Einstein, poniendo orden en el Olimpo, como Zeus entre patrulla de dioses rebeldes...

Los capaces de consagrar lo mejor de su vida a las funciones de gobierno directo o indirecto, que exige nuestra organización, debieran dirigir los destinos desde los puestos que les corresponden sin disloque de aptitudes. Y aquí pensamos con el doctor Regules: La vocación ejecutiva daría una clase directora digna y sana, con espaldarazos a la audacia y a la máscara.

III

«Un cabrerizo se distrae combinando montones de pequeños guijarros. Llega a ser un calculista asombroso en prontitud y precisión sin otro recurso que un breve recogimiento. Pasma el conflicto de números enormes que se amalgaman con orden en su espíritu, pero que a nosotros nos abruma su sólo enunciado, mezcla inextricable. Ese maravilloso prestidigitador de la Aritmética tiene el instinto, el genio, la «bosse» del número.

«Un segundo, a edad en que la bolita y el trompo hacen nuestras delicias, olvida el juego, se marcha al lugar de los ruidos y escucha cantar en sí como un eco de arpas celestes. Su cabeza es una catedral plena de resonancias de un órgano imaginario. Ricas sonoridades, íntimo concierto oído por él sólo, lo sumergen en el arrobamiento. Paz a ese predestinado que un día, con sus combinaciones musicales suscitará en nosotros nobles emociones. Tiene el instinto, el genio, la «bosse» de los sonidos.

«Un tercero, chiquillo que todavía sin embadurnarse no sabe comer su rebanada de pan con dulce, se complace en modelar la arcilla en figurines de verdad sorprendente en su ingeuna insuficiencia. Con la punta del cuchillo hace gesticular la raíz del brezo bajo forma de máscara graciosa; trabaja el boj grabando cordero y caballo; burila sobre la piedra blanda la efigie de su perro. *Laissons-le-faire*, y si el Cielo lo secunda será, acaso, escultor renombrado. Tiene el instinto, la «bosse», el genio de las formas.

«Así en cada rama de la actividad humana, artes y ciencias, industria y comercio, literatura y filosofía. Tenemos en nosotros, desde el principio, el germen de eso que nos distinguirá de la mezcla vulgar».

Perfiles que en «Souvenirs Entomologiques» traza la encantadora pluma del entomólogo de más genio que Apolo pasease en su eterna excursión por la Vía Láctea. Después de interrogar a los insectos con evangélico amor y respeto bíblico, Fabre—sabio y poeta—escudriña su pasado buscando las fuentes de la vocación con la misma sencillez con que interrogara a los «escarabajos taciturnos» y condensa su pensamiento

«Los unos y los otros poseemos, en direcciones diversas y en grado más o menos elevado, las características que nos marcan con un sello especial, características de origen insondable. Ellas son porque ellas son, y ninguno sabe más».

El significado etimológico de la palabra vocación (del latín *vocatio-acción de llamar*) explícase por la creencia en el llamamiento divino, con el que Dios inclinara las almas a elegir algún estado y especialmente el religioso. Pero la Etimología se enclava en el pasado y el progreso enriquece los vocablos con acepciones nuevas. Fabre define la vocación como el instinto, como el genio, como la *joroba* (bosse) (1) que domina la trivial uniformidad, a la manera de un cerro en la planicie. Rodó, ya como *la conciencia de una aptitud determinada*, bien como un *instinto personal que señala el sitio y la tarea* en el orden del mundo. Bergson, como un lado, como una vista, como una forma de la intuición que se descubre incompletamente.

El Arte—en la estética bergsoniana—separa los símbolos corrientes, las generalidades convencionales, las etiquetas de la realidad, que transparenta desprendiéndose de la vida como acción y «si este desprendimiento fuese completo, si el alma no se adhiriese a la acción por ninguna de sus percepciones, sería un alma de artista como aún no lo ha habido en el mundo. Este artista descollaría en todas las artes a la vez, o más bien, las fundiría todas en una sola. Percibiría todas las cosas en su pureza original; tanto las formas, los colores y los sonidos del mundo material como los más sutiles movimientos de la vida interior.

«Pero sería pedir demasiado a la Naturaleza. Hasta para aquellos que ella creara artistas, no ha levantado completamente el velo; sólo lo ha levantado accidentalmente y por un sólo lado....

« De ahí la diversidad de las artes en su origen. De ahí también la especialidad de las predisposiciones»...

La psicología comparada y evolucionista quizá descubriese en el tropismo los antecedentes remotos de la vocación y en

---

(1) Hemos traducido "*bosse*" por "*joroba*" en vez de ***disposición***, como correspondería en la acepción usada, porque nos parece que Fabre—respondiendo al juicio vulgar le da un sentido irónico.

ésta, algo así como un tropismo del cerebro. El espíritu se orientaría en la dirección de impresiones, ideas y sentimientos determinados, a semejanza de monoplastidarios cuyo fototropismo positivo los mueve hacia puntos luminosos. Autores hay (Jennings) que consideran intencionadas las preferencias de los unicelulares y postulan aptitud y afectos predominantes al expresar que *acuden a la luz porque la aman.* Otros (Loeb) explican los tropismos por *sensibilidad diferencial* y por causas puramente mecánicas. A juicio de Pi y Suñer, «no es justificable oponer los trabajos de Jennings y sus seguidores a los de la escuela de Loeb sobre los tropismos. No se trata de dos conceptos que se excluyan, sino que se pasa de uno a otro naturalmente y sin transición. Esta parece ser la tendencia de los naturalistas franceses, con Giard y Delage especialmente, demostrando como es por progresiva complicación de los fenómenos de reacción a los estímulos que se pasa del tropismo a la respuesta más compleja y más aparentemente intencionada».

Diríase que el tropismo—en sus fenómenos generales— busca la mejor adecuación de los seres al mundo externo y sin desplazamientos de constantes adquiridas, con el mínimo de cambios hondos, adaptarlos a un medio donde puedan reaccionar conservando su unidad como eje de transformaciones incesantes; y la vocación, el sitio donde el sujeto no se desdoble y sean un todo contínuo con su obra, procurando la unidad entre el hombre que siente y piensa y el hombre que actúa y lucha para sostener dignamente su vida.

El paralelo quizá cautive a quienes vean en el hombre—siguiendo los cánones de la Filogenia y de la Ontogenia—el portaestandarte indeclinable de toda la caterva zoológica que por siempre la herencia puso detrás de nosotros; pero los términos más o menos precisos de una ciencia no resuelven los problemas de otras ciencias y suelen escamotearlos. No queremos aquí afirmar ni negar rotundamente nada: todo para meditarse.

La vocación se manifiesta como una dominante ora psicológica, bien psico-motriz; ya sea «ideotropisma», o según energía y superioridad decrecientes, instinto, inclinación o tendencia (Mercante), jamás debe confundírsele con cualesquiera impulsos innatos que dominen la conducta. Su sentido es la

aptitud—háyase o no anunciado a la conciencia—*para ciertas disciplinas,* sean del cerebro, sean del músculo, que *ejercitándose constituye la cima de la personalidad.* Se equivocan quienes no disciernen entre enseñanza vocacional y enseñanza especializada, porque aun cuando la enseñanza vocacional implique ésta, no siempre la enseñanza especializada supone aquélla.

Toda vocación comprende una aptitud; pero toda aptitud no implica vocación: la vocación es la aptitud más la pasión; es la aptitud con un halo de amor.

IV

Los fundamentos de «El Reino de las Vocaciones» los ordenaremos así: 1.º psicobiológicos; 2.º éticos; 3.º lógicos; 4.º pedagógicos; 5.º sociológicos.

1. *Fundamentos psicobiológicos.*—La conquista más trascendente de la Paidología consiste en haber destacado la personalidad del niño sobre base científica. El tipo que se recorta en los promedios de la psicología general es una abstracción que no plasma en ningún alumno cuyas palpitaciones han de auscultar maestros y profesores. «Todo ser humano es único: formado con elementos del pasado, representa un agrupamiento absolutamente nuevo» (Friedel). Desde cierto punto de mira, el cuerpo que nos caracteriza a cada uno de nosotros, es la estatua de nuestro «yo», también característico. Las diferencias fisonómicas son pruebas palpables de diferencias más profundas.

«Los conceptos de función y forma se confunden hasta tal punto—asevera el ilustre autor de Los Mecanismos de Correlación Fisiológica—que se superponen, como los conceptos de composición química y estructura». La Morfogenia ha demostrado que la personalidad anatómica tiene su causa en la personalidad quimio-fisiológica, de análoga manera que la causa de las formas cristalinas está en la naturaleza química de los cuerpos, aunque hoy se admita que función y órgano son simultáneos en la génesis. La armonía biológica—dilucidada por los fisiólogos modernos—desprende como corolario de ello, la personalidad psíquica, que además la afirman las observaciones de todas las horas, sean elementalísimas o profundas.

El «paidocentrismo fué la primera consecuencia pedagógica que se desgajara de la convicción de que cada niño encarna una personalidad inconfundible, que no debe violentarse. Y si el niño es centro a cuyo alrededor ha de girar la enseñanza, trazando tantas órbitas como alumnos, sin salir de los contornos que delinea la personalidad, parece que la única pedagogía legítima—no por exclusión de la general, sino por complemento obligado en las verificaciones—fuese la pedagogía individualizada (Search sostiene que la enseñanza debe ser-

individual). Volveremos sobre este asunto, cuando el decurso del pensamiento lo evoque.

El fin de la enseñanza vocacional no radica en desenvolver la personalidad en cualquier dirección: la aptitud dominante es su norte. Independiente hasta ciertos límites del concepto filosófico de personalidad, sea «la individualidad tomando conciencia de ella misma»—acepción estrecha, porque no comprende el *yo sub-liminal*—sea que el espíritu como «plenitud funcional» no permita «la definición de la *personalidad* como *individualidad*», entidades acaso distintas, pero imposible separarlas... lo que necesita—condición imperativa—es discriminar vocaciones verdaderas y espurias.

La enseñanza vocacional continúa la línea del movimiento hereditario de más empuje—siempre que no contravenga la Etica—a beneficio de la ley de inercia biológica; pone a cada individuo en el sitio donde mejor se adapte a la función (adaptaciones internas y externas, que prolongan en la acción las preferencias que viven en el alma) y donde, a su vez, puede ser más original, más fuerte y más capaz — por lo tanto— modificar el medio; correlaciona obrero y trabajo armónicamente con Natura, poniendo la reja de arado con prelación en las *líneas de fuerza del espíritu,* en cuyas direcciones hay más probabilidades de que broten árboles gigantescos—como divina creación del ánimo—que cargando frutos nuevos alcen al cielo brazos infatigables.

2.ª *Fundamentos éticos.*—La vocación puede ser para el hombre, un ideal que oriente toda la vida y que realizándose día a día, se refresque en vez de marchitarse. «Cuando falta en tu alma energía central que dé tono y norte a tu vida, tu alma es un baluarte sin defensa, y mil enemigos que de contínuo tienen los ojos sobre él, caen a tomarlo, compareciendo así de la realidad que circunda como del fondo de tu propia personalidad. Los que proceden de afuera son las tendencias vulgares, ocultas tras la apariencia de las cosas». El Maestro de Ariel ha visto como nadie las proyecciones morales de guiarse por los dictámenes de la vocación Para no diluirse en mórbidas despersonalizaciones, necesítase una idea dominante que discipline energías que irrumpen fatalmente, por la misma naturaleza de la vida; y para que el vicio no

marque llagando con las puntas de fuego de baja pasión, ni se sienta el trabajo como castigo en «valle de lágrimas», hay que procurar, a cada uno, tareas que no malogren la personalidad y la eleven, en cuyo pináculo—cual palomas en alto campanario interior—paran vuelo las ideas que han bebido en el lago del corazón.

El hombre y la obra se dignifican cuando ésta es aquel mismo continuándose, cuando el hombre que hace retrata al hombre que piensa y cuando el hombre que piensa ama al hombre que hace. Encanta el sabio que vive todo en cada pesquisa, como el chicuelo cuyos actos sin «entre telones» prolongan el alma en graciosa continuidad Las acciones francas—llamamos así a las que reflejan el estado actual de espíritu—atraen con el magnetismo de la simpatía. (1) Los afectos que universalmente se prodigan a todos los seres pequeñitos, tiernos—humanos o no—reciben límpido caudal del sincronismo entre sentir y hacer. Las *prevenciones* que van descorriendo los años, *separan al yo que siente y piensa del yo que hace*, marchitando simpatías, aislando y amargando la vida.

Repugna a la Moral que el hombre introspectivo esté de pie, junto al hombre que actúa, acusándolo perpetuamente de traidor: la vocación une—por su lado—el alma a la obra.

Una réplica con visos de argumentos irrefragables es que *el seguir las direcciones innatas en acatamiento de la vocación, curariza la voluntad*: Desplegando la vida en las actividades que nos son más fáciles, prolongando las vías de tendencia hereditarias, laborando en lo que place... parece que la voluntad quedara inempleada, o que se suprimieran gimnasias que la fortifican. Realizar tareas para las cuales no se cuenta con aptitud ni afectos, poner cortapisa a los movimientos espontáneos, combatir donde haya más resistencia y el riesgo raye más alto... ¿no es escuela en cuyo esfuerzo y dolor la voluntad se templa cual acero toledano?

Y si una aptitud es vigorosa y otra débil ¿no habría que

---

(1) Siempre que no desborde lo grosero, en cuyo caso lo molesto y combatible, no es la franqueza en sí, sino la incultura.

amparar preferentemente a ésta, en homenaje al hombre armonioso?

Desde luego, la vida complejísima no puede correr toda por el cauce de la vocación. Esta no es lo único—verdad clara y sencilla como un axioma—sino el norte de la vida. Absurda la creencia de que en «El Reino de las Vocaciones» las voluntades se inhiben: la misma vocación estimula al ejercicio de la voluntad. Creemos más acertado afirmar que la polariza en su propio plano. ¿Quiénes son los titanes del esfuerzo sino esos hombres de fe candente, inflamados por la vocación, que no cejan en el desenvolvimiento y forja de la personalidad y que ni en las horas crepusculares de la vida se retiran del yunque?

¡Sería aventura exótica de arbitrario, caprichoso, indigno Caballero de la Tabla Redonda, que se acometiera contra la vocación—penacho y nobleza de la personalidad—para endurecer voluntades como músculos contraídos... cuya gimnasia—aconseja la cordura—debe realizarse no en adversidad, sino en armonía con la vocación: Frenando tentaciones subalternas, puliendo la conducta de todas las horas, rompiendo cadenas de intereses mezquinos, quemando las naves en el heroísmo del trabajo perseverante, sostenido, sin cobardes retiradas del «Príncipe Rubio»!...

3. *Fundamentos lógicos.*—La vocación es creadora y sea en la obra de las manos, sea en la del intelecto, ya en el detalle, bien en la esencia, deja la marca imborrable de la personalidad. Como continúa líneas que parten de cada uno, nunca se superponen totalmente: Los exploradores de verdades—cuyo fin no puede ser la verdad descubierta—van a selvas vírgenes, donde se ocultan flora y fauna desconocidas, por los caminos de las vocaciones. (1)

La repetición, en lo moral, jamás desdora la personalidad. Al contrario, los actos buenos repitiéndose desde el Génesis hasta el Juicio Final, la organizan y nunca desmerecen los valores éticos de quienes los ejecutan. Pero en lo intelectual,

---

(1) La casualidad tiene fama de tráer descubrimientos a los hombres como los Reyes juguetes a los niños, pero el azar *«ne favorice que les esprits preparés»* (**PASTEUR**). -- Los miles de páginas històricas sòlo cuentan--en este orden de hechos--con un renglón de excepciones.

el repetidor—meritorio desde muchos puntos de vista—no existe como «uno» y a la postre, se diluye y desvanece en las fuentes originales: *la originalidad es inmortal; la repetición está condenada a muerte por el fallo inapelable de los tiempos.*

La independencia de juicio—no la anarquía ni la intolerancia—construye la carta orgánica de «El Reino de las Vocaciones». La autoridad—como enorme peñasco en hombros de Sísifo—ha encorvado la lógica en estériles ascenciones la montaña. La vocación—más o menos fecunda—siempre es creadora y en sus dominios respectivos, la autoridad no es ley.

No implica desacuerdos sistemáticos ni ruina de todas las estatuas («Si os buscáis no me encontraréis» es aforismo de Nietzche) y opone las personalidades a las reencarnaciones de las Forquis, que no poseyendo vista ni dentaduras propias las tres miraban con un mismo ojo y mordían con un mismo diente, paseándolos de órbita a órbita y de mandíbula a mandibula.

Oportunamente anotaremos la posible estrechez de criterio a que podría conducir la enseñanza vocacional.

4.º *Fundamentos pedagógicos.*—El vastísimo espíritu de Ingenieros—después de haber destacado las diversidades intelectuales—afirma: «Todo individuo nace con tendencias afectivas y activas que desarrolla bajo la influencia de una particular educación».

La enseñanza vocacional subsana el funesto equívoco de adaptar las personalidades a los programas, torturándolas, en vez de los programas a las personalidades, afianzándolas sin desequilibrios peligrosos. Cargar a todos con el mismo peso es una herejía pedagógica cuyas consecuencias son, por una parte, los repetidores, y por otra, la inhibición parcial de quienes sienten a Hércules en sus músculos.

Si un niño es rápido y claro en las asignaturas A, B, C,... y tardío y turbio en A' B' C'... ¿por qné ha de desandar *todo* el camino andado, repitiendo los tópicos de A, B, C,... al no saber bien los de A' B' C'... que señala la línea de las aptitudes dominantes, o, sin prejuzgar sobre valores intrínsecos,

de la mayor rapidez de aprendizaje, en las circunstancias dadas? (1)

¡Siempre adelante!... y con todos los discípulos, pero no cada año comenzando programas hechos, sino tomando el hilo en cada rama y donde lo haya dejado cada alumno; y sin abandonar conocimientos indispensables para proseguir, llevarlo lejos, acorde con las aptitudes y libre de las preocupaciones antipedagógicas de nivelar en todas las materias a todos los escolares. Esto no niega la enseñanza colectiva: la complementa.

La personalidad es imperativo de la psicología de todos los lugares, de todas las escuelas y de todos los métodos. Y la Pedagogía—bajo pena de muerte—no puede desacatar las verdades, única autoridad en la Lógica y en la vida. Exagérase—no obstante—al desautorizar toda pedagogía colectiva. Dos errores socavan este radicalismo: 1.º Que cada individuo es *totalmente* distinto a los otros; y 2.º, que la enseñanza *es recibida como se da,* sin advertir que *a despecho de todos los procedimientos, el alumno aprende a su manera.*

La vocación—una vez encauzada—tiene en sí fin e impulso, y sin cálculos en aritmética de Bentam, sin móviles subalternos ni conquistas bastardas, mueve a una sostenida auto-cultura: He aquí el «elan» educativo, Quijote de la personalidad y timbre de honor y gloria. Y obra inmortal de la Pedagogía es poner a cada hombre *en la dirección de su «elan» educativo.*

5.º *Fundamentos sociológicos.*—Los méritos sociales del hombre están en función de la cualidad y cantidad de sus obras. Se ha definido a los grandes hombres como *aparatos que pueden producir grandes trabajos* (Ostwald, «Les Grands

(1) La educación, en suma, será tanto más racional cuanto más respete lo que podemos llamar, con Ortega y Gasset, el paisaje de cada niño y de cada edad; y esto es precisamente contrario a lo que ha prevalecido, a lo que prevalece, a lo que querrá prevalecer en la escuela; porque la escuela, como persigue el propósito de encaminar hacia ese mismo fin al mayor número de niños que le sea dado contener, se resiste a la libre expansión de la individualidad». (De nuestra inteligente educacionista Enriqueta Comte y Riqué, 2.o Congreso Americano del niño). -- Veremos al buscar criterio para discernir vocaciones, cuan impreciso suele ser el paisaje del niño y cómo la *libre expansión* puede malograr verdaderas personalidades más o menos ocultas y tímidas.

Hommes», traducción francesa, 1919). En el surco que se abre siguiendo *las líneas de fuerza del espíritu,* la criatura humana obtiene el máximo rendimiento. Al cambiar de dirección, toda energía vital deja residuos—mecanismos que se abandonan—cuya pérdida repercute en el «coeficiente económico..

No olvidamos que la vida monta mecanismos nuevos sobre los viejos y que suele ganar en robustez por el juego de sus engranajes; pero el esfuerzo no viene del cambio de dirección en sí, procede de acopios ignorados y de raudales y afluentes cuyas linfas ocultaban las noches. El concienzudo profesor de Leipzig, que escribiera el denso libro «Grosse Männes», destaca *la capacidad de transformar energía como causa principal en el rendimiento del trabajo humano.* Y es en El Reino de las Vocaciones donde más se eleva el «coeficiente económico» $\left(\text{Coef.} = \dfrac{\text{trabajo efectivo}}{\text{energía empleada}} \right)$, porque no hay divorcio entre espíritu y obra—la energía vital se transforma imperfectamente en trabajo útil, si *la procesión anda por dentro con los cristos,* los santos, las cruces y los feligreses de todas las parroquias del ánima—y porque ocupando cada uno su lugar, pondrá en juego los resortes más potentes y tendrá que vencer menos resistencias que descentralicen la acción.

Alemania, Inglaterra, Norte América... consagran análisis prolijos a las condiciones psicofisiológicas requeridas en las diversas actividades industriales y se esfuerzan para que no se disloquen las aptitudes. El azar a veces «hace las cosas bien» pero malgasta fortunas cuantiosas. «Confía la sociedad en que cada cual irá instintivamente a parar al sitio que por las disposiciones, capacidades o dones psicofísicos le lleven sus deseos naturales, su interés; hecho que la realidad encárgase de desmentir con mucha frecuencia, siendo el principal obstáculo para ello el desconocimiento que de sí propio posee todo joven, pues es ya tarde cuando llega a descubrir cuales sean en realidad sus puntos fuerte y flaco, ya dentro de la corriente de una profesión determinada en la que empleara sobrada energía y en la que acaso arraigó intensamente. Ningún plan de educación da al individuo probabilidades de conocerse. El interés por tal o cual orientación que pueda

esbozarse ya en el período escolar, hállase no poco influído por circunstancias accidentales, en las que se destacan, ya la personalidad del maestro, ya el método de instrucción o bien las sugestiones de ambiente y tradiciones domésticas; todo lo cual es motivo de que la preferencia individual apenas pueda destacarse de manera espontánea» (Munsterberg). En la economía social, el trastorno de las aptitudes es un derroche de fuerza incomparable. Donde uno cavando encontraría ricos filones, otro desespera no hallando más que desengaños.

Hiere a la sociedad y a la raza *limar ciegamente cualquier faceta opaca, mientras aptitudes reales se asfixian en el polvo de acero.* A manera de epitafio a las vocaciones que dislocadas mueren, existe éste, escrito en la frente de todas las profesiones: *Aquí no son todos los que están, ni están todos los que son.*

Desde el punto de vista social, vale más ser un buen mecánico—por ejemplo—que un mal médico.

La enseñanza con mira a las vocaciones tiende a poner orden contemplando las aptitudes. No es que obligue a nadie a trabajo forzado: pone a cada uno en la pista donde la vida hará su carrera más brillante. Y quien sepa hasta el convencimiento cuál es la cantera que guarda su oro, el aluvión que junta sus diamantes, el bosque en que anida su pájaro azul... ahí concentrará el alma y ahí ejercitará sus brazos.

V

¿Hay lugar para todas las vocaciones y vocación para todas las actividades? A lo primero responderemos que el espacio es infinito y que las vocaciones no se estorvan unas a las otras: se compenetran, se equilibran y armonizan. A lo segundo, imposible contestar con tal laconismo; y mucho será resuelto sólo por la experiencia, que jamás adelanta opiniones. El conocimiento y la acción se bifurcan sucesivamente—aunque el cerebro no tenga asignaturas ni el músculo, oficio—y lo que hoy es tímida yema arrodillada entre hojuelas cual virgencita en capilla de esperanzas, mañana será rama conquistadora de espacio con nuevas yemas y ostentando frutos dorados...

¿La vocación es causa o efecto de las divisiones incesantes? Planteo similar al de si *el órgano crea la función o la función crea el órgano.* Si las vocaciones fueran la causa, no cabría duda de que existe vocación para todas las actividades. Una simiente que deja caer el azar, con frecuencia despierta vocaciones que velan por su desenvolvimiento. La Física con Hansen inventa el microscopio y tras él (1665), Hooke descubre la célula. A partir de aquí, el hombre se unilateriza por vías hasta entonces insospechadas, surgen colaterales imprevistas y merced a vocaciones cada vez más y más selectivas, nacen nuevas ciencias.

Incuestionablemente que la vocación desplegándose en abanico no es la única causa de las divisiones del trabajo intelectual y menos aun del trabajo de las manos: la necesidad es causa principalísima, a cuya diestra podrá o no ir la vocación correlativa; pero la enseñanza no debe inmolar aptitudes en holocausto a dioses bárbaros, y si hubiera desiertos, a ellos se encaminarían, por ley de competencia, quienes no tuviesen vocación. Y aquí engrana otro problema: todos los mortales ¿tienen alguna vocación? ¿Existe su universalidad?

Desde el genio a los temperamentos amorfos (Ribery) hay una rica gama vocacional. En nuestro sentir, el radio psicológico de la vocación es inmensamente más extenso que el radio trazado por las vocaciones reveladas. Sinnúmero zo-

zobra en piélago tenebroso y las mismas vocaciones geniales, necesitan «encontrar en el medio ciertas condiciones favorables a su desarrollo» (Ingenieros) aunque una vez encauzadas no las tuerce nadie, ni todos los astros del universo tirando como gigantescos corceles.

Los grandes hombres aparecen como variaciones bruscas, a semejanza de los albinos y de las mutaciones que descubriese Hugo de Vries en la Enothera Lamarckiana, con la restricción de que constituyen algo así como una nueva especie cuyo principio y fin están en un sólo individuo. Apoyándose en datos históricos, en las leyes de Mendel, en la teoría de Weismann relativa al transformismo (cálidamente combatida por Le Dantec y Delage)... hase emitido la hipótesis de que los grandes hombres son el resultado de yuxtaposiciones *sui generis* de caracteres inmortales, existentes a lo largo de su genealogía y cuyo orden no se trasmite jamás, siendo una sola vez en la herencia de cada familia, como si ésta agotara su genio para siempre, concentrándolo en un miembro, la época de cuyo nacimiento nada permite precisar *a priori*.

VI

Quienes carezcan de pasiones crónicas, canalizadas por grandes ideas, tendrán, al menos, ligeras preferencias, de las cuales la enseñanza vocacional sacará partido fecundo. La vida es creadora y una diferenciación imperceptible en los comienzos, abre inmensas perspectivas. Hay momentos decisivos en que la vida incuba—como el ave a las tibiezas del corazón —todo un porvenir: Del áspero golpe de un pedernal con otro pedernal brotó la chispa—«simiente de luz»— en la época umbría del «hombre-fiera» y quizás el filo de la piedra haya herido la piel y haya saltado la sangre (Ameghino) regando el germen que encerrara todas las posibilidades de la industria, de la ciencia y de las artes. «El descubrimiento del fuego ha sido la era inicial de la Humanidad... Surgió el fuego, y una mutación visible y prodigiosa se operó en el drama de la Creación. El hombre que era su esclavo, conviértese súbitamente en el rey. Rompe la cadena que lo amarraba a la animalidad, y ella, desde entonces, la arrastra esclavizada por su nuevo amo. Ya las fieras no se atreven a aproximarse a su antro: el fuego lo defiende como dragón flamígero. Ya la crudeza del invierno no le hiela el cuerpo, la antorcha le abrevia la interminable duración de las noches. Ya no vuelve a devorar carne cruda, ni tritura más huesos para sorber el tuétano; lo que aun conserva de carnívoro en su alimentación, el fuego lo atenúa y lo purifica; los miasmas contagiosos de ferocidad que subsistían en la carne, se evaporan mediante la cocción»... (Paul de Saint Victor). Una ligera diferencia en el tactismo, provocada por el estímulo constante de la luz, acaso sea el origen del ojo, que descubre al espíritu maravillas del mundo y cuya arquitectura y cuya fisiología pasman a los sabios...

Como la Humanidad, como la vida toda, cada uno de nosotros pasa por momentos decisivos, de donde parten posibilidades que penetran el porvenir, cual golondrinas en busca de radiante primavera. Y debemos acechar esos momentos cuya frecuencia se reduce con los años, y así nuestro porvenir será menos contingente, teniendo en nuestra voluntad una fuerza efectiva.

El cultivo esmerado de dominantes que apenas apunten en la personalidad ¿puede crear una vocación? El verbo *crear*—partiendo de la nada—es incomprensible; y aquí no arrancamos de lo absoluto, sino de un «substratum» hereditario, en que las preferencias poco pronunciadas no significan vocación.

Un sentir de Ribot, para ser pintor—vaya en vía de ejemplo—se necesita *cierta conformación del órgano visual.* Opínase por anatomistas reputados, que la aptitud para la música se halla supeditada al *ángulo de inclinación de la membrana timpánica.* En los músicos sería superior al normal (Bonafont y Sehwartz) que oscila entre 40° y 45°; en quienes carecen de dones musicales, inferior (Lucoe); y la sensibilidad auditiva sería tanto más fina cuanto más se aproximara a la vertical la membrana del tímpano (Fick).

Sin registrar nuevas observaciones que pueden contraponerse a las precedentes (Testut) y sin discutir el valor del ángulo timpánico en la aptitud musical (muchas razones inclinan a no considerarlo, al menos, como única causa) desde ya eliminamos en el problema de *crear,* las vocaciones cuya ejecución—nada sabemos si su esencia—esté condicionada por estructura orgánica inmodificable en el desarrollo ontogénico.

Pensamos que—por debajo de lo genial y por encima de lo morboso—los hombres se diferencian más por el uso de sus fuerzas que por sus fuerzas mismas (Darwin). Adoctrinan Sócrates y Platón—tomo II de «La República»—que la superioridad de los hombres débese a los fines a que se aplican: «Si desde la infancia se hubiesen cortado estas perversas inclinaciones contraídas en su generación—háblase aquí de los pícaros—que como otros tantos pesos de plomo arrastran su alma tras los placeres sensuales y groseros, forzándola a mirar siempre a lo bajo; y despés de haberla libertado de este peso, hubiese convertido su vista bacia objetos más sólidos y más reales, ella los habría visto y penetrado con la misma sutileza que aquellos en que tiene ahora puesta su atención.

Y no es que admitamos la *tabula rasa* donde alguna araña milagrosa tejiera con sensaciones toda la tela del alma; ni que las diversidades psíquicas sólo sean adquiridas (Helvetius); ni que la educación sea todopoderosa (Leibnitz)... No: ad-

mitimos que el capital biológico de los hombres normales, bien administrado, es una de las causas que más diferencian a los hijos de Adán y Eva; y que pueden crearse sistemas ideológicos y psico-motrices que pongan tenazmente las energías vitales al servicio de una idea noble, que cuanto más se penetra más se ama, reforzándose así inclinaciones tímidas y avivándose ligeras preferencias, que la Pedagogía ha de apreciar como gérmenes de vocación.

Los asociacionistas (Harley, Hume, Herbart, Ziehen...) afirman que el espíritu es una síntesis y *se construye* con asociaciones. No asistiremos al viejo y renovado pleito de los filósofos. Habrá exageración; no absurdo desde los cimientos a la cúpula. Reconociendo la importancia de los sistemas asociativos—que pueden crearse puesto que pueden crearse hábitos—en la disciplina de las pasiones a favor de una idea grande, queremos recordar que los neurólogos modernos han destacado la trascendencia extraordinaria de las asociaciones en la fisiología nerviosa y en el psiquismo: «La corteza recibe primero sencillamente las excitaciones venidas de fuera, después, cuando las fibras centrífugas se desarrollan a su vez, tiene el poder de responder, pero solamente cuando se mielinizan los territorios tardíos, correspondientes a las esferas intelectuales, entran en acción la inteligencia y la voluntad. (Gley, resumiendo a Flechsig). Los centros conmemorativos (zonas de asociación) serían los «verdaderos órganos del pensamiento», influídos por los centros de proyección y reobrando sobre ellos (Flechsig). El genial descubrimiento de la neurona (negación que cede enGerlach, Golgi, Apathy, Bethe... vagas intuiciones en His y Forel; sesuda realidad en Ramón y Cajal, Kolliker, van Gehuchten, Retzius...) da a las asociaciones base científica y significado preciso, orgánico, que nadie sospechara. «Aparte de otras condiciones, cabe afirmar que la inteligencia está en razón directa del número y complicación de las fibras de asociación. (Ramón y Cajal, Histología Normal, 1921). Recnérdese que en el niño y en el anciano—dos veces niño, según frase consagrada son menos copiosas que en la edad de inteligencia culminante, las ramas neuronales.

Pues bien, se sabe que el ejercicio no acrece el número de neuronas—por lo demás, enorme: solamente las células pira-

midales del cerebro ascienden a unas 4.000.000.000 (Sedgwiek Minot)—como no aumenta el de las fibras musculares, por su alta diferenciación intraprutoplásmica; empero ¿sucede lo mismo con las ramificaciones? (1) En el niño, parece innegable que el ejercicio, si no crea, por lo menos orienta hasta cierto punto, el crecimiento y articulaciones de cilindros-ejes y dendritas. «En fin, en el adulto, aunque amenguada, no habría desaparecido enteramente esta propiedad de crecimiento de los axones y de liberación de materias quimiotácticas, explicándose fácilmente la aparición de los talentos profesionales (destreza del pianista, del orador, del escritor, etc.) por la creación de nuevas vías de asociación interneuronal o por el robustecimiento de las preexistentes. En nuestra hipótesis, la educación misma no sería otra cosa, orgánicamente considerada, que la producción (por crecimiento de los axones y mayor extensión y ajuste de las artiuclaciones nerviosas) entre centros cerebrales o centros medulares, los músculos y la piel, de anchos y trillados caminos por donde los impulsos nerviosos se propagan sin esfuerzo y se tornan de cada vez más inconscientes» (Ramón y Cajal).

Ahora, con los antecedentes científicos expuestos, oigamos el enérgico llamado de bronce que desde el bosque de las neuronas, en cuyo ramaje anida el pensamiento cual irisdicente pájaro de luz, hiciera a la voluntad y a la perseverancia, el sabio y pensador de «Reglas y consejos sobre investigación científica»:

«No seré yo, ciertamente, quien niegue que los más ilustres

---

(1) Todos los límites se borran cuando nos proponemos precisar bien el contenido psicológicò de la herencia y la fuerza creadora de la educaciòn. Es que en la herencia hay virtualidades que no se realizan sin el influjo de la educación y ésta edifica sobre la herencia, aunque frecuentemente tienda a reprimirla en algún sentido.

Con el cultivo de células nerviosas (Harrison, Legendre. Minot, Cajal, Marinesco, Levi....) quizá se contribuya a determinar que corresponde a la herencia y qué a la educación en las ramificaciones neuronales, porque pueden estudiarse las neuronas crecieudo sin la gimnasia del aprendizaje, sín la accion eduoativa. No obstante, el método es escabroso; múltiples circunstancias enturbian los resultados: destrûyense relaciones intercelulares e interrogánicas; cámbiase el ambiente natural, de las neuronas; no permite deslindar lo vegetativo de lo psiquìco, etc.

iniciadores científicos pertenecen a la aristrocracia del espíritu, y han sido capacidades mentales muy elevadas, a las cuales no llegaremos nunca, por mucho que nos esforcemos, los que figuramos en el montón de los trabajadores modestos. Pero después de hacer esta concesión, que es de pura justicia, sigo creyendo que a todo hombre de mediano entendimiento y ansioso de nombradía, le queda aún ancho campo donde ejercitar su actividad y de tentar la fortuna, la cual, como la lotería, no sonríe siempre a los ricos, sino que se complace, de vez en cuando, en alegrar el hogar de los humildes. Consideremos, además, que todo hombre puede ser, si se lo propone, *escultor de su propio cerebro*, y que aun el peor dotado, es susceptible, al modo de las tierras pobres pero bien cultivadas y abonadas, de rendir copiosa mies».

El esfuerzo es creador. Y yerran quienes postulan que la educación desenvuelve *exclusivamente* y *nada crea*; como yerran quienes dogmatizan que todo lo crea y nada desenvuelve. Hay un capital hereditario cuya inversión, en parte, es de la jurisdicción de la voluntad. Hay intereses y bienes adquiridos que la herencia capitaliza a influjos del poder asimilador de la Vida. Negar lo primero es anular lo segundo; y negar lo segundo ¿no es afirmar que la Vida nada asimila ni aun en el lento trabajo de los siglos? La misma herencia se conserva cambiando con adiciones nuevas. El que no adquiere nada, retrocede a la forma original de que proviene, nada de sí puede transmitir y para la vida, siempre idéntica, nada significaría ni el pasado, ni el presente, ni el porvenir: principio y fin, todo en un punto; y de un solo golpe, sin transmisiones sucesivas, estaría—al decir de Guyau—en la eternidad, o mejor, fuera del tiempo, lo que es evidentemente absurdo.

El mismo Cajal llegó a ser porque *quiso*, como se desprende de sus propias confesiones, lo que hoy es: *uno de los sabios más grandes de los que vieran los viejos y los nuevos soles.*

«La historia de mis méritos es muy sencilla: es la vulgarísima historia de una voluntad indomable resuelta a triunfar a toda costa. Al considerar melancólicamente, allá en mis mocedades, cuanto habían decaído la Anatomía y la Biología en España y cuán escasos habían sido los compatriotas que habían pasado a la historia de la Medicina científica, formé

el firme propósito de abandonar para siempre mis ambiciones artísticas, dorado ensueño de mi juventud, y lanzarme osadamente al palenque internacional de la investigación biológica». El eminente histólogo sentíase inclinado al Dibujo y a la Pintura; y sus primeros pasos hacia la Biología, débense al juicio implacable de un pintor de torpe paleta y a la influencia de su meritísimo padre que era médico.

El ejemplo de Cajal, meditado con vistas a la vocación, nos sugiere cuatro hipótesis: 1.º Al fuego de una voluntad candente y ahincada, Cajal se creó una vocación científica que más tarde lo inclinara al laboratorio—su evangelio—con la fatalidad y empuje de un instinto (caso de vocación centrípeta, cuyas vías de movimiento comenzaran deliberadamente para hacerse espontáneas y cuya diferencia con las vocaciones innatas no sería más que de pasado); 2.º la Naturaleza dotó a Cajal de dos vocaciones, artística la una, científica la otra, siendo la primera precoz y la segunda tardía en despertar (el Maestro apasiónase por la Biología desde que observara, al microscopio, la circulación sanguínea en el mesenterio de una rana—cursaba entonces 3er. año de Medicina—aunque niño aún, era agudo observador y amante de Natura); la vocación científica, con el auxilio de una voluntad de diamante, habría tomado como medio a la vocación artística (Cajal pone al servicio de su ciencia dones extraordinarios de dibujante y hablista); 3.º para ser grande en el orden científico no importa tanto la vocación como la voluntad enérgica y polarizada, polarizando tras sí a la inteligencia; y 4.º Ramón y Cajal es un cerebro de genio armónico—como lo era Leonardo de Vinci o Goethe—que en el crisol de una voluntad genial, triunfaría, si el tiempo lo permitiera, porque hogaño no es como antaño, debido al progreso incontenible; en cualquier dirección del conocimiento y en muchas del sentir humanos.—Acaso la verdadera hipótesis sea compenetrar todas las precedentes.

VII

Por los caminos polvorientos de la Historia se recorta la figura de Demóstenes.—Hirviente de ambición en su cabeza vaporosa irisa la gloria y resuenan los aplausos de multitudes que pueblan la fantasía.—Va a la tribuna de las arengas. —Sube y crujen las esferas celestes que embriagaran su alma: «Alza la voz y no se le oye, va a conmover y provoca la risa, va a irritar los ánimos y le acoge la indiferencia, habla y tartamudea»... Con el arco tenso, Esquines enfila a los oradores atenienses y en Demóstenes clavan los dardos acres de la sátira.—Terremotos sacuden su cuerpo.—Contracciones convulsivas hinchan sus músculos y arrugan su piel.—La mirada del auditorio—que en vez de oirle, desde abajo le contempla—descúbrele deforme hasta el asombro; y la mirada de Dios—que le contempla desde arriba—no le corrige ni una línea. —«Un marino del Pireo se hace aplaudir en la misma tribuna en que él acaba de ser silbado».—En la Agora, hieren su dignidad desdenes y repulsas.—«Tenía, no obstante, una cualidad superior: la constancia» (Ginard de la Rosa, de quien tomamos algunos de estos datos).

Y por los caminos polvorosos de la Historia, otra vez se recorta la silueta de Demóstenes.—Vuelve de sus primeras tentativas fracasadas, pero no para eclipsarse en el desánimo y morir como un lamento, sino hirviente con la misma ambición de la ida, más el inquebrantable propósito de limar sus defectos aunque salte la sangre.

Hay que robustecer la voz para vencer el murmullo de los atenienses.—Hay que domar los músculos de la lengua y del rostro.— Hay que oponer a la rusticidad en el ademán, el garbo y ajustar a ritmo, gesto y palabra. Hay que estudiar sin descanso y concentrarse en el silencio, porque para convencer honestamente se debe estar convencido en buena ley... Y Demóstenes escarnecido, introdúcese piedrecitas en la boca; arenga al mar, que—orador exaltado de continentes—atruena, con más voces que Tifeo, cuyos labios eran mil doscientos y ya no es un cómico quien le da lecciones de oratoria: «Con objeto de corregir el movimiento convulsivo de sus hombros, se coloca en un sitio muy angosto y suspende en lo alto

una lanza, cuya punta le lastima siempre que la irritabilidad de los nervios le hace mover los hombros; escribe sus arengas con esmero y detención; se encierra en un lugar subterráneo para entregarse a meditaciones y estudios profundos, y se afeita la cabeza y la mitad de la barba para verse obligado a no mostrarse en público»...

¡Autodidacta en el esfuerzo sostenido, Demóstenes retorna a la tribuna; electriza las multitudes y aprende a conquistar el cetro de la oratoria.—Esquines ya no ríe: está derrotado: y en Rodas—donde dictara sus clases de Retórica—lee el discurso sobre el cual triunfó la arenga de Demóstenes; suenan los aplausos; lee la arenga de Demóstenes, redoblan los sonidos; y Esquines exclama: «¡Pues qué sería si hubieseis oído al monstruo¡»

Y bien... ¿Demóstenes tenía vocación por la oratoria? ¿La aptitud del tribuno ¿depende del desenvolvimiento de la circunvolución de Broca? (1) ¿Es innata? ¿Puede crearse?

El caso de Demóstenes explicaríase de dos maneras: 1.° Demóstenes era orador psicológico por nacimiento; pero no contaba con las condiciones orgánicas y la facultad ejecutiva fué creada por un cultivo esmerado; y 2.° Demóstenes se propuso ser tribuno a toda costa, por «fiat» voluntario, sin preferencias de raíces inconscientes ni impulsos innatos.

Nos inclinamos a creer—con las reservas que hicimos y aun cuando no sea demostrable como un teorema—que puede crearse una vocación en almas casi indiferentes—con absoluta indiferencia no existe ninguna—merced a porfiadas comuniones con la disciplina en que se quiere canalizar el esfuerzo, a la manera como ciertas amistades sin amor terminan uniendo dos corazones para siempre, por lenta penetración inconsciente.

Admitimos, pues, vocaciones naturales y adquiridas—centrípetas—cuyas diferencias no son psicológicas, sino de arraigo y origen.—Las vocaciones innatas ¿no habrán empezado por ser adquiridas?—Discútese acaloradamente si las aptitudes se

---

(1) El caso frecuentemente citado de Gambetta, sòlo probaría que es *una de las causas, no la causa.* Sábese que el lenguaje articulado es funciòn compleja de centros de asociaciòn y de proyección (Werniche, Dejerine....)

transmiten o no.—El genio no se hereda ni se crea (Fabre): nace, ignoramos cómo.—Pero, por debajo del genio, hay cualidades psíquicas que se transmiten, y quizá el mismo genio sea rico acopio de cualidades modestas que en las oscilaciones de la herencia, ya se ligan, bien se desordenan.

VIII

La vocación es una especialización virtual que verificándose se convierte en una especialización real; y aquí se plantea por sí mismo el problema de *espíritu unilateralizado y cultura*: ¿El alma ha de ir lejos en una o pocas direcciones del saber, aunque se desdore el hombre armonioso, o debe desenvolverse armónicamente en todos los radios de la esfera psíquica, aunque pierda en profundidad?

«Con una monotonía desesperante—habla Turró confirmando un discurso de Puig i Cadafalch—se ha venido proclamando la necesidad de elevar el nivel intelectual de nuestro pueblo (por unos con fervor apostólico y por otros con vistas a las tierras de promisión) sin que se precisase ni en que urgía elevar ese nivel ni cómo debía hacerse.—Entre el coro de los que hablaban de la cultura como una cosa gris, vaga y anodina, no faltaron voces discordantes, la mía entre otras, y esas voces venían a decir, en substancia lo que sigue: «Bien está que nos instruyamos ya que todos estamos de acuerdo en que saber es poder; pero, ¿en qué debemos instruírnos? Para ser cultos ¿debemos saber de todo?—¿Es la cultura el sobre dorado de la escoria o es oro de ley?—Si es lo primero, es una cosa falsa; si es lo segundo, no cabe en la cabeza. Esa cultura abstracta de que se nos habla no es una cosa sino un fantasma, como lo es la vida sin la máquina corporal que anima, como lo es el derecho sin el órgano que lo impone, como lo es la fuerza mientras no se traduzca en movimiento: precisa concretar, precisa determinar qué debemos entender por cultura»... A fuerza de uso sin definir palabras abstractas con que el hombre expresa ideas y aspiraciones, van perdiendo claridad y relieve como leyendas en monedas de oro que se gastasen circulando de mano en mano, hasta que en el troquel del rejuvenecimiento acúñanse de nuevo los caracteres borrosos.

Las distintas acepciones en que se toma el término «cultura» ha enturbiado su contenido.—«Pero tenemos que explicar lo que entendemos por culto y preparado—escribe Vicente Medina en «Lirismo de las Cartas», que desata el fresco sentir del espontáneo «Abonico»—pues para nosotros no lo es

precisamente quien cursó una carrera ni quien obtuvo a más o menos tirones un título académico.

«Es culto para nosotros quien cultivó su espíritu en silenciosa labor de sentimiento y pensamiento.

«Unamuno dijo:

«ara en mí, como, un manso buey la tierra, el dulce silencioso pensamiento.

«Y ya en este punto, puede ser culto para nosotros un humilde labrador analfabeto...»

D'Ors, en el otro polo: *Cultura* es la unificación funcional de una parte de las fuerzas históricas con el Albedrío y «comprende la suma de los esfuerzos de la humanidad»—Completándola con el concepto del célebre autor de *aires murcianos* y sin desconocer que los valores culturales suben de tono *no tanto por la suma como por la cualidad*, creemos acertada la definición de Eugenio D'Ors, a pesar de que el sabio Turró la desdeñe en artículo escrito con pluma de fuego... «así con el cuento de esa cultura abstracta (de que nos habla el señor Eugenio D'Ors)»...

Cuando no especifiquemos el substantivo *cultura* es porque nos referimos si no a disciplinas en toda la extensión del saber, al menos a los fundamentos asimilados de cierto núcleo de materias (hoy nadie, en franco sentir, afirmaría con Demócrito: «Yo voy a hablar de todo»)

La *cultura* da plasticidad y vuelo a la inteligencia y hace flexible y amplio el criterio, que es fuerte condición de triunfo en todas las actividades humanas y que no se plasma unilateralizándose prematuramente y con exclusiones absolutas. De ahí que juzguemos peligroso—además, como a su turno se expone, de necesitarse la cultura para el mismo despertar de las vocaciones definitivas—suprimir secundaria y establecer vías rectas de primaria a la especialización vocacional (Regules).—Sin embargo, y aunque debe conciliarse, en lo factible, la más vasta cultura con la especialización más honda, las vocaciones motoras—si no dejaran margen a la duda—y muchas intelectuales impermeables a algunos conocimientos o naturalmente rebeldes a ciertos *estudios reglados*, podrían canalizarse con ventajas, aun estrechando el sector de la cultura.

Por otra parte, no hay que ilusionarse con el decantar edu-

cativo de una enseñanza enciclopedista y apurada, que desflorando todo sin hincar diente, dispersa la atención y crea el vicio mental del *mariposeo.*

La cultura monolateralizada y profunda es más educativa que la cultura en muchas direcciones y periférica *aun cuando nunca—al cimentarse el criterio—las minucias de una especialización, hayan o no cosas pequeñas, podrán reemplazar el sedimento de los principios generales y los altos valores de otras asignaturas.*

Exceptuando espíritus sintéticos y superiores, quien desperdigue las energías mentales vagabundeando por el orbe de las ideas, sólo *es* entre los que no saben. *Campana de repetición* no suena para los buzos pescadores de perlas en los mares de verdades hondas.—Si no *cava* en ningún terreno hasta encontrar por sí mismo venas de agua, será cántaro que lleve linfa de las fuentes a las bocas encendidas por la sed, pero *en descubriéndose* los surtidores de su ánfora y refrescando los labios en ellos, *ya no existe.* El especialista baja a grandes profundidades y como los peces fotógenos del fondo oceánico—siquiera en algunos momentos—se alumbra con su propia linterna y *en el mundo es una luz más.*

En resumen, la enseñanza vocacional debe partir de una enseñanza integral en lo posible y sin tender a exclusiones sistemáticas y radicales, aun cuando las vocaciones se vayan definiendo por selección sucesiva.—La psicología humana comprende constantes específicas—no importa aquí el trabajo de los siglos—y constantes y variables individuales, que el carácter asimilador de la Vida afianza por el hábito y la herencia.—La personalidad se levanta sobre un apoyo común.—Es como la estatua sobre el pedestal.—Hay que cincelarla con amor preferente; pero antes de ser especialista se es hombre, y después de ser especialista, se continúa siendo hombre.

IX

El juicioso dictamen de Dromard está penetrado de la psicología de las vocaciones:

«*Antes de trabajar para el hombre que queremos ser, es bueno pedir consejos al hombre que somos..*

La personalidad es un mandato categórico de la Psicología, contra el que no caben rebelaciones.—Empero, *la personalidad*—así, en singular, y sin el genitivo que la refiera a alguien—es un fin determinado teóricamente, no en la práctica de la enseñanza, donde la unidad se convierte en multiplicidad heterogénea.—Y el cavador que rotura y siembra la tierra, no se alimenta con abstracciones.

Sin ningún criterio que permita reconocer las personalidades vivientes, la acción se contrapondría a los fines, en nombre de una personalidad abstracta.

Careciendo de brújula para orientarse hacia los ideales en el mar tempestuoso de los hechos, quizá la ruta en vez de abrirse a «*El Dorado*» se abra a Nuevos Mundos, que como hijos de la Fortuna y la Bienaventuranza, palpiten en sus entrañas... Mas ¡Qué desencanto al constatar que donde habíamos puesto fe y esperanza, el esfuerzo se quiebra en desastre y ruina y al convencernos que remamos en un «mar sin orillas» bajo un cielo sin astros, en una aventura sin hazañas!...

¿Asistir al desenvolvimiento del niño como espectadores?... Pero ¿la personalidad *toda* ya está dada y determinada por la herencia? ¿El medio no la condiciona moviendo a derecha o izquierda la resultante de las reacciones?—La educación—aunque lejos de rayar en lo omnipotente—¿no es una fuerza modificadora y creadora innegable?—Y la herencia ¿atesora nada más que lo bueno, separando con tamices mágicos el grano de la cáscara y el polvo?...

«Nuestra vida psicológica pasada, toda entera, según el pensar de Bergson, condiciona nuestro estado presente. y nosotros juzgamos que gran parte del pasado—aun cuando esté presente—duerme como un muerto si el clima no es propicio a las resurrecciones.

La personalidad es una determinante de herencia y me-

dio, más cerca de aquélla que de éste, con oscilaciones que decrecen con la edad, porque las variables se organizan: «mientras vivimos está sobre el yunque» (Rodó).

Todo ser implica virtualidades que no han plasmado ni plasmarán en lo que es y será.—*Nunca somos todo lo que podríamos ser.* Una misma herencia en otro ambiente prendería nuevas alas a Psiquis.—«No es dudoso que si nosotros hubiésemos nacido en otro país—escribe el autor de «L'Heredité et le Milieu.—seríamos muy diferentes de nuestro yo actual».—La personalidad no se mueve toda en nuestras venas; y la misma herencia—cuya fijeza relativa no negaremos—siempre cuenta con resortes desconocidos.—El *análisis armónico* acaso prevería las curvas posibles; pero ¿cómo descubrir *todos* los términos? Mientras ignoremos, lo sensato es atenerse a *cálculos de probabilidades* y a datos de la *experiencia realizándose,* porque ¿quién sabe si es o no fundamental y decisivo lo que se oculta más allá del horizonte, donde nos roban los astros que todos los días y todas las noches nos da Oriente... más allá de nuestra sabiduría, en los dominios insospechados de nuestra ignorancia?...

Reconocer *las personalidades* es corolario de la enseñanza basada en la personalidad... ¿Con qué reactivo, cuál la piedra de toque...?—Y véase cómo *un fin sin criterio que lo revele en la práctica constituye un capítulo vago de la Pedagogía, en el que el azar es sistema.*

Las soluciones pedagógicas—como de todos los problemas de hacer—*sólo son concretas cuando se determinen fin, criterio y medios.*

X

No se crea que superponemos—con algunos escritores y pedagogos—personalidad y vocación. La primera no supone la segunda; mas la vocación significa *personalidad con dominantes.*

En el fondo de influencias continuas hay que *destacar los dominantes de la personalidad* no como equilibrio presente, sino como *equilibrio móvil en tensión al porvenir.*

La enseñanza vocacional—en su amplia acepción, pues nunca la circunscribimos al sentido incompleto y estrecho de enseñanza industrial exclusivamente—está supeditada al reconocimiento subjetivo por el alumno u objetivo por el maestro, de las vocaciones *como una perspectiva que se abre y no como una historia que se cierra.*

El querer del niño en la elección de actividad *camino hacia el hombre,* suele conceptuarse como un timbre de las vocaciones.—Y es el que decide, cuando no son cálculos extraños a las aptitudes o cuando los padres no exigen a sus hijos ser lo que ellos quisieran si fuesen niños con aspiraciones de hombre, o cuando las tenazas de la necesidad no aprietan obligando a cosechar pronto en cualquier huerto y aunque los frutos estén verdes.

Decidirse según el querer del niño en este problema de futuro, parece la solución más liberal y acertada, y casi siempre es la más errónea y peligrosa.—Hay por debajo un vacío funesto: La falta de conciencia de sí mismo, que caracteriza a niños y jóvenes.

La conciencia nos alumbra hasta cierta profundidad, como la luz solar al océano.—Y es ley que del acopio «donde el Sol calla.—traducimos del Dante:... «dove 'l Sol tace»—no conocemos más que las ascensiones presididas por Cronos y cuyos valores nadie podría fijar *a priori.* Entre la zona afótica y la iluminada—en el alma como en el océano—existen corrientes a favor de las temperaturas, de las concentraciones y del tiempo.—Los jóvenes y aun los niños pueden presentir su lugar en las actividades humanas; pero después del genio que no se equivoca, quedan miles de niños y de jóvenes que ignoran su aptitud y yerran.

Se deben vigilar las testas inocentes y cándidas para que no tuerzan sus destinos y no sangren en el roce de un trabajo con una vocación que lo rechaza.

«Hay demasiado candor—observa Thomas—en esa convicción de que basta con dejar a los hijos entera libertad de pensar para que piensen libremente, es decir, por sí mismos cuando piensan de otra manera que nosotros.—se puede hablar mucho y discurrir y contradecir mucho sin pensar; se puede, como en la casa de Crisales—el personaje de Moliére—añadir razonamiento tras razonamiento sin que se deslice la menor sombra de razón, por puro psitacismo»... Claro que apunta un progreso en consultar el pensamiento de los jóvenes antes de marcar rumbo.—Pasó como una comedia—excepto entre los de sangre azul, que siempre están en escena—la época de los enlaces forzados.—Y también pasará—acaso como una tragedia—la de imponer ciegamente profesiones y oficios, que es como imponer matrimonios.—Pero hay que defenderse de los prejuicios y contra prejuicios—como agudamente dijera el autor de «El Criterio Fisiológico». El querer del niño sólo vale como *dato para tener en cuenta*, nunca como norma impositiva.

En el matrimonio que se realiza a edad reflexiva, la libertad sin restricciones; en los gustos de la juventud más o menos inconsciente, la libertad vigilada.

Engañámonos al creer que los escolares piensan en serio cuando les consultamos refiriéndonos a su porvenir.—Con frecuencia toman como juego lo que el hombre conceptúa fundamental, y transcendente lo que el hombre toma como juego.—Miraje propio a sus puntos de vista: Si no se aleccionan en pruebas sostenidas, ven en las ocupaciones del hombre algo así como un alma de niño sobre un cuerpo grande que juega y se divierte, o al revés, como si en su cuerpecito tierno gravara el peso de los quehaceres del hombre.—Un niño de 11 años y de la 4.ª clase *quería ser afilador porque le gustaba ver saltar las chispas del acero.* Un colegial aspiraba a médico, «para andar bien vestido»; y otro a basurero «para castigar las mulas»... Cierto que toda la literatura de las encuestas no es así (en observaciones aun inéditas analizamos con más detalles) pero siempre se descubre desconocimiento o falso juicio de lo que se quiere.—Muchos escolares a quienes

les hemos pedido opinión sobre algunas profesiones, juzgábanlas desagradables y penosas por imaginarse juntas y para vencer de una sola vez y como niños (no conciben sino muy vagamente la obra de años) todas las dificultades que entreveían.

Dentro de la filosofía del niño ¿qué contiene el porvenir? —Su querer proyectado a un futuro lejano, imprégnase del afán de llegar a hombre por una inversión dinámica: En el espejismo del porvenir, el *quiero ser* del niño casi siempre se traduce por *quiero ser hombre para hacer lo que quiero.*—Por debajo de una corriente superficial, dirigida al futuro, viene el deseo de tener—aun niño—todas las libertades del hombre. Asegurando sus aspiraciones—que son sensitivas antes que de ideas—con ataduras en su presente, que ignora fugitivo, concibe al hombre viniendo hacia el niño, más bien que al niño yendo hacia el hombre. Su fin es el niño, que siente, y no puede ser el hombre, que no conoce.

XI

El *pronóstico de las vocaciones* tiende puentes en falso al cruzar por encima de la sub-conciencia. Hay aptitudes sepultas que jamás se descubrirán sin excavaciones, o sin pruebas en el esfuerzo, o sin un «levántate y anda» con el prestigio y la magia de la oportunidad.

Grave error de Flórez Fernández sostener en su meritorio trabajo «*La Educación Vocacional i sus proyecciones sobre la vida de los futuros ciudadanos*», que en la educación refleja (califica así la del ambiente, que penetra por ósmosis) al seguirse la línea de menor resistencia se obedece a la vocación. Sin vigilancia inteligente, el niño y el joven—que carecen de autogobierno—frecuentemente siguen la línea de los placeres inmediatos, la línea de las direcciones fáciles y de la sugestión, aun contra sus aptitudes verdaderas y hondas, quedando sepultas para siempre, bajo el ruido y el trajín incesantes, o crucificando vocaciones tímidas en el Gólgota de la Pereza, donde muchos Cristos de los que duermen en el corazón han vertido su sangre.

«La vida fácil—opina el profesor Edwin Grant Conklin—y eso que se llama «buen medio» no despiertan nuestras facultades dormidas. Hace falta ordinariamente las enseñanzas de la dura necesidad para conocer nuestro *yo secreto*, para despertar el gigante que duerme en nosotros». Nuestras fuerzas psicológicas—como nuestras fuerzas físicas—están por encima de las que ponemos en juego en la gimnasia cotidiana. Toda la filosofía de lo inconsciente—aunque consideremos absurdo que la sub-conciencia esté algún momento inempleada —y los datos experimentales de la memoria y toda la fisiología de las reservas, apoyan nuestra tesis, ya defendida por William James.

Las reminiscencias en los asfíxicos prueban que hechos olvidados por siempre al parecer, viven latentes. Lo que fué—en la doctrina bergsoniana—se da todo en lo que es. Si así no fuera ¿dónde está todo el pasado de la herencia y de la evolución que se continúa en nosotros?. El pasado sin el presente ¿qué es? ¿Y qué es el presente sin el pasado? Mirándonos en la memoria como una perspectiva interna, o me-

jor, en el tiempo y no en el espacio, hasta donde alcancemos a ver, nos percibimos como una *continuidad* de «pasado-presente» y no recortados en figuras sucesivas y afiladas: *El niño viene a hombre sin dejar nada detrás, en cambios continuos, sin interrupciones, como un todo indivisible y dinámico.*

Y bien... la inteligencia y la voluntad—que no son independientes de la memoria, como se afirmara en la vieja hipótesis de la yuxtaposición de facultades—atesoran, a semejanza de la memoria, energías ignoradas en el decurso de la vida ordinaria, y que la oportunidad o la prueba del esfuerzo pueden descubrir rasgando el velo que las oculta a la conciencia y a la observación.... Y no hay aquí encantamientos milunanochescos. Nos miramos recíprocamente y nuestras percepciones sólo destacan un bosquejo de nuestro rostro, a pesar de que todos los puntos iluminados tienen representación en la imagen retiniana. Pero observémonos con detenimiento y nos asaltará la sorpresa de descubrir numerosos caracteres que no habíamos advertido en largo trato. De análoga manera acontece en la introspección: Volvámonos hacia nosotros sin esfuerzos, con la habitual negligencia, y salvo horas de preocupaciones o de inspiración, en que el pensamiento espontáneamente surge a la luz de la conciencia, no sorprendemos más que ideas vagas, trasnochando silenciosas y sin norte, por un desierto de sombras. Mas, propongámonos un problema y apliquemos la atención a sus términos—porque pensar sin objetivo no es pensar, es divagar: hay que pensar en algo determinado—y nacerán conceptos que sin concentrarnos nunca hubieran sido.

Después de propuesta al cerebro una cuestión, aunque nosotros no sigamos la pesquisa en pacientes desvelos, ni vayamos a las ideas, las ideas vienen a nosotros por un proceso inconsciente, como si la atención citara ideas afines, para que se presenten a la conciencia, con cierto tiempo de tolerancia.

De todo el capital inempleado ¿qué saben los niños? Los hechos en su continuidad ininterrumpida, pasan por las almas juveniles sin decantar sus enseñanzas sino tardíamente: y el hombre alumbrado por el estudio y aleccionado por la experiencia no ha de ser simple espectador; deben intervenir en los destinos que señalan las aptitudes, ya como juez, bien

como obrero junto al yunque o junto a la fragua, jamás como tirano.

Ni el maestro ni nadie han de *domar voluntades*, valga la frase escrita en «El Contagio Mental» de Vigouroux y Juquelier; pero grandes ilusiones curvan aureolas alrededor del albedrío de los niños. Mil influencias hay que desenredar para descubrir el querer y el hacer, cuyo timbre sea el temperamento desenmascarado. Tan tupida es la maraña que Séailles asevera que la «individualidad es un entrecruzamiento de fenómenos sociales». Error flagrante, aunque explicable, porque en Psicología todo se presenta como si respondiese a la imagen que Pascal nos diera del Universo: una esfera cuyo centro está en todas partes y cuya periferia en ningún lado.

La voluntad se determina por ideas y las intervenciones no deben torcer la dirección espontánea—siempre que no contravenga la Etica—sino nutrir con ideas las cabezas jóvenes y abrir todos los horizontes posibles, para que la voluntad se determine en terreno leal.

XII

Desde antiguo preocupó al hombre lo que el porvenir guarda para cada uno. En la época de los horóscopos, las estrellas eran como millones de pupilas ígneas que se abrían para ver el destino humano. Impaciente de sí mismo, quisiera saber de su futuro hasta lo *imprevisible*, y búscalo en todas partes: en las aves agoreras, en los *idus*, en el cielo, en los dioses.. menos dentro de sí. Pero poco a poco se desvanecen las supersticiones y se afirma el convencimiento de que el mundo que nos envuelve no está preocupado y suspendido de los fines del hombre.

Los egipcios querían adivinar en los ojos el alma de los hombres; y los griegos contaban con sus fisonomistas: Zopiro, ignorando quién era Sócrates, mirábale miestras el filósofo conversaba familiarmente con sus discípulos y «por la sola inspección de aquella cara trivial y de fealdad casi grotesca, declaró que el hombre a quien pertenecía se hallaba dominado por todos los vicios; y como el auditorio acogiese estas palabras con risas de incredulidad, el maestro confesó que, en efecto, había nacido con malas inclinaciones, pero que su fuerza de voluntad se había impuesto a su naturaleza».

Por la sangre, por la linfa, por la bilis... los fisiólogos de antaño caracterizaban los temperamentos vivos, tenaces, apáticos, coléricos...

Los Gall, los Spurzheim, los Bessieres... diagnosticaban las vocaciones con signos anatómicos: La cabeza «muy huesosa y carnosa (Dr. Bessieres, La Frenología, pág. 20) anuncia, en general, rudeza en la inteligencia y pesadez en las facultades.

«Muy pequeña y mezquina es indicio de debilidad.

«Mal conformada denota inepcia»

La raíz nasal ancha era signo—para los frenólogos—que denunciaba vocación por las Ciencias Naturales; la abertura del ángulo externo de la órbita, aptitudes para las Matemáticas; desarrollo de la parte media del borde orbitario (órgano cromático), condiciones de colorista...

Y viene la craneometría, con vistas a la psicometría, y vienen las medidas de la inteligencia y las aptitudes...

No es lugar éste para el sonado litigio en torno de los métodos de la Psicología. Spencer sostiene que *la conciencia de la personalidad no puede ser de ningún modo conocida.* Grasset (Los límites de la Biología, pág. 65) duda que el filósofo sea sincero al razonar así, cuyo absurdo declara con Renouvier: «El acto mental en que el *yo* se perciba, implica un sujeto que percibe y un objeto percibido. Si el objeto percibido es el *yo* ¿cuál es el sujeto que percibe?—O si es el verdadero *yo* el que piensa ¿cuál es otro *yo* pensado¿ Evidentemente, un conocimiento verdadero de sí mismo implica un estado en el cual el sujeto y el objeto se identifican, y este estado es la anulación del sujeto y del objeto». Razonamientos dignos de Zenón de Elea y cuyo «sofisma reposa sobre la suposición de que el objeto y el sujeto son *dos cosas*» (Renouvier). El discurrir ingenioso de Spencer equivale a negar rádicalmente la psicología introspectiva, porque la *conciencia de cualquier estado de alma ya es parte de la conciencia de la personalidad*, del *yo*. Por otros caminos, hay quienes niegan la psicología extrospectiva.

Psicólogos han afirmado que la medida de la inteligencia es problema resuelto, y por lo tanto, la de las aptitudes, que son modalidades lateralizadas de la inteligencia. Pero aun cuando existan métodos cualitativos (psicolexia de Claparede) la crítica insiste con poderosos argumentos en que *sólo es medible la cantidad y no la cualidad.* La una y la otra (cantidad y cualidad) son necesarias en el diagnóstico de las vocaciones, aunque, como siempre, lo más importante es la cualidad.

La Psicología Experimental cuyos principios, sin contar el de la *mensura*, son los mismos que el de la observación e introspección, puesto que únicamente ensancha el campo, si no resuelve el problema de diagnosticar las aptitudes, aporta datos innegables *que deben tenerse en cuenta.*

XIII

El criterio frenológico (ni decirlo) de Gall y Spurzheim, el negativo de Wagner, el de las emociones, de Balmes, el basado en el *fïat* de los niños, el de las medidas de las aptitudes... si no son todos falsos—ni falsos en todo—siempre son insuficientes para discernir entre vocaciones francas y vocaciones espurias, y *ésta es condición sin la que se vuelve contra ella misma la enseñanza vocacional.*

Los casos hipernormales fácilmente se reconocen (cuando se estudie el despertar de las vocaciones, se tratará de casos precoces que no dejan rastro en el adulto): la comparación expresa o tácita es el criterio.

¿Quién duda de la vocación de Mozart, que ya a los cinco años crea el dulce ritmo de Santa Cecilia y ejecuta piezas musicales al violín sin que le hayan enseñado; y de la vocación de Lope de Vega, que *antes de saber escribir era escritor* y dictaba a sus secretarios—escolares entre quienes repartiese el alimento—los versos que hervían dentro de su cabecita inquieta; de la de Juana de Ibarbourou, que a los diez años escribe poesías a la virgen: de la de Miguel Angel, que dibuja en cuanto papel encuentra y aprendiz y niño corrige a Ghirnaldajo y se burla de un pintor entregándole la copia por el original, y siguiendo consejos de Lorenzo Médicis, amputa, decapita y espolvorea su primera estatua, que en Roma se adquiere como célebre escultura de la antiguedad?...

Se nos replicará que muchos de estos casos y sus análogos parecen de fácil diagnóstico porque son confirmados por el tiempo y que la Historia no menciona a mortales que han ensayado desde niño y nunca han salido de ensayos. Cierto! Pero ¿qué asegura que esas preferencias precoces, cimentadas sobre aptitudes que en su edad rebasaban el nivel normal, no se asfixien en ambientes malsanos y no se malogren por desconcierto en la vorágine de la lucha, por suicida desconfianza de sí mismo, por la anestesia de la voluntad y falta de estímulo?... El esfuerzo es revelador, alecciona y encauza. El agotamiento origina sensación de impotencia, agría y amarga; y el abandono desorganiza, corrompe y anula.

Caracteres hay que se enrojecen al rozar con las dificul-

tades y las funden en el crisol de una voluntad que no se tuerce. Estos aun cruzando llamas, van al lugar de sus amores, como el Dante cuando Virgilio le dijera que del otro lado de los muros de fuego estaba Beatriz. Mas también existen temperamentos escépticos y tímidos, que dudan de Beatriz y no creen en el paraíso y temen las ascuas. Y no son siempre inferiores y hay que alentarlos para que perseveren y cultiven con esmero la aptitud cardinal.

A veces, contornos bien definidos, la vocación descúbrela aún el profano: ¿Qué duda cabe sobre la vocación de Piedrafita (perdido para siempre por enfermedad mental, quizás debida al abandono de quienes debieran cuidarle como a un predestinado) que a los siete años—edad de su ingreso a la escuela—no sabiendo leer aún, sabe mentalmente las cuatro operaciones y en el transcurrir de las clases sobresale por su extraordinaria facilidad en resolver problemas, que «in mente» hace cálculos complicados; que a los 12 años es capaz de seguir el desarrollo de una derivada, razonando con lógica admirable; que si entre sus manos *cae* un Algebra Superior, pásase horas enteras sin moverse; que por sí mismo estudia y asimila los «Determinantes» y el «Binomio de Newton»; que con su maestro—el señor Eduardo Camuirano, que lo fué durante 5 años por haber «rotado» con la clase—aprende a calcular «Integrales» y se familiariza con las «Ecuaciones Exponenciales»; que a los 14 años de edad ya tiene estudios propios sobre Aritmética?... Los profesores Arbolella, Monteverde y Piaggio patrocinaban una conferencia de Piedrafita, que se postergó por la muerte de tan bueno como ilustre profesor D. Nicolás Piaggio, y nunca pudo realizarse por la afección prematura de Piedrafita.—¿Y qué duda cabe sobre la vocación de un niño de 13 años—recién le conocemos—que habla en imágenes soberbias: «La Luna es secretaria del Sol; cuando éste duerme nos envía sus ensueños»...? Imagen acertadísima, penetrable, fecunda... Piénsese, por ejemplo, en la Catarata del Niágara: de día el Sol curva por encima de ella un arco iris—su arco de triunfo—y de noche, lo curva la Luna, como si la Catarata del Niágara soñara con su gloria. *La Luna, secretaria del Sol...* imagen que nos presenta el Astro -Rey como un cerebro universal, congestionado en tensas meditaciones de siglos, que sueña al acostarse en el Ocaso,

como un pensador que se recoge luego de un hondo cavilar, y cuyos ensueños de semi-vigilia fuesen los crepúsculos...

El maestro que observa a sus alumnos en la vida post-escolar ¡cuántas veces se contrista al ver defraudados o invertidos los destines humanos!

XIV

El diagnóstico de las vocaciones es complejísimo, cuando ellas mismas no se anuncian con el calor y el ímpetu de un Geyser de Islandia.

Cajal nos da como criterio para decidir en las vocaciones científicas, la prueba y los resultados.—Y termina así una de sus magníficas páginas: «Quien en presencia de un arduo problema no sienta crecer su entusiasmo, ni acrecentarse sus fuerzas; quien al aproximarse el solemne momento del *fiat luz* impacientemente esperado, no tenga el alma inundada por la emoción precursora del placer, debe abandonar las empresas científicas, porque la naturaleza no otorga sus favores a los fríos de condición, y la frialdad es a menudo inequívoco signo de impotencia»—Este dictamen del sabio neurólogo muestra cuán funesto puede ser fallar prematuramente sobre las vocaciones: Para saber si se posee condición de investigador, hay que investigar y los resultados compararlos con las conquistas de los sabios—no conocidas hasta entonces por quien ensaya—¡y evidentemente que ello no es factible sin una cultura seria!

Interrogado el sabio alemán Ostwald en este tenor: «*¿En qué se puede reconocer a las gentes que más tarde se distinguirán?*», por uno de sus discípulos y en nombre del Ministro de Instrucción Pública del Japón, responde que «la más importante de todas las cualidades que hacen al sabio es la originalidad» y fuera de toda duda que *sin originalidad no hay sabios ni filósofos*, a lo sumo habrá eruditos.

Asegura Emerson que en la Psicología radica el secreto del triunfo aun de actividades musculares y que especialistas competentes pueden percibir, en individuos muy jóvenes, las aptitudes y determinar *infaliblemente* el trabajo que les conviene. Y Münsterberg replica: «Yo me permito creer que quien se tenga por verdadero psicólogo especialista habrá de declinar tanto honor; lejos de esa certeza casi infalible, habrá de conformarse con muy relativos éxitos en la dirección expuesta, ya que no existen métodos específicos, ni hay modo alguno de practicar mensuraciones experimentales que sustituyan la adivinación por la investigación científica»... «son

simples vaguedades—antes había dicho—las que se mencionan cuando, invocándose principios psicológicos, se trata de hacer la selección por aptitud».

El criterio para apreciar la vocación en sus albores, es complejísimo y dividiendo las dificultades, éstas «presentarán más ancha superficie al golpe».

Prosigamos buscando *el reactivo de la vocación* 1.º *en la originalidad*; 2.º *en las exaltaciones y fijezas de ciertas ideas hasta su predominio como en una especie de hipnotismo*; 3.º *en la constancia en una misma dirección y en la resistencia al esfuerzo*; 4.º *en la facilidad de asimilación psíquica y en el paralelismo entre asignaturas y facultades mentales* (*tomámosla aquí en el sentido de propiedades del espíritu*); 5.º *en el descontento por la enseñanza corriente, hecha a la medida de la inteligencia media*; 6.º *en la pasión por saber, puesta por encima de todos los intereses y de todas las pasiones*; 7.º *y siendo dudoso subordinar caracteres, en la interferencia del estudio psico-fisiológico de cada niño y de las condiciones fisiológtcas y psíquicas de las diversas disciplinas humanas.*

1.º *La originalidad en el diagnóstico precoz de la vocación.* Podría discutirse *con qué criterio se discierne y aquilata lo original*, que en este caso vale tanto como discutir *el criterio del criterio.* Mas ello no conduce a nada y nos transfiguraría —cual añejo símbolo del inmutable rodar de los siglos—en serpiente mordiéndose la cola.

Lo que importa a la pedagogía de la vocación, en la colateral del problema por donde ahora toma curso el pensamiento, es la originalidad espontánea, relativa al niño, cualquiera que ella sea, y que no ha de confundirse con los extravíos de la originalidad simulada, propia de hombres deseosos de palmoteos y ebrios de fácil nombradía. La originalidad es signo de trascendencia innegable y casi siempre, sello de capacidades superiores. Reflexiónese en que «sólo se puede desenvolver, nunca crear y sí destruir», sepultar... y se pondrá en descubierto su nervio y los territorios de sus dominios.

Recordemos que Edison—cabeza inventiva jamás igualada —a los cuatro años quita una oca del nido y trata «él mismo de empollar los huevos sentándose sobre ellos» afanado por enterarse cómo de los huevos salen polluelos, y más tarde, administra un brebaje a la sirvienta de su casa con el propó-

sito de hacerla apta al vuelo. Entreabrióse la tumba a los pies de la desdichada, pero Edison «pareció quedar convencido de que la incapacidad para volar radicaba en aquella y no en el líquido» (F. A. Jones, Tomás Alva Edison, sesenta años de vida íntima del gran inventor»).

Recordemos que Fabre—cuya vocación por las Ciencias Naturales siente bullir el niño y sin envejecer vive ancianidad fresca como una brisa—a los seis años, enfrentado al Sol, se interroga si con los ojos o con la boca goza de la radiante gloria: «Un jour, les mains derriere le dos, me voilá, marmot pensif, tourné vers le soleil. L'éblouissante splendeur me fascine. Je suis la phaléne attirée par la clarté de la lampe. Estce avec la bouche, est-ce avec les yeux que je jouis de la radieuse gloire?

«Telle est la question de ma curiosité scientifique naissante. Lecteur, ne souriez pas: le futur observateur déjá s'exerce, expérimente. J'ouvre toute grand la bouche et ye ferme les yeux. La gloire disparaít. J'ouvre les yeux et je ferme la bouche. La gloire reparaít. Je recommence. Mëme resultat. C'est fait: je sais pertinemment que je vois le soleil avec les yeux. Oh! la belle trouvaille! Le soir, j'en fis part a la maisonée. La grand mére sourit tendrement de ma naiveté; les autres s'en moquérent. Ainsi va le monde». («Souvenirs Entomologiques», sixiéme série, pags. 43, 44).

¡Y quién iba a decir que en la extravagancia de «Fabre-niño» se hallaba el germen de lo que hoy, con Farigoule, sostiene la Ciencia: el sentido paróptico y la visión extra-retiniana!

Las niñerías originales son filones del alma a cuyo alrededor hay que excavar con seso para el estudio concienzudo de todas sus vetas ¡y pensar que «atropellando» a la Psicología se juzga con demasiado ligereza, se suelen poner en ridículo y hasta castigar torpemente!... *Ainsi va le monde.*

2.º *Exaltaciones y fijeza de ideas que arraigando en la vocación llenan el alma como en una especie de hipnotismo.* Una idea cuyas raíces húndense en vocación bien regada por la sangre, con frecuencia domina como impuesta en sueño hipnótico. «Polariza el cerebro» y no se percibe lo que se halla fuera del plano de polarización. Ernesto, de «El Gran Galeo-

to» de Echegaray, bosqueja, en este pasaje, estados introspectivos del artista:

«¡Ah don Julián! ¿Usted cree que una idea que se ha aferrado aquí dentro se deja anular o destruír porque así nos plazca? Yo quisiera pensar en otro drama, pero éste, este maldito de la cuestión, no le dejará sitio hasta que no brote al mundo»

La idea cuya raigambre se aferre hasta en el subsuelo del alma, tiene vida propia y como si fuese entidad independiente suele reobrar en nosotros a modo de fuerza extraña a nosotros mismos: Como hecho confirmatorio entre tantos, recordamos el caso de un dramaturgo que en la cátedra citara nuestro Maestro de Conferencias, Dr. Carlos Vaz Ferreira, dramaturgo que al ser interrogado sobre el desenlace de su obra inconclusa aún, contesta que lo ignora, pues los personajes ya tenían vida propia y se movían por sí mismo. (1)

Por las calles de Florencia, como sonámbulo divino, anda Miguel Angel tras de una idea que le domina; y en plenitud de alma no le queda más que una breve frase en relación con el mundo exterior, frase defensiva que repite reflejamente y como un monocordio, para que no perturben su espíritu ensimismado, porque nada más cabe en alma plena: «NO HABLES EN ALTA VOZ QUE ME VAS A DESPERTAR»

El brujo, cuyos archivos guardan más de dos mil patentes de invención, «un día se olvidó de su propio nombre. Acudió a pagar la contribución y se puso en línea esperando su turno; como había muchos antes que él se abstrajo en sus cavilaciones y cuando llegó a la ventanilla del cajero, éste le preguntó su nombre. En vano hizo esfuerzos y más esfuerzos para recordarlo; se le había olvidado y ya iba a pasar de largo, cuando un empleado que estaba allí y le conocía, le saludó:

---

(1) Irresistible no estampar aquí la confidencia que sigue del grande Miguel de Unamuno, en cuya alma fogosa e inmensa muchos volcanes hay en erupción; «¡No, mi buen amigo, no!.... Muchas de estas ocurrencias de mi espíritu que te confío ni yo sé lo que quieren decir, o por lo menos, soy yo quien no lo sé. Hay alguien dentro de mi que me las dicta, que me las dice. Le obedezco y no me adentro a verle la cara ni a preguntarle por su nombre. Sólo sé que si le viese la cara y si me dijese su nombre me moriría yo para que viviese él».

¡Hola! Mister Edison! Esto bastó para devolverle la memoria o, mejor, para romper la dirección demasiado fija de sus ideas».

En el crepúsculo, entre la Leyenda y la Historia cuéntase que Arquímedes, absorto en resolver un problema de Geome, tría, no advierte la toma de Siracusa; y cuanoo un soldad- profana su recogimiento para hacerle prisionero de Marcelo ruégale que espere resuelva el problema y *nada le desvía de su plano de polarización.* Irritándose el soldado suelta todas las furias; y *al éxtasis sublime el gran físico y matemático, sucede la muerte, tal vez con el único desconsuelo de ver que la conciencia empeñada en alumbrar, apagábase cuando la solución del problema de su ensimismamiento postrero nacía como en un parto de esfuerzo.*

La vocación magnetiza las ideas y el pensamiento se orienta porfiadamente en el sentido de las meridianas magnéticas: Toda la felicidad posible en este bajo mundo se cifra en cultivar aquel modo de actividad para el cual nos sentimos con aptitudes. Sólo él nos hará olvidar las miserias e injusticias de la vida. Porque casi siempre el sumo placer coincide con el completo olvido de nosotros mismos y de los demás. Sabremos que hemos llegado a esta deliciosa enajenación para las cosas frívolas, enojosas y mortificantes, cuando, según se cuenta de Nicias, preguntamos a nuestro criado: ¿He comido?

«He aquí, dicho sea de pasada, el criterio inequívoco de la vocación» (S. Ramón y Cajal, Charlas de Café, 1920).

En el reino de las vocaciones la tendencia es reducir al mínimo los menesteres vulgares que malograrían, cual peso muerto, los vuelos más altos del espíritu, el ejercicio purificado, las manifestaciones superiores del cerebro.

El alma que en una grande idea se concentra con la emoción de la madre en cuyas entrañas siente latir un nuevo corazoncito, va desatándose poco a poco de las preocupaciones triviales que en el común de la gente llenan el pensar diario (1)

---

(1) « Ampére, poco tiempo antes de morir, discutía filosòficamente con uno de sus amigos que le aconsejaba cuidar de sus fuerzas y de su salud.—¡Mi salud! exclamó, ¡se trata de mi salud! ¡Nosotros no debemos ocuparnos más que de lo eterno!» (A. Fouillée, «Temperamento y Carácter).

El espectador superficial confunde los abstraídos con distraídos incorregibles; y el alucinado con la vanagloria de aparecer Zaratustra en fugaces impresiones, aspirando a vivir como grande en mentes cándidas, imita lo pequeño que aun en los grandes queda cual cáscara vulgar, y tomando como fin secreto lo que cuelga por estorbo de la abstracción, hace caricaturas de abstraídos.

La *deliciosa enajenación* es criterio infalible; pero no universal, ni es síntoma precoz, que autorice fallar positiva y menos negativamente con vistas al porvenir de tanteos inciertos y en penumbra.

3.º *En la constancia en una misma dirección y en la resistencia al esfuerzo.* La constancia caracteriza las vocaciones—constantes que reveladas destacan la personalidad—a la manera del tropismo y del instinto. Las vocaciones que han rasgado el velo definitivamente, van a su objeto con la terquedad de la mariposa al foco y del gorrión al sembrado: Giotto cuidaba rebaños cuando el pintor Cimabue *lo descubrió,* pero recogía todo carbón y toda cal que encontrara en el campo y dibujaba en las rocas de las montañas, con igual naturalidad y la misma persistencia con que el águila escala las cumbres.

«La repetición de ciertos actos, siempre en el mismo sentido, ese continuo batir del mismo martillo sobre el mismo yunque, debe prevenir al educador de que se trata del despertar de una vocación». (De un interesante estudio.—«Significación psicológica de la desobediencia infantil»...—de la Directora del Instituto Normal, señorita Leonor Hourticout).—La profesora Hourticout sub-raya que la desobediencia puede ser indicio de vocación: solamente lo es cuando está por debajo—como causa—*la constancia de la dirección tomada.* (1).

---

(1) Ocurre, a veces, que el niño, obediente a incesantes llamadas interiores, desacata òrdenes cuya razón no comprende o cuya sinrazón las desautoriza.—El padre de Jorge Federico Haendel empeñábase en que su hijo cursara abogacía, *oponiéndose tenazmente a que estudiase música, a pesar de que la cabecita de Jorge era una catedral plena de resonancias celestes:* «Si salía con sus padres a paseo, aprovechaba el rapaz cualquier descuido y allá iba, hacia el atrio de la iglesia, donde los mûsicos de la ciudad tañían sus acordados instrumentos.

«Más de una vez paròse al pie de un árbol, entre cuyas ramas las avecillas gorjeaban a su antojo, o a la sombra de una torre, cuyas campanas trenzaban las dulzuras de un Angelus, o frente a una herrería, donde el yunque y el

La *constancia de la actividad libre* es criterio legítimo, pues las vocaciones ejercitándose son constantes en la línea del movimiento, y distingue la vocación de imitaciones artificiosas, cuya psicología nada tiene de las imitaciones por natural convergencia de temperamentos.—Aquellas, no asimiladas, caen delante de la personalidad como colgajos de tul desgarrado; éstas serían espejos donde se reflejaran rasgos inconscientes de la personalidad, haciéndolos conocer como venidos del modelo que por afinidades los evocara; serían las imitaciones del «levántate», en que la vocación ensaya imitando, para desprenderse—airosamente descubierta y de pie—de todas las imitaciones; y entonces, si no se rebela, continúa y rectifica.

La constancia de una misma dirección es carácter universal de las vocaciones verdaderas; y sin ella, todo queda en promesas, si otras cualidades algo habían prometido.—Las grandes vocaciones, que falsamente se conciben ya grandes, cual obra de dioses que tentaran poblar la Tierra con hombres mejores, deben mucho de su grandeza a *la constancia en una misma dirección*, y aun el genio, sin esta constancia, permanecería «incrustado» en la herencia como la estatua en el mármol sin el cincel que la arranque.—No son los dioses quienes pueblan la Tierra de hombres, sino los hombres quienes pueblan el cielo de dioses... «Si queréis sacar el horóscopo de una existencia humana, no es en las constelaciones celestes donde hay que leerlo, sino en las acciones y reacciones del sistema

---

martillo, tan pronto enemistados, tan pronto amorosos, entablaban un diálogo cantarìn, jovial y animado, delicia del oido atento e inocente placer del muchachuelo que sòlo buscaba voces gratas en la vida...

...Dícese que la madre de Haendel, bondadosa y tolerante—¡cuántos hombres han llegado a célebres por la intuitiva protección femenina!—favoreció, en principio, como pudo, la vocación de su hijo, instalando en el camaranchón de la casa un pequeño clavicordio.

Segùn amable leyenda, Jorge Federico, tan precoz como atrevidillo, subía por las noches al granero, y mientras dormían todos, pulsaba, con sus manos—temblorosas no sòlo por la tierna edad, sino tambièn por el delicioso mundo que presentía—el grato instrumento»... (E. Ramirez Angel, «Haendel»).

Vocaciones hay—a la manera de amores—que se enardecen cuando se les opone resistencia (psicologìa del fruto prohibido); pero la excepciòn no fundamenta sistemas y no cabe temer (como cuèntase se temiera de Cervantes) que todo lo que se haga por favorecerlas, las inhiba.

astronómico interior» Los grandes hombres son grandes por su inspiración y por el trabajo perseverante y *al rojo blanco*» (1)

La constancia de la actividad libre es criterio legítimo, mas aunque legítimo incompleto para juzgar inequívocadamente en las variadas modalidades de la vocación.—El niño es monótono—pese a su inquietud—y en sus mismos cambios, no sale de círculo estrecho, si el hombre no le abre horizontes a sus ocupaciones. En el juego, sus códigos son casi inmutables y se legan de generación a generación. Para gustar placeres, sigue el camino más corto. Su moral matemática se funda en la recta. No entiende haya algo detrás sancionando con signo invertido lo que está delante. Inexperto, no sabe de energías latentes y su tendencia es a no probarse donde hay que empezar por cierto esfuerzo (debe vencer la inercia y sensaciones de disgusto casi siempre se asocian con esos comienzos) a pesar de que allí podría «incorporarse» verdadera vocación que acaso duerme en su alma cual la chispa en el pedernal, que en sobresalto despierta al áspero llamado del choque; y tiende a rehuir la prueba del esfuerzo porque éste si no es penoso a toda hora, no comienza, sino corona con el placer más purificado, y niño y jóvenes quisieran en la partida lo que únicamente se da y es digno en la llegada: «*no saben esperar*»

El «Calendario Platónico» de la juventud debiera iniciar todos sus capítulos con la bendición del filósofo:

«... *tú sólo pasarás a maestro mucho más tarde, y previa una colaboración del Tiempo con la Heroicidad*»

Y D'Ors es quien nos enseña que «cualquier oficio se vuelve Filosofía, se vuelve Arte, Poesía, Invención, cuando el trabajador da a él su vida, cuando no permite que ésta se parta en dos mitades: la una, para el ideal; la otra para el menester cotidiano. Sino que convierte cotidiano menester e ideal en una misma cosa» (*Aprendizaje y Heroísmo*).

La vocación está dotada de cierta inmunidad contra la fatiga, y en igualdad de circunstancias, movido por ella, el trabajo cansa menos y resístese más en el esfuerzo: Fabre sentía pronto abatimiento con aquel A, B, C,... del alfabeto

---

(1) «Genio es un compuesto de 2 por ciento de inspiración y 98 por ciento de udor» (Edison).

—¡tan difícil que desafiaba a los sabios!—y observaciones interminables le inclinaban sobre el libro para examinar hasta la última pluma de una paloma con que se ilustraba su portada; Mozart, a los tres años, no se desprende del clavicordio; Miguel Angel, en la Capilla Sistina, no baja de los andamios ni para comer ni para dormir; Leibnitz estudia meses enteros sin otro reposo que el impuesto a porfía de Morfeo, quien le sorprende en la silla de trabajo; Newton vivió «pensando siempre»; Bernardo Palissy, mal alimentado, resiste diez y seis años una labor «a alta presión», entre arcillas y crisoles; Bordas—Demoulin, engolfado en la Metafísica, no tiene tiempo de amar (Paulhan); Edison trabaja en su laboratorio más de sesenta horas contínuas, sin dormir y sin comer («come tú, Sancho que naciste para comer»); recuérdense, entre otras, sus numerosísimas experiencias para la invención de la lámpara eléctrica ¿cómo conquistar más de dos mil trescientas patentes de invento, sino con esfuerzo titánico?... y—dice Jones—si Edison hubiera podido elejir entre la tierra y marte, seguramente hubiese optado vivir en éste ¡así podría trabajar cuarenta minutos más cada día!...

El índice comparativo de la fatiga (relación de las fatigas en las distintas asignaturas y tareas, y comparando esta relación con la correspondiente a los demás alumnos) puede contribuir a *determinar las líneas de fuerza del alma.* No decimos sea sin complicaciones—en el mundo de lo que conocemos nada hay desarticulado y el fenómeno más sencillo es la convergencia de factores innumerables—decimos: *el índice comparativo de la fatiga* es factor concurrente en el criterio para discernir vocaciones verdaderas de vocaciones espurias (1)

4.º *En el paralelismo entre asignaturas y facultades men-*

---

(1) Raymond Meunier («La fatiga intelectual y las vacaciones», Octubre 1921) hace notar «que los grandes trabajadores—esos excepcionales—los que no reposan y no se fatigan, son sobre todo esos hombres en los que la emoción del pensamiento se renueva sin cesar. Los maestros del Espíritu, que nunca se tomaron un reposo, alcanzaron generalmente la gran vejez. Se sabe que Galileo, Locke, Newton, Boerhaave, Fontenelle, Voltaire, Buffon, etc., murieron casi centenarios en la plenitud de sus facultades. Y nuestra época no es una excepción: hay ancianos cuya vida fué incesante labor, una pasión ininterrumpida, y que todavía nos dan el ejemplo saludable de la actividad». Clemenceau, Anatole France.... testifican con ágil y fuerte ancianidad.

tales (propiedades del espíritu) *y en la facildad de asimilación psíquica.*

Parece que el camino a seguir para determinar las vocaciones fuera el análisis de las facultades: quien tuviese mucha memoria, por ejemplo, poseería afinidad con las materias que reclamen, predominantemente, el ejercicio de la memoria. Pero es absurdo creer—además de lo impreciso y vago del criterio—que el cultivo real de cualquier asignatura sólo dependa de la aplicación más o menos dominante de facultades aisladas.—Sin embargo y aunque el espíritu funcionando es siempre una unidad, cualquiera sea el concepto de facultades, como lo es la máquina a pesar de sus numerosos engranajes—casos hay en que este camino puede conducir a resultados efectivos.

La facilidad de asimilación psíquica y de aprendizaje—que, «cela va san dire», no es igual en todos los niños, ni para todas las asignaturas y oficios—preséntase, *al primer enfoque,* como criterio claro y perentorio en el diagnóstico de aptitudes especiales o monolateralizadas. «Sentemos ante todo este principio: la conciencia, sea para sentir, sea para obrar, exige siempre cierta duración, por bajo de la cual deviene indistinta o nula; la *velocidad infinita del pensaiento* es cosa ilusoria». Fouillée pone el temperamento como intermediario en las acciones y reacciones de las cosas y de los hombres.

Cajal divide los talentos en dos categorías: de reacción lenta y de reacción rápida, coincidiendo con Ostwald, que los clasifica en *clásicos y románticos* (Helmholtz y Davy, por ejemplo). Y es creencia que circula cual moneda de ley indiscutible—tratándose de casos que no se acusan con claridad ni por encima ni por debajo del nivel—que los *rápidos* son siempre más capaces que los lentos: simplismo que estriba en tomar una cualidad por todo el espíritu. La rapidez—que depende bastante de la cultura y buena parte puede adquirirse,—suele deslumbrar eclipsando cualidades valiosas que con creces compensan la lentitud.

Maestros y profesores influyen extraordinaria y a veces decididamente en la facilidad o torpeza de los alumnos, quienes con fuerte vínculo asocian la materia, el profesor y la manera como se les enseña.—La competencia, el entusiasmo y el amor con que se dicten las clases prestigian la asignatura que se

quiere inculcar y concentran la atención del alumno, que así asimila más fácilmente; y la frialdad, las sugestiones negativas y la parálisis—aunque la letra del programa se cumpla—insensibilizan a los escolares y poco a poco la indiferencia, el disgusto y hasta la adversión los cierran a las asignaturas que sólo conocen en malas presentaciones hechas por un educador que las traiciona y se traiciona... y es así como va formándose una costra que altera *el índice real de asimilación*.

Si buen número de alumnos son refractarios—no queremos significar análogas preferencias—malos vientos soplan para el profesor, y quizá se haya equivocado de rumbo y deba proar a otros mares.

5.º *En el descontento por la enseñanza corriente, hecha a la medida de la inteligencia media.*

El descontento porque la enseñanza ordinaria no les satisface es propio de escolares bien dotados, pues aquella *se dirige en profundidad y extensión a la medianía.* (Ostwald).

El terco forcejear contra el molde, contra el ajuste, contra la uniformidad, contra los programas para ponerse por encima, dominándolos en vez de ser dominados por ellos, es heróica rebeldía de vocaciones superiores (cierto que aquí la mano del profesor—según ejerza o no con vocación—ya desata el entusiasmo, bien anuda en la pereza).

Rasgo de vocación más valioso que el contentamiento por la enseñanza que ordinariamente se recibe es la inquietud por el vacío que deja.—Y si el descontento de la enseñanza como un todo sólo sirve para entresacar verdaderas vocaciones intelectuales, sin su dirección concreta, no sucede así cuando es específico de ciertas materias.—Además, las vocaciones se determinan y encauzan definitivamente por selección sucesiva.

6.º *En la pasión del saber, puesta por encima de todos los intereses y de todas las pasiones.* La vocación realizándose es la pasión tras la idea; y si en los momentos de trágicos conflictos triunfa sobre cualesquiera otras pasiones, marchando rectamente a sus fines sin jamás inhibirse, cabe pronosticarle altos destinos:

«Contad al sabio—decía Séneca—en el número de los atletas que, a fuerza de ejercicio y de constancia, han adquirido la fuerza indispensable para soportar los golpes y cansar los brazos de sus enemigos». Y son enemigos en la gesta del

sabio, hombres, cosas, deseos que distraen la atención con juegos kaleidoscópicos, o que separando los labios de alguna atávica herida del alma, sueltan la sangre para alimentar el vicio.

El ansia insaciable de saber, la constante preocupación por las verdades, la curiosidad cual antorcha encendida y puesta día a día más alto, la voluntad de construir torres por el honor de manos encallecidas, el ahincado laborar en homenaje de una bella idea... todo ello forma la cohorte de vocaciones superiores:

...«Los grandes hombres y las montañas
Es forzoso que siempre estén de pie»... (Lugones)

7.º *Siendo dudoso subordinar caracteres, en la interferencia del estudio psico-fisiológico de cada niño y de las condiciones fisiológicas y psíquicas de las diversas disciplinas humanas.* Los intereses de la industria y del comercio «solo podrán ser favorecidos, desde el punto de vista que nos ocupa, cuando sean examinados con igual minuciosidad y científica exactitud, tanto las exigencias profesionales como las funciones personales. (Munsterberg, Psicología de las Actividades Industriales).

En lo porvenir—si la Psicología llegare a la presición de las ciencias exactas—quizás pudieran descartarse complicaciones y obtenerse un criterio sencillo, riguroso y universal, como la piedra de toque en el reconocimiento del oro de buena ley y del oro falso.

El progreso en el estudio de niños y jóvenes, por un lado, y por otro, la determinación de las condiciones fisiológicas y psíquicas en las distintas disciplinas humanas—emprendida en parte por la Psicotecnia—acaso en feliz encuentro cierren el circuito y Electra, que imagináramos acurrucada, se estire de polo a polo.

XV

Vemos que el criterio para reconocer vocaciones es complejo. Datos de todos los puntos del horizonte—más o menos valiosos—lo integran, y no podemos encerrarlo en fórmula única. Sería falsear la verdad a beneficio de una sencillez que cautiva teóricamente y a primera impresión, no respondiendo a las exigencias prácticas, donde fracasan todas las fórmulas insuficientes. Lo personal tiene mucho de imprevisto y cada hombre es siempre un ejemplo no registrado. Pero por sus complejidades no hay que perder copiosos frutos. ¡Al trabajo y a la cosecha, con el corazón abierto a las bendiciones de nuevos soles, que todos los días nos darán—con la constancia del sacerdote—una nueva aurora y un nuevo crepúsculo!

XVI

La metodología de las vocaciones comprende dos etapas culminantes: 1.º la revelación; 2.º el desenvolvimiento y encauce.

El despertar de las vocaciones—como el del amor—parece no obedeciera a ninguna sistemática. Un hecho cuya esencia aparente no varía, mil veces cruza por el alma mudo y se duerme en el regazo de la noche... mas, de pronto, soberano, vencedor de las tinieblas, rasga el velo y se descubre la casta frente de una aurora inesperada y radiante. Y así amanece «Buda»—que en sanscrito significa sabio, iluminado—por transmutación del obscuro Siddhasta, cuando a los veinte años de edad, el espectáculo de la vejez y de la muerte polariza sus meditaciones en la línea efímera de la vida terrena. Y así despierta Lartet, a edad madura, cuando un trabajador de arado y surco orienta su espíritu a la Paleontología, con el obsequio de un molar de mastodonte. Y así surge Palissy inmortal, cautivado el pensamiento por la vista de una tierra con reflejos vítreos. Y así Antonio Allegri alborea en el Corregio, con la exclamación clásica «Anch' io son, pittore», que suena imperecedora, desde que contemplase un cuadro de Rafael, y llega a nosotros indiferente de los siglos, como clamor de las vocaciones y eco de una gloria...

Difícil enhebrar en ley los hechos de la revelación vocacional. Hay momentos oportunos—distintos para cada individuo e imposible de prever—en que impresiones de las más nimias fecundan el alma y potencias hondas que dormían recogidas, comienzan a desembarazarse, de análoga manera como hay horas propicias en las cuales un grano de polen llega al ovulo y suelta el movimiento hereditario, horas no sólo de sazón, sino también de oportunidad en el acto, porque el óvulo podría estar fecundado ya por otro grano, acaso subalterno y enfermizo... «Cada botón florece una vez sola, y cada flor tiene un único minuto de belleza perfecta. Así también, en el jardín del alma, cada sentimiento tiene su minuto de floración, es decir, su momento único de gracia bien abierta y de radiante majestad. Cada astro durante la noche, pasa una vez tan solo por nuestro meridiano, sobre nuestras ca-

bezas, y no brilla en ese lugar sino un instante; así en el cielo de la inteligencia, sólo hay, me atrevo a decirlo, un solo instante en que la inteligencia culmina y brilla con todo su resplandor: ¡apresa tus ideas y tus sentimientos en ese punto preciso y fugitivo, para fijarlas o eternizarlas, porque ese es el momento supremo! Antes de ese instante, no tenías sino bosquejos confusos o presentimientos obscuros de ellos; y después de ese minuto, sólo tendrás reminiscencias pálidas o arrepentimientos impotentes. Ese instante es el del ideal «Amiel, Diario Intimo»).

Una derrota y una rivalidad inocentes inclinan el ánimo de Gall, al estudio de la Anatomía: Condiscípulos que jamás conceptuó superiores a él, le vencían en los torneos de clase. —«Pícado en su amor propio» se contrajo al estudio no de las lecciones, sino de los compañeros que le aventajaban, notando que en las arenas de concursos expresos o tácitos, los gladiadores volteábanle a favor de una memoria feliz. Deseoso y ardiente por reconocer dicha facultad con signos externos, creyó descubrir relaciones entre la forma del cráneo y los poderes mnemónicos. Desde aquí sus desvelos tienen por norte la Frenología, donde al igual que en la Astrología y en la Alquimia, anidaran fantasmas y ensueños creadores de realidades.

El *Molde negativo* de que nos habla Rodó en su estudio de las vocaciones superiores —selecto en el estilo, magnífico en la idea—no se circunscribe al retrato, a la semblanza, a la obra; existe también el *molde negativo del medio*: Una enseñanza absurda en sus principios y torpe en los procedimientos acusa el genio pedagógico de Pestalozzi.

«No son los profesores más elocuentes o más claros—dice De Condolle en frases transcriptas por Claparede—los que hacen surgir los espíritus indagadores (1) Son más bien aquellos cuya enseñanza deja dudas y que hacen preguntas. Si llegan a instruir excitando al propio tiempo la curiosidad, está muy bien. — si provocan los esfuerzos de los alumnos por una enseñanza ya mal dada, esto no es tan lamentable como parece... Se observa con sorpresa, leyendo las biogra-

(1) Los más célebres ingenios se han formado a sí mismos y... los no célebres también» (Juliàn Ribera, «La Superstición Pedagògica»).

fías de los sabios cuan mediocre eran a veces los maestros de los hombres ilustres, y cómo los discípulos de los hombres superiores ocupan un lugar secundario en la ciencia. Hay que convenir que *los sabios ilustres proporcionan las mejores enseñanzas, pero que las buenas enseñanzas no hacen a los sabios ilustres*».

Verdad es que sin darle pasta no cabe pedir que la Pedagogía moldee grandes hombres como homúnculos en las fantásticas retortas de los alquimistas; mas, se fuerzan y se desnaturalizan los hechos invirtiendo la Pedagogía y volcándola toda en el *molde negativo del medio pedagógico*.

La auto-educación—y no la mala enseñanza—es lo mínimo para escalar los altos picachos de la sabiduría. En torno de los sabios y de los artistas florecen pléyades de sabios y de artistas con más o menos brillo, y no fatalmente de la peor cepa, como lo confirma la Historia—pese a la sentencia de Candolle:—Platón discípulo de Sócrates; Torricelli, de Galileo; Miguel Angel, de Ghirlandajo; Rafael, de Perugino; Leonardo de Vinci, de Andrea Verrochio; Giotto, de Cimabue; Faraday, de Davy; Metchnikoff, Chamberland, Roux..., discípulos de Pasteur; Río-Hortega, Tello, Sánchez..., de Ramón y Cajal; Pi y Suñer, discípulo de Turró...

Y sin excluir la enseñanza a través de los libros ¿qué sabio no se formó partiendo de las enseñanzas de los sabios, aun los que luego, cual caer de hacha, destruyeran las construcciones de los sabios, como Képler los sistemas de Ptolomeo y sus defensores? Además *el molde negativo del medio* malogra a los encogidos en su timidez, que ignorando si son para el vuelo las alas que se articulan en sus hombros, nunca las desplegarían sin las sugestiones de otras alas heroicamente tendidas.

«El que puede abrir los capullos—canta el fundador de Santiniketan, donde educa a la manera de Tolstoy en Yasnaiapoliana—lo hace tan sencillamente! Los mira nada más, y la savia de la vida corre por las venas de las hojas. Los toca con su aliento y la flor abre sus alas y revolotea en el aire, y le salen, sonrojados, sus colores, como ansias del corazón»... Pero en este bajo suelo, las vocaciones no abren sus capullos tan sencillamente como en el ingenuo y bellísimo cantar, y nos inclinamos a creer que los hombres no están hechos a imagen de los dioses, sino los dioses a imagen de los hombres.

XVII

Seleccionar según se tenga o no vocación por la enseñanza parece necesidad que desde la raíz condicionara los medios de la enseñanza vocacional. Quien profese como epifenómeno de su vida nunca será profesor de nada. Y henos aquí detenidos por un gran problema de orden práctico: ¿habrá maestros y profesores para los miles de clases y cátedras cuyo número crece día a día? El profesor Jonckheere—de Bruselas—en una de sus informaciones constató que de treinta y cinco aspirantes «*ninguno*» había ingresado obedeciendo al mandato de la vocación. Por otra parte, ¿cómo hace el Estado—se pregunta Claparede—el diagnóstico de su presencia en un candidato a la carrera pedagógica? ¿Y trata de hacerlo?

A nuestro alrededor, los hechos de todas las horas ¿no testimonian las observaciones de Jonckheere y Claparede? Y sin embargo, de ello no es lógico concluir que vivimos en un desierto de vocaciones por la enseñanza. Estas son—por debajo de lo genial—las más extendidas. *En cada hombre hay alternativamente un maestro y un discípulo.* La negación de la Pedagogía por anti-natural se dirige a enseñar... y ya es Pedagogía. El mismo Ribera negándola hace pedagogía, y nadie jamás podrá romper este círculo de hierro. *Dos que se junten aun sin ninguna intención, siempre ejercitarán al maestro más o menos meritorio que habla y al discípulo más o menos atento que escucha. Y eso no es por artificio, sino por naturaleza, y en su vasta universalidad, lo que más nos humaniza.*

En las funciones docentes—tan natural en el hombre—la cuestión de seleccionar es de grados: más o menos amor a la verdad, más o menos simpatía por el alumno, más o menos capacidad para ordenar y prolongar acciones espontáneas, más o menos plasticidad para adaptarse a los distintos planos de la enseñanza, pues aún en una misma clase y en un mismo individuo, ya deben subir, bien bajar o cambiar de dirección, acorde con los procesos psicológicos (nótese que esto no implica que la Pedagogía deba y pueda superponerse a la Psicología) para cuyo fin de nada sirven los horarios y los planes rígidos, que mecanizan no pasando más que por los puntos de repeticiones rítmicas...

¿Cuáles, entonces, son las causas de que hayan pocos maestros y profesores que ejerzan con vocación?

1.º *El pecado original*: Desconocimiento de la aptitud dominante y de las funciones, que se eligen por móviles extraños a la vocación y de cuyas ataduras cuesta desligarse, porque el error se advierte tarde y ya es pesado renunciar a lo aprendido y comenzar de nuevo, desviando el curso de un *modus vivendi* canalizado en el hábito.

2.º *El letargo de la vocación en ambiente frío y sin estímulo*: En el magisterio se observan vocaciones verdaderas, aunque no apostólicas, testificadas por el trabajo y los resultados, que palidecen a los cuatro o cinco años de actuación escolar, aletargándose—salvo rarísimas excepciones—con el desaliento que como nieve cae sobre el maestro, dentro y fuera de la escuela, a pesar de las palabras sonoras y laudatorias en cuyo fondo—cuando se hace el silencio—casi nunca recoge más que amarga ironía.

3.º *La estrechez económica y las tareas reductoras*: La vocación si no es genial, suele ser vencida por necesidades impeciosas. Los apóstoles vendrán o no, y es candoroso creer que para el trabajo dignísimo, pero obscuro de cada clase, habrá un apóstol. El maestro y el profesor—como dos de los laboriosos constructores de la sociedad civilizada—tienen derecho a la independencia económica, que es el que da soltura en el ejercicio de todos los otros derechos. Los Diógenes (que serían expulsados de nuestras aulas) fueron una sola vez en la Historia y llegan a nosotros más que vestidos de harapos, con la púrpura de la Leyenda y el azul del orgulloso cinismo. Y mientras aquel derecho no pase sin escamoteos de la teoría a la práctica, pedagogos de aptitudes innegables pasarán del magisterio a otras profesiones o dispersarán sus energías en labores heterogénias, en mengua de la fecundidad de la acción; y quizás cuántos, con el toque de gracia vocacional, ni siquiera se acercarán a la enseñanza, especialmente primaria, huyendo de las tentaciones, como del estigma y de la miseria! (1).

---

(1) Los pàrrafos de esta nota corresponden al doctor Legnani—higienista concienzudo—y los entresacamos de un estudio reciente (La Escuela Pùblica y la Higiene), aparecido en columnas de «El Día», estudio a veces un tanto exa-

No teniéndose el hábito de aprender encarnizadamente, la tarea de cumplir un mismo programa año tras año, mecaniza y enpequeñece. Las funciones del maestro, como hoy se realizan, tienden a enquistar y a reducir al maestro. Y con frecuencia ello aleja a los más estudiosos, cuya tristeza más honda es que las horas pasen sin dejarles todo lo que contienen. Horas en que no se aprende son horas de amarga vejez para el alma. El espíritu que nació primero no es el más viejo: lo es el que más se repite. Su juventud vive de la nueva idea y de la nueva aspiración que gravitando alrededor de un propósito firme, enriquecen el cerebro y entibian el ánimo.

Los elementos por eje, el maestro gira, en la organización actual de la enseñanza, como aspas de molino: dando vueltas y vueltas su dictática alrededor de un mismo programa, eje indesplazable y rueda que voltea año y año sin apoyo de arranque.

Hay que contrarrestar la acción reductora de monótonas repeticiones, si la monotonía en labores escolares no fuese totalmente evitable: rotación de maestros; (en Alemania se ha adoptado este temperamento, véase «*La Enseñanza Primaria en Alemania* por H. Dörsing); tiempo destinado a investigaciones psicopedagógicas sistematizadas, y teniendo aparatos, a experiencias paidológicas que refuercen, que corri-

---

gerado y simplista, pero siempre apiñado de ideas—como una espiga de espíritu—y riquísimo en saludables sugestiones:

«Hay que pagar bien al maestro, para que los sujetos de vocación ingresen al magisterio, y para que los idóneos no huyan de él, o no pierdan la idoneidad. He ahí la primera condición de cualquier procedimiento selectivo. Solamente por ese medio es cuerdo esperar el tipo del maestro fecundo. Individuo de mentalidad eminente pero reductible y elástica, ágil, capaz de descender instantáneamente, por «simpatía», a los ínfimos niveles del conocimiento y de recorrer también instantáneamente, la entera gama de la afectividad. Cerebro perfeccionado hasta lo extremo, y por ende, apto para encarar cada uno de los problemas que en realidad y el ensueño plantean en el curso de las existencias humanas. Poliédrico. Dotado de una mina de creaciones succonscientes. Cargado como un acumulador de conclusiones cuyos silogismos duermen, sedimento de experiencia, raciocinio, observación y fantasía producido por él y por un abolengo que durante miles de años de vida social, ha estado mejorando el espíritu. Maestro que, él, sí, puede inclinarse, a auscultar, atenta y cariñosamente, al espíritu infantil, y luego erguirse conduciendole hasta las cumbres y hacia los horizontes...»

jan o que pongan en conflicto las observaciones empíricas y desperdigadas, así como las ideas adquiridas en los libros; concurso de tesis cuya realización se cumpla por las autoridades con la responsabilidad de los fines y el respeto al esfuerzo que motiva, y no quede en puro verbalismo flotante y vacío; congresos de Psicología y de Pedagogía; en fin, estimular por todos los medios para que cada maestro se vaya construyendo su personalidad científica dentro de su misma profesión.

4.º *El circunscribirse a una o a pocas materias la vocación por la enseñanza*: Es de experiencia diaria y de pura lógica que enseñamos con más calor y acierto las materias de nuestros gustos que las de otros dominios. La vocación por la enseñanza—así, sin límites—es excepcional, porque saliendo de lo elementalísimo requiere aptitud para todas las asignaturas. La vocación por la enseñanza suele ser derivada, corolario, o compañera de la vocación por alguna disciplina de la mente.

Para transmitir el espíritu de una asignatura, no basta saber la lección: es necesario conocer la asignatura en todos sus progresos. (1) De ahí que juzguemos equivocado que un solo maestro enseñe, a partir de cierto año escolar, diez o doce materias. Enseñando tantas cosas sin correlación, sucediéndose en vértigo, se arriesga a terminar sin apego a ninguna, si se carece de tendencia bien definida, cultivada a despecho del trabajo diario. Contrapónese al maestro único, el régimen del profesorado en instrucción primaria, que casi todos los pedagogistas han combatido acerbamente. Nosotros creemos que la solución esté en conciliar los dos sistemas: Maestro único hasta la clase cuarta, por ejemplo; luego dividir la enseñanza primaria en dos ciclos, uno con un núcleo de materias fundamentales desde el punto de vista educativo, a cuyo frente estaría un maestro, y otro, en el que se dieran

(1) «*Nadie enseña*—estima Ribera—de modo directo y positivo, *sino aquello que profesa y sabe*».—De esta premisa infiere—y el sofisma enturbia el agua fuerte de su lògica—que el pedagogo o el profesor de una asignatura no puede enseñar otra cosa que a ser pedagogo o profesor de su asignatura; en otros tèrminos, *nadie puede enseñar lo que se propone, sino que el alumno aprende lo que se profesa y sólo cuando la profesión se manifiesta en los actos que la realizan.*

trabajos manuales, modelado, industria, dibujo, caligrafía, pintura, escultura, canto y gimnasia, a cargo de maestros especializados.

5.º *La poca libertad para ejercitar los dones pedagógicos.* Cuando todo se encuentra dentro de marcos que no pueden romperse sin censura ni castigo, se concluye por soltar los remos y seguir la corriente de planes cuya responsabilidad carga hombro ajeno y nunca se realizan iniciativas propias de alguna trascendencia. Contra este mal se ha propuesto un remedio: permitir a directores de escuelas y liceos que merezcan plena confianza por sus aptitudes y dedicación, organizar y orientar sus establecimientos respectivos, con libertad casi absoluta, sin el cartabón de programa impuesto y único, con la responsabilidad de la trayectoria descrita en «self-goberment».

El profesor cuya competencia y consagración fuesen notorias, no debiera estar obligado a cumplir *un programa,* sino autorizado—sin invasiones en perjuicio de otras materias—para desarrollar *su programa,* que ha de variar en armonía con el progreso de todos los años y, dentro de ciertos límites, con el cambio de alumnos.

6.º *La falta de ambiente superior para los problemas escolares.* En esto habría mucho que tejer, y aunque deba desglosarse, véase el hilo de encaje, anúdese y a la línea de nuestro pensamiento.

CAPITULO XVIII

Uno de los puntos cardinales en la organización de la enseñanza es saber si las vocaciones se acusan o no a edad precisa.

«En nuestro país—asegura el doctor Regules—la vocación se descubre y se decide, salvo excepciones explicables, de los 12 a los 14 años. Al fin de la enseñanza primaria.

«Este es el hecho

«No lo demuestro. Lo consigno. En un comunicado de esta índole, no caben demostraciones circunstanciales. Pero la estadística y la experiencia, completando la voz de la naturaleza, son los aliados palmarios de la tesis.

«A esa edad está la hora de la revelación de la vida. Este es el dato fisiológico. Y a esa edad está la hora real de toda la revelación de la vida, física, moral y espiritualmente: La práctica ratifica esta verdad. Todo alumno que de primaria pasa a secundaria es porque aspira a la enseñanza secundaria. Nadie sueña con truncar sus estudios al fin de secundaria. *Todos ya han decidido*—subrayamos nosotros cláusulas del doctor Regules—*en el paso de primaria a secundaria, a donde van a clasificarse en la vida. Este es el hecho, palmario. de comprobación diaria, de exactitud meridiana. Para todos, pues, la naturaleza y la revelación vocacional coinciden en ese momento con su reclamo imperioso.*

«Ahora bien, ante este hecho, que se arraiga hasta la naturaleza misma, nuestra enseñanza pretende resolver aplazar la decisión vocacional hasta los 18 años. Y como las leyes naturales se cumplen, contra el artificio de todos los planes, *el alumno*, contra el plan, *se decide*—volvemos a subrayar—*al salir de primaria*, anula los fines del ciclo secundario, y los convierte en simple escala preparatoria para la enseñanza superior.

«Quiere decir, pues, que secundaria no existe».

Hay errores que delatan fina inteligencia, como el papel tornasol los ácidos. Y algunas de las cláusulas transcritas—que no descuajamos a mansalva, puesto que sobre el particular nada más se registra en el comunicado—a pesar de ser tan

equívocas cuan afirmativas, muestran una dialéctica sutil, afilada por todos los costados, que corta por donde se le toque si la sugestión de un estilo categórico no es resistida por el rigor científico, que mella sus aristas.

No es cierto—fuera del salvamento obligado de las excepciones—que actualmente el paso de primaria a secundaria se efectúe al compás de la vocación. *Confúndese la conciencia de la aptitud, que desde lo subjetivo determina rumbo, con el determinarse—harto frecuentemente móviles bastardos mediante—por hacer algo después de rematar las tareas escolares.*

Si la ley fuese que ya desde la escuela los niños adivinaran —cual nidada de aves agoreras—el sitio del hombre que en cada uno de ellos se desenvuelve y si al salir de los claustros de la primera enseñanza se encaminasen rectamente hacia él, ya estaríamos en *El Reino de las Vocaciones* y toda lucha por alcanzarlo sería anacrónico relucir espada y casco de guerrero... sería locura de querer conquistar lo que no sólo está dado, sino impuesto por un fatalismo que se cumple en el orden y dirección de los sucesos. Pero erguidos en el último peldaño de una enseñanza elementalísima e incompleta que saben de sí, de sus panoramas de futuro?... ¿y qué divisan de las profesiones para clasificarse en la sociedad y en la vida conforme a la vocación verdadera?

Jamás negaremos que cuando la vocación es vigorosa como un instinto, suele hacerse lugar, sin comprender, en cualquier punto del orbe y encarrilarse en las vías de sus destinos. Mas, por esta grieta de la ley hundamos la varita maravillosa del recuerdo y en la memoria de la Humanidad busquemos hasta el sub suelo de las edades... ¿cuántos casos así pasan en las ondas de los siglos y en el raudal de millones y millones de vidas?

El trabajo serio de los liliputienses es el de la escuela y si la malaventura no pone el cruel yugo de imperiosas necesidades sobre las inquietas cabecitas, las exime de cualquier otra ocupación grave; pero concluidos los cursos primarios, el niño queda disponible *y a sus padres, más que a él, se les plantea el interrogante ¿qué hacer?..* En el orden actual de cosas es regla que se determinen carreras con la Aritmética de Bentham bajo el brazo, o en una atmósfera con miasmas, asfixiante, agitada de prejuicios que enturbian con absurdas

jerarquías la dignidad del trabajo. Y así se tuercen inclinaciones sinceras y se malogran aptitudes reales.

Quienes sigan a los alumnos luego de desbandarse de la escuela como de un nido, verán con tristeza que muchos de los más aptos pliegan para siempre sus talentos que a la esperanza empezaban a abrir frescos capullos, y ya por miseria, bien por flaqueza de voluntad y faltos de estímulos, o por ignorancia de altos destinos, enquístanse en tareas ajenas a sus aptitudes salientes.

XIX

El ágil y severo crítico del régimen de *instrucción tripartida* (primaria, secundaria y superior) juzga conmitante el apuntar de la pubertad y los albores de la vocación, localizándolos entre los 12 y 14 años inclusive: «*Y a esa edad está la hora real de toda la revelación de la vida, física, moral y espiritualmente*».

Ignoramos a qué estadística se refiere el doctor Regules en apoyo de su tesis. Aceptemos, sin restricciones secundarias, que en nuestro país la pubertad despunte de los 12 a los 14 años—ya que las consecuencias lógicas no se perturban sensiblemente—y surge aquí una duda que reduce el sector afirmativo y cuyo escamoteo es imposible: *¿cuál su relación con el despertar de las vocaciones?* Decimos *aceptemos sin reserva*, pues el sabio endocrinólogo Marañón advierte con motivo de la monopausia, pero como doctrina general (la misma idea repítela hablando de la pubertad) que «resulta pueril querer localizar, a fuerza de estadísticas, en un año determinado un período de la vida extraordinariamente complejo y variable»; y porque la misma pubertad oscila con el juego de muchos factores: «Es más tardía en los varones que en las niñas; más precoz en las ciudades, y sobre todo en los niños de familia pudiente. Según Roberts, en los ingleses ricos se inicia dos años antes que en los pobres» (Dufestel, «La Croissance», 1920). Cuesta creer que los factores que aceleran la pubertad apuren también el despertar de las vocaciones. *Y es la estadística de la correlación la que necesitaría el doctor Regules para probarnos la exactitud de su tesis, estadística que, en tratándose de vocaciones superiores*—más adelante aludiremos a las modestas—*precisamente revela absoluta independencia entre el amanecer de la vocación y el estallar de la pubertad.*

Opina Balmes que la vocación se anuncia de los 10 a los 12 años; en sentir de Nagy, el período del interés especializado comienza entre los 10 y los 15; para Claparede, de los 12 a los 18; y el bien nutrido cerebro de Victor Mercante piensa que *el momento vocacional—predestinados o no—se define entre los 14 y 17 años* y que «al ciclo escolar de la crisis in-

cumbe la misión delicadísima, de la que están eximidos la escuela primaria y el colegio, de preparar el espíritu para este momento trascedental en que el hombre elige para resolver el problema social y económico de su vida». Y tras sólidos razonamientos y citas como la de Lancaster, quien conceptúa que la vocación artística nace a los 10 años, se eleva a los 12 y decrece a los 15 en los no definidos; y la de Ribot, quien estima que las vocaciones por las artes plásticas se manifiestan a los 14 años... y luego de rememorar casos precoces (Mozart, Schubert, Rafael...) establece, entre otras, estas conclusiones: 1.º «Que en el hombre existen dos períodos vocacionales diferentes: uno correspondiente a la niñez (antes de los 11 o 12 años); otro, a la adolescencia, definido por la crisis de la pubertad». 2.º Que la vocación adulta se define no bien la crisis estalla; pero no es común a todos los individuos. En unos no existe; en otros es instable; en otros es precisa y lateral; en otros es poliédrica, según la expresión gráfica de Lombroso». 3.º «Que, del punto de vista pedagógico, la capacidad vocacional del alumno puede definirse de los 12 a los 16 años».

El despertar de las vocaciones consiste en el conjunto de fenómenos que descubren las aptitudes dominantes, sea subjetiva, sea objetivamente.—Parece que si fuese cierto que en cualquier momento lo que va a ser cada uno está *todo* determinado por lo que es, la vocación debiera tener algún signo que la edad tierna la pusiera de manifiesto, aun cuando no se anunciara introspectivamente.—Biólogos ilustres han aseverado que se nace viejo, pues la diferenciación celular (citomorfosis) ya planea su futuro en la vida intra-uterina; y al decir de Dastre, «el cuerpo del hombre es un edificio en el cual 60 trillones de células determinadas deben encontrar cada una su sitio, prefijado de antemano (refiérese no a la añeja hipótesis de las preformaciones orgánicas, sino a que la evolución individual desenvuelve virtualidades fijadas en el tiempo).—Otro es el pensar de los epigenistas, y compenetrando ambas doctrinas, equilíbranse ideas cuya unilateralidad se corrigen recíprocamente (1); El despertar de las vocaciones, como el

(1) .....«Fichte mismo, que ha sostenido de una manera tan exclusivista y tan enérgica la primordialidad interna de la persona y su capacidad de determi-

nacer del amor, (1) ocurre en función de un factor interno y otro externo.—Vocaciones y amores *tienen de exterior lo que el alma y el corazón esperan*—consciente o inconscientemente —*para ofrendar o recibir en íntimo holocausto, sangre y luces.*— En una y en otros pueden haber sentimientos fervorosos y certeros, que en súbita presencia descubran el objeto definitivo de las consagraciones, o sentimientos vagos que van definiéndose por penetración lenta y eliminaciones sucesivas, o sentimientos cuya aplicación sólo concreta y asegura el tiempo, o sentimientos kaleidoscópicos que pueden llevar el alma —con entusiasmos fugaces, intermitentes y tornadizos—vagabunda de idea en idea y el corazón, errante de afecto en afecto, hasta que éste halle su doña Inés y aquella encuentre el clima que da matiz, jugo y sabor a sus frutos...

Como integrante del factor interno y dado el rango de las neuronas cerebrales en el psiquismo, es dato que debe meditarse en la determinación de la edad vocacional, el hecho de que durante la adolescencia el 90 % de las células nerviosas adquieren ya la arquitectura que con leves complicaciones progresivas perdurará en el adulto y de que «en el período escolar hasta los 12 o 14 años, el número de fibras de asociación aumenta poco, no siendo sino en la pubertad que las células gigantes envían de todos los costados ramas protoplásmicas que van a establecer comunicaciones con las células vecinas o con los centros y realizar el incremento cualitativo que da al cerebro su valor real». Si la revelación de las vocaciones adultas, vale a decir, las definitivas, dependiera del crecimien-

---

narse a si misma, no puede explicar el tránsito de los grados inferiores a los superiores, sin suponer una acción del exterior, aunque no fuese más que para impulsar el resorte interior.—En el desarrollo del espíritu, es todavía más difícil que en el del cuerpo mantener separadas las influencias del exterior y las del interior» (Hoffding, Psicología Experimental, pag. 583 y 584).

(1) No decimos del *instinto sexual* (y no ignoramos la teoría de quienes, como Remy de Gourmont en «Física del Amor», afirman que las relaciones amorosas, en último análisis, tienen por fundamento el instinto sexual), *sino del amor personificado,* en que la vaguedad y las fluctuaciones inherentes a ese amor que aun cuando presto a darse, permanece indefinido, sin aplicación concreta y duradera, se transmutan en precisa determinación y consagración definitiva, concentrándose en el punto externo sobre el que gravita el sentimiento, antes desorbitado, nebuloso y voluble.

to de las neuronas cerebrales, debería acaecer más bien que a principio, en el proceso o después de la pubertad, como sostienen el doctor Dufestel, quien conceptúa que *en la adolescencia se deciden las profesiones*, y el sabio fisiólogo Luciani quien estima que «la *adolescencia* de los latinos, que se inicia en la época variable de la pubertad, comprende todos los desarrollos de los órganos y del organismo completo en altura y peso, todos los cambios de carácter somático y psíquico que le acompañan, y se extiende, en las mujeres, hasta los 21 años de edad, cuando su pubertad no se ha retrasado, para los hombres, hasta los 23-28 años. En la primera fase de este período es cuando está bien aplicada la palabra *adolescencia*; después de la crisis de la pubertad el hombre entra en la *juventud*, en la edad de la plena actividad, durante la cual se desarrollan las energías aptas para el trabajo útil, cuando el joven (*de juvare*) empieza a manifestarse capaz de llevar las armas.

«En esta edad, en la que el cuerpo ha adquirido los atributos físicos y estéticos más perfectos, habiéndose desarrollado ya bien las tendencias sexuales, el hombre está animado por una sensación nueva de vigor y facultades expansivas, que determinan su vocación futura en relación con la diferencia sexual» (*Fisiología Humana*, pág. 779).

Sin desconocer el alcance de los hechos consignados, *no se ha de confundir la capacidad biológica para afrontar labores que exigen contextura y fuerzas fronterizas con las del adulto, ni la determinación de hacer algo impuesta por necesidades y deberes indeclinables, con las vocaciones, que pueden despuntar mucho antes de organizarse aquella capacidad, o mucho más tarde que esta determinación.*

Hay revelaciones precoces y tardías, dependiendo más que de la pubertad—es nuestro pensar—de la cultura y de la naturaleza de la vocación. Las vocaciones artísticas—especialmente las musicales—y las matemáticas son de temprano despertar, pero entre las científicas y filosóficas existen vocaciones tardías. Junto a Mozart, que ya a los tres años «se acercaba al clavicordio y ponía sobre él sus manecitas ejercitándose tan sólo en buscar tercias, único espacio que podían abarcar sus diminutos y regordetes dedos»; que a los cuatro sabía de memoria pasajes salientes de *concertos* oídos a su her-

mana, que a los cinco escribía composiciones musicales y *sin que nadie le haya enseñado nada*, comienza ejecutando como segundo y luego como primer violinista con su padre, con Wentzl y con Schachtner... junto a Rodríguez Arriola—presentado por el ilustre fisiólogo Richet, a un congreso internacional de Psicología realizado en París—que a los dos años y medio de edad *y sin aprendizaje* ejecuta piezas que habían oído tocar a la madre... junto a Ruben Darío, quien «harto temprano llenaba la granada» de versos para que el domingo de Ramos cayeran en lluvia sobre la procesión del Señor del Triunfo, que le brotaban instintivamente y que eran »orgánicos, naturales, nacidos...» junto a Pascal, que a los doce años compone un tratado sobre el sonido y demuestra por sí mismo proporciones de Euclides y a los diez y seis escribe «*Ensayo acerca de las secciones cónicas*»... junto a esos casos precoces evoquemos—aunque vocaciones de naturaleza distinta—a Lartet, principal fundador de la Antropogenia, quien descubriera el «*Pliopitheco*» y el «*Drypitheco*», y cuya vocación despertara a edad madura... a Lomonossow, ignorante a los veinte años, que en Moscou estudia con fiebre, se apasiona de la Física y de la Química y logra ser buen profesor... a Malebranche, que «se ocupaba en el estudio de las lenguas y de la historia, y no daba muestras de ninguna disposición muy aventajada, cuando acertó a entrar en la tienda de un librero, donde le cayó en manos el *Tratado del Hombre* de Descartes.

Causóle tanta impresión aquella lectura, que se cuenta haber tenido que interrumpirla más de una vez para calmar los fuertes latidos de su corazón. Desde aquel día Malebranche se dedicó al estudio que tan perfectamente se le adaptaba; y diez años después publicaba su ya famosa obra de la *Investigación de la verdad*. Y es que la palabra de Descartes despertó el genio filosófico adormecido en el joven bajo la balumba de las lenguas y de la historia: sintióse otro, conoció que él era capaz de comprender aquellas altas doctrinas, y como el poeta al leer a otro poeta, exclamó: «*también yo soy filósofo*» (Balmes, El Criterio)...

Quizás alguien, pensando con Hoffding «que la educación obra principalmente en las naturalezas mediocres», critique nuestro fundamento respecto a la edad vocacional, que hasta

aquí se ha circunscripto a vocaciones superiores, pasando al margen de la medianía, en cuyo terreno, precisamente, ara la enseñanza... Pero si entre vocaciones superiores, cuya ley es la precocidad, existe despertar tímido y tardío ¿qué no será en vocaciones modestas? ¿Y cómo nos aseguramos que no hay vocación superior en un alumno que no la revele a edad prefijada, y por ende, arbitraria y artificiosa en relación con su personalidad?

Biografía corrobora nuestra tesis: Pasteur, como escolar, pasa a la sombra y nada presiente su genio; Mayer encórvase con la tara de la mediocridad hasta que una vena abierta en un habitante de la zona tórrida, con su sangre casi púrpura como la arterial, le sugiere la idea de la transformación de la energía; Einstein fué calificado de mediocre por su maestro, el célebre Minkowski... Y eso ocurre con sabios profesores que juzgan de la capacidad para la materia de su consagración, en jóvenes cuyas aptitudes extraordinarias asombraran con el tiempo ¿qué no sucederá en los juicios de profesores vulgares? (1) La escuela dió a Edison el título de *zopenco*, y su madre, maestra, tuvo que tomar la defensa; Linneo fué conceptuado impotente para colocarse a la altura de sus condiscípulos y se le puso de aprendiz de zapatero; un profesor predijo a Walter Scott que nunca llegaría a ser nada; padres y maestros creyeron que Humboldt era incapaz de seguir cualquier estudio... Todo esto parece un corrosivo de la enseñanza vocacional, donde hay que justipreciar capacidades; pero lo es únicamente de los juicios ligeros, aventurados y terminantes, y más que nada, de los juicios negativos, con que se pretende, en rigidez de fallo de última instancia, encerrar todas las posibilidades. He aquí el peligro de una enseñanza vocacional cuya premisa sea el despertar de la vocación a edad rigurosa y matemáticamente determinada. *Cada hombre, como un todo y a despecho de un fondo común, tiene una historia vocacional única; y en cada uno de nosotros puede suceder lo que aun en nadie* ha sucedido y ocupar, este suceso, el centro de aquella historia.

---

(1) Los ingenios mediocres condenan por lo regular todo cuanto escapa a su alcance» La Rochefocuauld).

Es conclusión de Víctor Mercante—ya lo dijimos—que *«la vocación se define no bien estalla la crisis»*, donde queda establecido simultáneo despertar de pubertad y vocación; pero destaquemos también que el mismo autor, sobre el mismo hecho concreta su pensamiento en otras dos conclusiones, que si no excluyen la primera en absoluto, restringen sensiblemente su alcance: 1.º *«el momento vocacional—predestinados o no—se define entre los 14 y 17 años»*; y 2.º «desde el punto de vista pedagógico, la capacidad vocacional del alumno puede definirse de los 12 a los 16 años». Aparenta desconcierto, ¿cómo conciliar: «la vocación adulta se *define no bien estalla la crisis*»; el momento vocacional *«se define entre los 14 y 17 años»*; desde el punto de vista pedagógico, la capacidad vocacional del alumno *puede definirse de los 12 a los 16 años*?... ¿Por qué para la Pedagogía la edad vocacional ha de ser distinta que para la Psicología?... El dualismo de la edad vocacional explicaríase porque con anticipo hay que condicionar la eclosión.

Estima Mercante que las vocaciones adultas se acusan en la pubertad y que cuando una vocación se perfila en la niñez, no es posible saber si perdurará en el hombre sino después que haya probado resistir las «revoluciones» de la crisis. Entonces, *el momento* en que se decide definitivamente la vocación, más bien debiera ser el término que el comienzo de la pubertad. «Pocos niños, escribe Marden, revelan especial aptitud para determinada profesión antes de la adolescencia, pues la mayor parte, aun con todo su buen deseo, se ven perplejos antes de los veinte años para decidir qué empleo han de dar a su vida». Y Montaigne reputaba «que nos ames sont denouées, a vingt ans, ce qu'elles doivent etre, et qu'elles peuvent tout ce qu'elles pourront. Jamais ame, qui n'ait donné en cet aage lá, preuve bien evidente et certaine de sa force, ne la donna depuis. Les qualitez et vertus naturelles produisen dans ce terme lá, ou jamais, ce qu'elles ont de vigourex et de beau:

«Si l'espine non pique quant nai
A pene que pique jamais» (*Essais*, tome premier, pag. 380).

Myers, en su obra «La Personalidad Humana», estudiando

el *don del cálculo aritmético* hace notar que «se manifiesta con más frecuencia durante la niñez y tiende a desaparecer en la edad madura, pareciéndose a la facultad de evocar visiones en general, o visiones alucinatorias en particular; facultades que, de acuerdo con las investigaciones de M. Galton y las nuestras propias, son más frecuentes en la época de la niñez y de la juventud que en la edad adulta»... Y en comprobación adjunta la siguiente tabla del doctor Scripture:

NOMBRE	Edad en que fué conocida la aptitud.	Duración	Inteligencia
Ampére	4 años		eminente
Bidder.	10 »	toda su vida	buena
Buxton	?	?	baja
Colburn	6 años	pocos años	mediana
Dase (o Dahase . . .	niñez	toda su vida	muy baja
Fuller	»	?	baja
Gauss	3 años	?	eminente
Mangiamele	10 »	pocos años	mediana
Mondeux	10 »	» »	baja
Prolongeau	6 »	» »	»
Safford	6 »	» »	buena
«Mr. Van R. de Utica» .	6 »	» »	mediana
Whateley	3 »	» »	buena

En Whateley—a quien citan Scripture y Myers—la facultad que le inclinara al cálculo se desvanece antes del período púbero· «Se manifestó en mí a la edad de 5 a 6 años, y me duró otros tres. Hacía mentalmente sumas más de prisas que aquéllos que recurrían al papel; y jamás recuerdo haber cometido el error más insignificante. *Cuando comencé a ir a la escuela, esa facultad habiendo ya desaparecido, nunca logré que*

me entraran los números en la cabeza y así he continuado desde entonces».

Es curioso y parece increíble que un niño pronto y seguro calculista llegue a ser un hombre inepto para el cálculo. Lo primero que se nos ocurre pensar es que la aptitud se ha «anquilosado» por falta de ejercicio. He ahí la ley; mas ¿qué lógica explica casos como el del profesor Safford? «Todas sus inclinaciones se dirigieron siempre a las matemáticas; la facultad que, síendo aún niño, se le manifestó para el cálculo matemático, le despertó esta afición, y actualmente es profesor de Astronomía. Tuvo, pues, motivo y oportunidad frecuente de haber podido retener esa facultad, si para eso hubieran bastado la inteligencia y la práctica. Pero, mientras que a la edad de diez años hacía correctamente de memoria y en un minuto una multiplicación cuyo resultado se componía de 36 cifras, actualmente no es ni más ni menos apto para los cálculos mentales, que cualquiera de los que lo rodean» (F. W. H. Myers, *La Personalidad Humana*, edición de 1906.

Claro que una polilla de la crítica ataca el razonar de Myers, por este punto inconsistente: «Tuvo, pues, motivo y oportunidad».... ¿y ello basta para confirmar que el profesor Safford hiciera, en efecto, gimnasia de cálculos mentales?

En un estudio que hemos hecho siguiendo la línea vocacional trazada del niño al adulto, establecimos tres correlaciones: 1.º entre tendencias antes de los 14 años y de los 14 a los 18; 2.º entre las inclinaciones de los 14 a los 18 años y la ocupación efectiva después de los 18; y 3.º entre lo que son y lo que desearían ser. Ya que aquí sería fatigoso exponer todos los datos, entresacamos estos como uno de los tantos ejemplos que no se refieren a vocaciones superiores, pero si a aptitudes que suelen definirse con alguna claridad, y que sintetizamos en la siguiente fórmula de correlación:

Mecánicos cuya edad no pasa de 28 años	Son	+ 8	
	Desearía ser	— 1	
	Antes de la crisis	+ 9	
	En el período crítico	— 2	1
	En el período crítico	+ 10	
	Actualmente	— 1	
		± 1	

la cual fórmula significa: 1.º que en ocho mecánicos la vocación es la misma en la infancia que en la pubertad, siendo dístinta en dos; 2.º que nueve trabajan en sus preferencia, denunciadas ya en la infancia o bien de los 14 a los 18 años, y dos no; 3.º que diez están o parece estar en su sitios adaptados a sus tareas y conformes con su oficio, y dos dislocados, y por tanto, descontentos y quizás con la impresión inhibidora de vencidos; 4.º que uno (±), indefinido e indiferente, trabaja de mecánico sin apego ni desapego, sin entusiasmo por su labor ni inquietudes por cambiar; y 5.º que un descentrado, pasada la crisis siente resurgir la tendencia cuyos albores le alumbraran en la niñez y se extinguieran en la pubertad.

Nuestra estadística—que reconocemos muy limitada aún y por eso proseguímosla—arroja, entre mecánicos, un buen porcentaje de quienes ejercitan la vocación. Ciertamente que en adultos mismo, aunque menos escabroso que en niños, muchísimos factores oscurecen el discriminar vocaciones verdaderas y espurias, máxime en mentalidades sin vasta cultura, que siquiera haga presentir, acorde con más amplio y exacto conocimiento de sí y de las cosas, el mayor número

de posibilidades que se abrieron o que se abren y de utopías que se cerraron o que se cierran. Pero si entre mecánicos parece existir buen porcentaje de quienes están en su lugar, en muchas otras profesiones es poco menos que una «Debácle»...Cuando no las plumas en abanico de la vanidad, mercaderes de Venecia suelen disfrazarse en la trastienda con la noble toga de *Artes Liberales,* sin más inquietud que la de la *Insula Maratari*a o la del *vellocino de oro...* Y removiendo tierras, sin cultivar ni sembrar «cráneos adentro», suelen quedar aptitudes que debieran ir a ponerse la toga de *Artes Liberales.*

Menester es cruzados de antorchas, que reivindiquen la toga con dignidad para todos; sin menosprecio para nadie.

La nobleza del trabajo está más que en el trabajo mismo, en la dignidad con que lo desempeñamos. ¿Cuándo nos convenceremos hasta que el convencimiento llegue a la conducta, de esta sencillísima verdad que Franklin, más de una centuria mediante, nos viene enseñando?

Un labriego de pie es más alto que un caballero de rodillas.

La aptitud dominante como principio, los hombres deben poner orden en sus ocupaciones, de manera que en la Tierra cada uno trabaje sin desviarse, dentro de lo posible en la mecánica planetaria, del paralelo desde el cual contémplase su estrella en el cenit astronómico.



Es esquemático circunscribir entre años precisos tanto el despuntar como los cambios de las vocaciones. De éstas existen transitorias, bastardas, que se revelan antes, en el decurso o después de la crisis, del mismo modo que hay vocaciones permanentes que se descubren antes, en el proceso de la pubertad o pasada la crisis. También se registran las que irguiéndose en la infancia y sepultándose bajo la balumba de los fenómenos críticos, resurgen como el Guadiana, que luego de desatarse de sus fuentes recoge las ondas para soltarlas siete leguas más lejos!

—De ahí que la observación parcial de los hechos haga disentir a los autores, que tan en desacuerdo fijan la edad vocacional: de los 10 a los 12 años (Balmes); de los 12 a los 14 (Regules), a los 10 elevándose a los 12 y declinando a los 15 en los no definidos (Lancaster); a los 12 (Ribot); de los 10 a los 15 (Nagy); de los 12 a los 16 y de los 14 a los 17 (Mercante); en la adolescencia (Dufestel); de los 12 a los 18 (Claparede); pasado los 20 años (Marden)...

Bertrand, en Francia, propuso que la obligatoriedad de la enseñanza se extendiera hasta los 14 años, destinando dos (de los 12 a los 14) para preaprendizaje; Samonati, en el Uruguay, es de opinión que el preaprendizaje debe realizarse de los 14 a los 15 años; en el Congreso de Berlín (1919) se estableció que la obligatoriedad de la enseñanza debía extenderse hasta los 18 años, incluyendo la enseñanza técnica elemental; y en la nueva constitución alemana (firmada el 11 de agosto de 1919) se dispone:

Art. 145. Existe la asistencia obligatoria a la enseñanza general. Para su cumplimiento principalmente sirven las escuelas primarias con 8 años escolares por lo menos, y en conexión con estas las de ampliación o extensión para alumnos hasta los 18 años de edad cumplidos»...

Al determinarse la edad del preaprendizaje y de la enseñanza técnica se piensa más en la necesidad de poseer un oficio para producir en cuanto lo permitan las energías biológicas, que en el despertar de las vocaciones, canalizándose así en cualquier dirección; pero *la especialización, que en gran parte decide del porvenir de cada uno, debe ser posterior al despertar individual de las vocaciones, sin descuido de los oficios en lo que implique cultura motora necesaria a la misma revelación y al empleo útil de las fuerzas físicas, aprovechando la época en que fácilmente se adquieren hábitos.*

Presente en el proceso de nuestro raciocinio influencias psíquicas de las hormonas y modificaciones, en la pubertad, de glándulas de secreción interna, recordando especialmente estudios de Cannon y la teoría endocrínica de las emociones (Marañón), jamás negaremos los profundos cambios psicológicos correlativos a la crisis. Pero este reconocimiento no supone que la vocación dependa de la pubertad ni en su despertar ni en sus mutaciones, sin ser incompatible en nin-

guna de esas dos modalidades. Sostenemos que despertar y cambio dependen de la nuturaleza de la vocación y de la cultura: Fenelón a temprana edad manifestó sensibilidad delicada y dones intelectuales; se ha dicho que había nacido educador (Federico Harrison, «El Nuevo Calendario de los Grandes Hombres»), Milton ya en la escuela se apasiona por la poesía; Bellini, a los cinco años, «suonava il cembalo» y a los siete «scriveva alcune composizioni sacre»; Liszt, a los nueve, era públicamente conocido como músico; Gutenberg a tierna edad, reveló su genio mecánico; Colón se siente marinero a los quince años; Priestley, habiendo sido maestro de escuela, pastor polemista religioso, advierte su vocación por la Química luego de conocer a Lavoisier: Blainvaille se había decidido por las armas, pero a los veintisiete años oye las lecciones de Cuvier y descubre aptitud y entusiasmo por la Anatomía Comparada: Claudio Bernard márchase a París soñando con la gloria literaria y lleva a representar una tragedia, terminando por encaminarse a la medicina, donde debía ser gran Maestro de la experimentación...

Nunca se insistirá bastante en el peligro, para la enseñanza vocacional, de las determinaciones prematuras y definitivas, en ambiente sin lealtad por estrechez de horizonte y ligereza de juicio. Hay marcada tendencia a simplificar la realidad, que se acentúa precisamente cuando el hombre juzga al hombre, lo más complejo que existe en nuestro Cosmos. Sorprende la precipitación con que se hacen retratos intelectuales de alumnos, en la que suelen caer aún personas acustumbradas a desenmarañar las grandes complicaciones de los pequeños fenómenos. Recae sobre la enseñanza vocacional la enorme responsalilidad —que nunca debe eludirse cerrándose al problema, como sucede con la enseñanza indiferente a la vocación—de confundir y trastornar los destinos, simplificando la psicología viva para ajustarla totalmente a psicología hecha y sin complicaciones, clasificar a los discípulos.

Mediten los simplificadores de las personalidades humanas en el episodio del loco escapado del Manicomio y cuya narración y comento hiciera el incisivo Barret: «Los comisarios sabían de él tres cosas: que usaba lente, que llevaba pantalón blanco y que estaba loco. Recorrieron los teatros, juzgando que era natural encontrarlo allí, y al cabo vieron entre

el público del Casino, a un sujeto de pantalón blanco y de lentes: Era «él». Se le hizo salir de la platea y lo arrastraron a la comisaría, donde se puso en claro que no era «él», es decir, que se llamaba de otro modo»... ¡Cuántas veces niños calificados de «torpes» se llamaban de otro modo!

XX

Para conjurar engaños en la revelación de vocaciones, el ideal sería que escuelas y universidades constituyesen centro de cruce de los trabajos de cerebro y músculo, donde ensayar todas las posibilidades que ondean del escolar al hombre.

Si como personajes de Wells, habitantes de otros planetas desendiesen a la tierra, o si nosotros—como en los sueños científicos de Julio Verne—libertándonos de la pesantez, ascendiéramos a cualquier mundo insospechado ¿nos hallaríamos en condición de ponernos en el sitio de mejor ajuste, con miras al temperamento, antes de conocer climas y necesidades, países y leyes, derechos y deberes, costumbres y organizaciones, virtudes y vicios...? Pues bien, en nuestros días es regla que niños y jóvenes se muevan hacia el futuro de hombre, con la ignorancia de un visitante celeste, más el peso muerto del desconocimiento casi absoluto de las propias aptitudes.

Jamás sostendremos la utopía de que niños y jóvenes deban saber lo que ni siquiera sabe el hombre, y de que todo pueda preverse. Más aun, estimamos confortante este bello consejo del que escribió su «Diario» no queriendo escribir por exceso de análisis, si es que en análisis es posible el exceso: «Cava en tí una parte para el misterio; no te labres siempre por entero con el arado del exámen, sino que deja en tu corazón un rinconcito, un barbecho para las semillas que traigan los vientos, y reserva a la asamblea un pequeño sitio para los pájaros que pasan. Prepara en tu alma un lugar para el huésped inesperado, y un altar para el dios desconocido. Y si un ave canta en su follaje, no te acerques demasiado pronto para cazarla»... Empero, creemos que cuanto más se sabe más semillas traen los vientos, más lugares se preparan para los huéspedes inesperados, más altares se levantan para los dioses desconocidos, más pájaros pasan porque es más amplio el horizonte, y desde el corazón, más árboles tienden brazos brindan sombra y piden nidos...

El conocimiento es lo mínimo que cabe exigir para el despertar de las afinidades más legítimas y fuertes entre el sujeto y el objeto, sin que baste siempre, porque separa de la escena con la distancia que media entre actores y espectadores. El

interés—piensa Eugenio D'Ors—no existe sin la premisa de recuerdo: «*No recordamos las cosas porque nos hayan interesado, sino que nos interesan por el recuerdo que ya tenemos de ellas*. Es decir: *que el primer movimiento de actividad mental para llegar al conocimiento de un objeto ha de ser de índole mnemónica*. El génesis de cada conocimiento, puede, por lo tanto, narrarse así: «En un principio era la Memoria». Y en «La vindicación de la Memoria», rehabilita «como necesarios, en la base y comienzo de todo aprendizaje el *esfuerzo*, el *dolor* la disciplina de la voluntad, sujeta en una palabra, no a aquello que place, sino a aquello que desplace»...

No subscribimos sin reservas la doctrina del filósofo catalán y callando en este comunicado las razones de nuestra discrepancia, señalamos el interés que surge de la curiosidad y que puede ser anterior o posterior a la memorización, haya o no nexo de causa y efecto entre memorización e interés.

¡Lejos de la proclama de una Pansofia a lo Comenio, para el franco despuntar de las vocaciones! El ángulo visual no abarcará jamás el vasto panorama de la vida ni desde las aulas, ni desde ningún punto de la Tierra. Frente a la necesidad de hacer sitio a las actividades cada vez más numerosas por ley de diferenciación, está la impotencia y el fracaso de enseñar todas las cosas. Para que en el mismo tiempo se recorriesen los viejos y los nuevos trigales donde espiga el saber humano, la Metodología debiera ganar en la velocidad del mecanismo de las trasmisiones, lo que las ciencias y las artes ganan en extensión y profundidades, siendo la profundidad algo así como una extensión en un solo sentido, como una extensión lineal. Y aunque los maestros de hogaño enseñen con más rapidez y menos fatiga que el dómine a la antigua usanza, la pedagogía efectiva, la Pedagogía en el terreno y en los frutos, queda retrasada y no va al diapasón del progreso universal, cuya marcha se acelera lustro tras lustro, aun cuando por todos lados reciba de él enérgico empuje.

Pero si la mentalidad humana con todas las conquistas pudiese pasar por escuelas y universidades, tendría que hacerlo como en vertiginosas proyecciones cinematográficas, y aunque la Historia consigne los prestigios de impresiones fugases con el «Anch'io son pittore» en el doble sentido recto

y metafórico, las más de las veces—en el alma como en la pantalla—no quedaría nada revelado.

La suma infinita de nociones no da la clave del problema. Hay que remover y aquilatar valores. Cualquier materia como yuxtaposición de conceptos superficiales, bien poco significa comparada con los métodos de aprenderla por si mismo, que es el «elan» de la auto-cultura.

Nos ilusionamos como en un espejismo de la Lógica, al tasar los valores educativos y prácticos de una enseñanza derramada y epidérmica. Las ideas superficiales en todas las direcciones, apenas mejoran el juicio, si no lo forjan lijero y audaz. Y para que en los conflictos de la conducta no se apague su voz ni se anule su voto, deben arraigar en el convencimiento profundo. La costumbre sana o viciosa, se aferra a las tablas de su ley, y para desasirnos de sus ventosas, la voluntad necesita ideas que—al decir decir de James—llenen el espíritu.

El nudo gordiano es éste. *No omitir ninguna asignatura y renunciar a la universalidad de los conocimientos.* Y ya que no contamos con la espada de Alejandro, creemos debe desatársele pacientemente, poniendo en el alma más que nociones, la fiebre de un movimiento contínuo, la inquietud de una auto-educación incesante. El acto más solemne de la enseñanza es soltar el «elan» educativo, que como el torrente desatado de la montaña por el calor, va poco a poco abriendo y ahondando su cauce, cual obrero infatigable en un trabajo de todos los minutos. Y con tales miras, nos parece claramente más eficaz enseñar bien pocas cosas que caractericen el espíritu y el método de cada materia, que dispersar la atención en superficies indefinidas, donde las nociones se suceden a la manera de las olas en el océano.

XXI

La marcha de la transmisión tiene su compás en la mayor o menor rapidez adquisitoria de los alumnos. Regulada al término medio, daña a un mismo tiempo a los espíritus lentos y a los espíritus ágiles; Esforzando los unos, a quienes amarga y desanima la conciencia de inferioridad; y reteniendo otros, cuya asimilación permanece por debajo de su índice, al entorpecerse el libre curso de inteligencias fáciles, con largas repeticiones de que éstas no han menester.

El original pedagogo Searck—en su libro «Una Escuela Ideal» con el subtítulo sugestivo «Mirando al Porvenir»—destaca que la enseñanza ha de individualizarse, sentando que «no puede haber gran desenvolvimiento de la sociedad sino cuando se hace del individuo la unidad de educación» Y Hall—el ilustre educador americano—expresa que «el cambio del punto de vista escuela-céntrico al paido-céntrico es comparable, no tanto al de la conversión del punto de vista geocéntrico en el heliocéntrico, como al movimiento de la Reforma que puso de relieve que la Iglesia, la Biblia, el Sábado, etc. fueron hechos para el hombre y no el hombre para ellos.»

Las investigaciones paidológicas—con Binet a la cabeza—han demostrado que la división de las clases no debe hacerse únicamente según los datos de la instrucción, sino también considerando las aptitudes. Júzgase que los alumnos hipernormales deben separarse de los normales del mismo modo que los subnormales. Contrapónese a ello la sugestión negativa para unos, y disolvente del carácter para quienes se creyeran de superior alcurnia. De hecho, esta clasificación existe: Los discípulos son los primeros en escalonarse ya sea sin lucha, bien con rivalidades, en vista de la actuación escolar: Podria argüirse que no conviene separarlos para nivelar capacidades, porque los más despejados indirectamente enseñan a los otros con preguntas y respuestas de clara inteligencia. Pero cortando el hilo de este análisis y sin examinar vías colaterales, nuestro sentir es que lo más pedagógico consiste en clasificar a los alumnos en temperamentos rápidos y lentos, porque la Metodología tiene que acompa-

sarse a la mayor a menor rapidez de asimilación y porque no prejuzga sobre superioridad o inferioridad intelectual descubriendo sólo modalidades cuya comparación como linaje carece de sentido claro, modalidades que legítimamente pueda apreciar la Psicometría, pues se refieren a la duración.

En clases paralelas, los escolares debieran agruparse en lo factible, según sean rápidos o lentos, no en conjunto más o menos vago, sino más bien contemplando cada disciplina del espíritu.

XXII

Víctor Mercante conceptúa—contrariamente al Dr. Regules—que *todo el problema de la revelación vocacional está fuera de la enseñanza primaria e incumbe a la escuela intermedia,* que »no es la escuela industrial en la que lo téorico y lo práctico convergen en la formación del maestro obrero. Sólo arma defensas, completa una educación común, despierta vocaciones, disciplina actividades prácticas, da una cultura técnica que integraliza la enseñanza y completa la educación del hombre para una función social, a la edad en que puede realizarse, poniendo a los unos; en el camino definitivo de la vida obrera; a los otros, en el camino de los estudios superiores, pero con disciplina que sanearon sus sentimientos y sus convicciones acerca del trabajo. La escuela, así concebida, es la continuación lógica de la primaria y conduce a los estudios secundarios y profesionales».

En la nueva constitución alemana se legisla, sobre las escuelas intermedias, contemplando las aptitudes: «A la instrucción pública se debe dar sistemáticamente una forma orgánica: sobre la escuela básica tiene que levantarse la escuela intermedia y superior. Lo determinante qae rige a esta organización escolar es la gran variedad y diversidad de profesiones; y la matriculación de alumnos en distintos cursos o categorías de escuelas tiene que depender de sus aptitudes e inclinacionos y no de la posición económica o social de los padres ni del credo»)Art. 146). También se establece que deben crearse *escuelas primarias confesionales,* «siempre que la prosecución ordinaria y prescripta en la parte anterior no sea atropellada ni perjudicada».

La capacidad o talento individual—afirma el Dr. Eliot—*«puede descubrirse en la escuela primaria, pero generalmente esto sucede en secundaria».*

El alcance de la escuela primaria varía acorde con la edad escolar. Nuestra legislación la fija de 6 a 14 años, y la edad positiva, ya que no se cumple la ley, arrojaba, en 1914, este porcentaje, según la estadística que hiciera el entonces Inspector Adjunto D. Emilio Fournié:

De	6	años o menos.	2'56
»	7 y 8	»	26'88
»	9 y 10	» . . . . , . .	29'53
»	11 y 12	» :	23'76
»	13 y 14	» . :	14'15
»	más de 14	»	3'12

... «muchos niños—dice el señor Fournié—abandonan la escuela de los 10 años en adelante, edad desde la cual disminuye el porcentaje»; «el 52 % sólo cursa 1.º, 2.º y 3.º años» y la «asistencia media es 74 %».

Ahora bien, hagamos un sencillo cálculo y busquemos, por otra parte, el trabajo escolar efectivo y el tiempo total que en definitiva se consagra a cada asignatura, en el transcurso de un año. Considerando constantes 4 horas de lecciones diarias—que en realidad son menos—cinco días de clase por semana, y diez meses por año, resultarán 880 horas de enseñanza. Partamos desde la clase 4.ª donde recién empieza, podría decirse, a polifurcarse el conocimiento con cierta nitidez: se dictan desde aquí a la 8.a clase unas 25 materias. El cociente de tiempo para cada asignatura es de 35 horas anuales. Equivale a destinar 9 días consecutivos de 4 horas a una misma matería y nada más. Imaginémonos nosotros—no ya los niños—frente a cualquier asignatiura absoluta o casi absolutamente desconocida ¿qué sabremos en tan corto plazo? Y el progreso científico siglo tras siglo prueba que la ciencia de una época lleva los gérmenes de otras ciencias con todos sus capítulos, «como en cada bellota está la encina o el roble con todas sus posibilidades, su magestuosa sombra futura, y hasta los pájaros que anidarán en sus ramas».

La cultura primaria es muy deficiente y no puede abarcar todo el radio vocacional ni siquiera en la revelación. Mas de ello no deducimos que *todo el problema vocacional* caiga fuera de la escuela. Volveremos por esta ruta. La escuela intermedia, sin barbecho del espíritu, tiene fundamentos psicopedagógicos y sociales que resisten la crítica más rigurosa, a pesar de algunos ensayos desfavorables, cuyo fracaso en nada la desdora, como se compreba científicamente en «Crisis de la pubertad y sus cunsecuencias pedagógicas».

Una cultura no es integral—y por lo tanto no descubre

todas las posibilidades de la vocación—si no se educan también centros motores que en la acción han de poner en juego el hábito y la voluntad. «Hijo—dice el escritor de «La filosofía del hombre que trabaja y que juega»—hay ciertos bárbaros modernos que han inventado, para armas de sus luchas estropear, intencionalmente o hacer incompleta o voluntariamente inferior la obra que fabrican las propias manos»...

Alrededor de la fragua, donde enrojecen los rostros y encallecen las manos, a la luz de la llama, que siempre se eleva como oración al trabajo, debe inculcarse que no existen labores vergonzantes, sino hombres deshonestos, a veces cínica estatua a la pereza, o mejor, actitudes y hechos vergonzosos, porque el hombre es demasiado complejo para calificarlo con un solo adjetivo!... «Si los bribones conociesen las ventajas de la virtud—con acento socrático exclama Franklin—tendrían la pillería de hacerse honrados».

La Rusia bolsheviky, con su «Comisario de Instrucción Pública» Lunacharsky, proclama «que el trabajo—pedagógico y particularmente enseñado—será la base educativa». El Dr. Regules nos anticipó este mismo principio, al decir que todo debiéramos ponernos, en el taller, la blusa de trabajo; y nos sorprendimos al no encontrarlo en su comunicado. Opuestamente al constitucionalista de «Libertad Política», creemos que, con la cabeza vacía o cargada, no se tiene derecho a ser vago, que es el derecho al parasitismo; mas también creemos con Satin—del «Albergue de Pobres» de Máximo Gorki—«que cuando el trabajo gusta, la vida es hermosa; pero cuando el trabajo es obligado, resulta una esclavitud». no existe el deber a cualquier trabajo impuesto, sino el trabajo de las actitudes, sean del músculo o intelectuales.

Tenemos fe en las escuelas intermedias. Y las aceptamos como una organización de las más importantes para despertar vocaciones, no como única. Faltan, en nuestro país, instituciones donde ejercitar ora el brazo, ora el cerebro, a fin de discernir *lealente* en el problema de futuro, libre de intereses creados por comienzo y aprendizaje cuya elección fué ciega, equivocada o nula.

El problema de cultura y vocación, planteado desde el punto de vista del progreso, no se soluciona suprimiendo disciplinas, marcada tendencia en nuestro medio, a no ser que

caduquen por falsas o no prendan por inadecuadas; pero no es probable que todos los cimientos crujan sin que se le repare o renuevo por algún lado. La civilización exige cada vez más a la vida y creemos que en lo porvenir ya desde la escuela tendrá que enseñarse nuevas disciplinas.

Si no se suprimen asignaturas, se plantea este dilema: disminuir el número de tópicos o aumentar el tiempo de trabajo, salvo que en un futuro feliz se nazca—como sueña el sabio paleontólogo Ameghino—sabiendo leer y escribir...

La solución que nosotros proponemos, no estriba en quitar materias—sería el anverso de formar ambiente leal para que despierten vocaciones—sino el tener como eje, en la enseñanza de cada disciplina, lo que mejor caracterice su método y espíritu, y corrigiendo el derrame por extensa superficie, andar más o menos lejos por algunos meridianos.

La República necesita voluntades de acero junto al libro, junto al microscopio, junto al arado... — «Y obrar es, en cierto modo, manifestar, proclamar nuestra voluntad».

Hay, en campaña, imperiosos problemas de acción que resolver. Necesítanse más brazos que los de Briareo... Y con exactitud antes que con exageración, cabe afirmar que allí y en otros lugares también, existen más hombres sin hábito de trabajo, cual estatuas a la pereza, que religiosos del esfuerzo.

¡Cuántas vocaciones paralíticas por falta de horizontes!...

Universidades, institutos y liceos quedarían eximidos de las disciplinas del músculo si se implantasen las escuelas intermedias convenientemente establecidas. El hábito al trabajo intelectual y manual debe irse organizando desde la escuela, y mientras no hayan intermedias, continuarse hasta cierto grado, en universidades, institutos y liceos. Norte América ha empeñado su voluntad de hierro en procura de amplia cooperación entre industrias y universidades. Y si por las características de nuestro terruño y de nuestra psicología no es sensato calcar sobre la nación norteña, es siempre provechoso que en nuestra balanza pese la experiencia de esa gran maestra del trabajo.

La teoría de la industria ocupa su lugar en la enseñanza secundaria y magisterial;—pero es insuficiente, porque sólo intelectualiza, no educando en la acción, no cultivando cen-

tros motores cuyo dinamismo es trabajo. Podría argüirse que esa no es misión suya, sino de escuelas industriales. ¿Y éstas tal como hoy existen, realmente se fundan en la vocación? ¿Sus alumnos siguen las línas de fuerza? ¿En qué ambiente de lealtad se ha determinado su actitud dominante?... Por otra parte, los que ingresan a secundaria errando sus destinos vocacionales ¿con qué habilidad definida cuentan para la lucha, para el trabajo, para el heroísmo diario de la vida honrada? No juzgamos infecunda su gimnasia intelectual: creemos sea incompleta... ¿Y cómo corregir el desprecio que los estudiantes suelen tener por las tareas de las manos? Le Bon acusa a las universidades de Francia, porque «enseñan a despreciar la industria, la agricultura».. Hay que hacer sentir al «obrero que vive en todo hombre» y esto no se obtiene lejos del taller. Nuestra escuela, en este sentido, algo va conquistando, aunque con pocos instrumentos de labor: *la función creará el órgano.*

XXIII

Rodó aconseja como medios para despertar vocaciones y encauzarlas, los libros, los viajes y los recogimientos meditativos. Cervantes vió con nitidez el poder de la lectura en la revelación y metamórfosis de las almas, poder a cuyo influjo crea al caballero Don Quijote con hueso y carne del pacífico Alonso Quijano. «Se daba a leer libros de caballería con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aún la administración de su hacienda; y llegó a tanta su curiosidad y desatino en ésto, que vendió muchas anegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballería en qué leer, y así llevó a su casa todos cuantos pudo haber de ellos».

Alonso Quijano nunca habría alargado el brazo con la lanza para enderezar entuertos si no hubiera leído libros de caballería hasta olvidar la caza, abandonar la hacienda y vender muchas anegas de sembradura para comprar todos cuantos pudo haber de ellos... Nació Don Quijote porque el manco de Lepanto educó a Alonso Quijano con obras escritas de puño y letra de creadores... Cambiemos los libros por los que no son de caballería, y la transfiguración de Quijano en Quijote es símbolo de muchas transfiguraciones: Franklin «amaba apasionadamente la lectura, y muy pronto agotó todos los libros de la pequeña biblioteca de su padre, compuesta en su mayor parte de obras de teología. Encontró un *Plutarco*, lo leyó con avidez, y de este modo tuvo por primeros maestros a los célebres varones de la antigüedad. El *Ensayo sobre los pro yectos* de Defoe, el divertido autor de Robinson Crusoe, y el *Ensayo sobre la manera de practicar el bien* del Dr. Morther, le interesaron sobre manera porque estaban en armonía con el giro de su imaginación y las inclinaciones de su alma. El poco dinero de que podía disponer lo gastaba todo en comprar libros» (Mignet, Vida de Franklin); Faraday, encuadernador, Quijano, leyendo cuanto libro le llega para encuadernar, advierte que su Quijote se incorpora deseoso de entrar en el «palenque científico»; Montalvo sumerge los pies en agua fría para no dormirse enlargas lecturas nocturnas; Ameghino estudia febrilmente a Lyell, a Darwin, a

Haeckel... y si carece de dinero para adquirir libros, léelos en la Biblioteca Nacional. Y sin remontarse a una época anterior al advenimiento del libro ¿qué gladiador ilustre en el lance de las ideas desde joven no ha inclinado su cabeza obstinadamente sobre grandes libros?...

Las obras maestras evocan con la sugestión del genio, el «Anch'io son pittore»: «Quand j'eus fermé le livre, j'etais physiologiste»; Arthus sintióse fisiólogo terminada la lectura de una obra de Claudio Bernard (Leçons de physiologie expérimentale appliquée a la médécine»).

Todos los hombres debieran conocer por lo menos, algunas obras maestras de Ciencia, Filosofía y Arte, tal como fueron creadas, sin la parálisis de adaptaciones y resúmenes, con frescura de fuente y su movimiento incontenible, que transmitiéndose constituye en cada lector una nueva fuerza.

Las obras de genio son los más grandes condensadores de energía humana. Creemos que las potencias intelectuales no sólo sugieren, sino que también se transmiten. Cuanto más hombres las encarnen para que actúen en la vida, tanto más poderosa será la Humanidad en la conquista de sí misma y del mundo. Desde la escuela a las facultades convendría estudiar, en progresiva ascensión, vida y obra de eminencias, siguiendo sus líneas de fuerza.

Ya la escuela podría encaminar hacia las obras maestras enseñando biografías de creadores geniales e historias de descubrimientos célebres, completando esta enseñanza con impresiones directas, con lecturas de las mismas obras maestras, y prolongando su influencia como biblioteca popular que prestara libros a los egresados, *aun cuando no los solicitasen*, porque la biblioteca que espera al lector tiene que contar con la premisa del hábito a la lectura, *y ese hábito es precisamente el que se debe crear y sostener por una función incesante que lo organice hasta que se convierta en necesidad.*

Recorriendo de Quijano a Quijote la trayectoria de los grandes sembradores de ideas puede revelarse la vocación y sugerirse imitaciones no de melena y gafas, sino internas (*innere Nachahmung* de los psicólogos alemanes) y nacer de allí una vocación centrípeta: «Libro alguno—Sarmiento habla de la «Vida de Franklin»—me ha hecho más bien que éste. La vida de Franklin fué para mí lo que la vida de Plutarco

para él, para Rousseau, Enrique IV, Mma Roland y tantos otros. Yo me sentía Franklin; ¿y porqué no? ¿Era yo pobrísimo como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, y ser doctor *ad honorem* como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americana. La vida de Franklin debiera formar parte de los libros de las escuelas primarias. Alienta tanto su ejemplo, está tan al alcance de todos la carrera que él recorría, que no habría muchacho un poco bien inc inado que no se tentase a ser un Franklincito, por aquella bella tendencia del espíritu humano a imitar los modelos de la perfección que se concibe.»

Sería fecundo para *El reino de las vocaciones* intensificar el estudio de vida y obra de grandes creadores científicos, filosóficos y artísticos (estudio que hoy se circunscribe nada más que a Literatura) en el año que precede a la polifurcación universitaria, o antes de cualquier empalme que conduzca a la especialización profesional, existan o no preparatorios (en Francia «La Sociedad General de Educación y Enseñanza» considera que debe suprimirse la dirección de la enseñanza secundaria en ciclos).

La vida de los sabios, estudiada de cerca, muestra cómo se va de la ignorancia a la sabiduría y cuya obra ha de conocerse no solamente perdida y más o menos enfriada en el anónimo, sí que también viviendo en las personalidades que la crearon, para que se descubran sus estatuas en cálido y eterno homenaje y para inclinar todo corazón a que discipline las pasiones en el cotidiano heroísmo de una paz constructiva, *en la religión del esfuerzo fructífero y sostenido.*

Tolstoi—que ensayó lecturas de obras maestras en la escuela y quiere que el pueblo lea libros superiores—anota un impedimento al parecer insalvable: «Para llegar a comprender es necesario leer mucho, y para tener afán por leer es preciso comprender... ¿Cuál es el remedio y cómo salir de esta situación? La prueba palmaria de que esto no se verifica extrictamente es que existen lectores apasionados. El círculo vicioso (« para llegar a comprender es necesario leer mucho, y para tener afán por leer es preciso comprender») plantéase por supeditar total y recíprocamente—a modo de causa

y efecto reversibles—las ideas que se exprimen en comprender y «leer».

Comprender una obra—dice Anatole France—es crearla de nuevo. Mas al iniciar a los niños para que beban en la fontana, donde los resúmenes no han enturbiado el pensamiento original, no se pretende comprensión absoluta. — aquí rompe el círculo «*lo parcialmente inteligible y la penetrabilidad*». El mismo Tolstoi no se ciñó con fórmula *más fácil de retener que de comprender*, encarcelando ideas en círculo, y recomienda respetar la espontánea comprensión progresiva: «Es necesario poner al alumno en estado de comprender nuevas ideas y nuevas palabras con arreglo al sentido general del discurso. Oirá o leerá una palabra incomprensible, una vez en una frase incomprensible, otra vez en otra: la idea que expresa comenzará a ofrecérsele, a frecuentarla, y acabará por sentir la necesidad de emplear esa palabra de vez en cuando; la empleará una vez; y la palabra con la idea llegarán a ser suyas. Y así las demás, hasta el infinito. Pero querer inculcar en el alumno por la demostración ideas y formas nuevas es tan imposible, tan inútil como querer enseñar a un niño a marchar siguiendo las leyes del equilibrio.

«Cada una de estas tentativas, lejos de desenvolver al niño, lo aleja del fin propuesto, como la mano ruda de un hombre que, por ayudar a que se abra la flor, desarrollase los pétalos violentamente» («La Escuela de Yasnai-Poliana , pág. 98) (1)

Uno de los principios más trascendentes de la Pedagogía es el *principio de la penetrabitidad* de Vaz Ferreira, quien modestamente llama *idea directriz*. Y en ese principio nos apoyamos al pedir—para revelación y encauce vocacionales—se lean obras maestras en las clases superiores de primaria y se continúen en secundaria: «El tiempo que pasa se compensa

---

(1) Ensayando lecturas de obras maestras con escolares—quienes mostraron tan vivo interés que las solicitaban hasta con reducción y renuncia del recreo—hemos constatado, contra Tolstoi, que cuando el pensamiento y el sentimiento no están totalmente fuera de la mentalidad del niño, pueden corregirse interpretaciones equivocadas sin ajar los pétalos de las flores sanas de una ***espontánea comprensión progresiva,*** antes bien, se destruyen miasmas y desabrochándose nuevas flores, se purifica y completa el perfume.

Al reflexionar con la clase sobre algunas de esas pàginas que son como minas de oro del espíritu, se habitûa al niño a que exiga a làs palabras, las ideas.

aquí díficilmente; la edad en que el mal es irreparable, llega pronto; creo que el que alcanza los catorce o quince años sin haber leído más que textos exclusivamente, y no libros, no se desarrollará, por esto sólo, hasta donde hubiera podido; y, en cuanto a los que llegan a adultos en esas condiciones, quedan, a menos de haber heredado una potencialidad genial intensísima, clasificados irrevocablemente en una variedad inferior de la humanidad» (Vaz Ferreira, «*Ideas y Observaciones*», págs. 88 y 89; también, «*Estudios Pedagógicos*», Serie I).

XXIV

Hemos visto en un sencillo cálculo, que la escuela destina muy poco tiempo a cada disciplina, y que lo sensato—contemplando a la vez cultura y vocaciones—no era suprimir materias. La solución que propusimos a este respecto, completámosla así: Dividir la enseñanza primaria, de cuarto o octavo año inclusive, en dos ciclos. El primero—de mañana o de tarde, en armonía con las circunstancias—comprendería un núcleo de asignaturas que serían enseñadas por el maestro de la clase, que en lo posible debiera ser quien estuviese dotado de esa vocación sintética por la enseñanza; y si escaseasen aptitudes compatibles con la enseñanza de diversas disciplinas, quedaría a cargo de educadores que tuvieran esa aptitud en rudimento, lo cual es común, y la mejorasen con un cultivo consciente. El núcleo del primer ciclo, constante en número, podría cambiar de asignaturas, buscándose adaptación vocacional entre ellas y el maestro de la escuela. El segundo ciclo estaría dirigido por educadores especializados, destinándose a las materias que reclaman condiciones innatas o especialización para rendir positivos frutos en la enseñanza, como Canto, Dibujo, Modelado, Cerámica, Trabajos Manuales, Industrias, Práctica de Granja..., que no obstante, podrían variar conforme a las preferencias del maestro de la clase. La vigilancia y organización de conjunto, que imprimiría cierta unidad al segundo ciclo, encomendaríase a uno de los maestros especializados.

XXV

Para la revelación y encauce vocacionales ¿conviene que los alumnos se muevan con soltura, libres de órdenes y reglamentos?... Y henos frente a un problema de antiguo debatido y cuya solución, que la práctica aun espera, ha de estar «a tono» con los grados de la enseñanza. *Respeto estricto a la espontaneidad de los párvulos,* reclaman unos, sentando que el desenvolvimiento de los instintos inclinan naturalmente hacia el Bien (Rousseau, Tolstoi, Almafuerte...); y otro quieren disciplina férrea (Nicole, Fleury...) aconsejando se considere a los niños «inclinados al mal» (Varet)... *El que no está disciplinado*—se ha dicho—*es un salvaje* y hasta se ha definido la educación como un mecanismo inhibidor de los impulsos naturales, concepto que tiene tanto de verdadero como de falso. Nayrac, en un libro original, escrito a propósito de un concurso académico (Physiologie et psychologie de l'attention), que Pillon anotara en «L'Annee Philosophie que» (1906), sostiene que *el hombre está naturalmente hecho para la indolencia* «J'ose me risquer jusqu'a dire que, somme toute, l'attention est une activité «anormal» de notre nature, je veux dire qu'étan une creation méme de l'homme, qui est á l'origine naturellement paresseaux et indolent, elle représente, de ce fait, une action, une lutte intense et considérable de celule contre la Nature...»

Las escuelas necesitan espíritu disciplinario y espíritu tolstoiano. El estudio vocacional ha de integrarse en un ambiente de *libertad vigilada,* que no implica aceptar los actos libres de los alumnos como *imperativo categórico* de la vocación, pues habría que purgarlos de influencias bastardas... Un régimen impositivo ¿cómo conciliarlo con las vocaciones? Un régimen de libertad ilimitada ¿cómo encuadrarlo en una cultura eficaz en su mayor extensión?... «¿Dónde encontraré el límite—se preguntaba Pestalozzi—entre la libertad y la obediencia?» Ambos regímenes deben armonizarse. Con tales miras proponemos que en las clases superiores de las escuelas hayan *horas de libertad vigilada* (dos o tres por semana, pero seguidas) para actividades libres. La intervención del maestro en estas horas, limitaríase a exigir que cada uno se

ocupe en algo, a responder consultas y a impedir se contravengan las buenas costumbres.

«Reemplacemos—escribe Max Nordau—esta falaz expresión de «libertad» con una más noble, más fecunda, más representativa de realidades: Solidaridad». Lo de *falaz expresión* no lo discutiremos, porque nos transportaría al viejo pleito del libre albedrío y el determinismo, y porque la palabra «libertad» la tomamos en sentido antes moral que psicológico, sin creer en fáciles separaciones. Tocante a la «solidaridad» sólo anotamos que la «libertad» no la excluye, más bien la santifican expurgándola de hipocresías de acercamientos obligados y la consolida con la atracción espontánea de temperamentos simpáticos, a fines o complementarios, que es de la que puede esperarse perdure más allá de la escuela y más allá del interés.

Pedimos una libertad progresiva, que vaya perfilando el autogobierno... ¿No es antipedagóbico conducir al niño hasta los últimos momentos de su escolaridad y bruscamente abandonarlo? ¿Y no es un tanto absurdo el sistema de una escuela que somete a los mismos reglamentos a niños que ingresan y a niños que cuentan con varios años de vida escolar?... «El niño, ser que piensa y que quiere, tiene en sí—dice Eslander—el primordial elemento del desarrollo: la voluntad. Normalmente la educación puede convertirle, *por medio de ese elemento y sólo por él*, en un ser moralmente bien constituído». Con *horas de libertad vigilada* se estimula el espíritu de iniciativas y se confirman los poderes volitivos sin desacato al deber, tendiéndose así un puente entre el niño que obedece a otras voluntades y el ciudadano que ejercita sus derechos y ha de cumplir obligaciones por mandato interior, más que por la amenaza y el castigo.

Convendría que en las últimas clases—todas las escuelas de segundo grado debieran estar habilitadas para tener 7.º y 8.º años—los niños participaran en su organización y que el programa cambiase parcialmente, de acuerdo con las preferencias dominantes. *La República Ulpina*—internado de *La Plata*—es gobernada por los mismos alumnos, y los resultados—visto el informe del Dr. Tieghi, su director—son superiores a los demás establecimientos congéneres. En nuestras escuelas, indudablemente, no vamos a transplantar el régimen de aquella «República», pero es necesario que el alumno

vaya comprendiendo «las razones de sus actos» y que sienta que «la educación es una colaboración del discípulo y del maestro» (Compayré). Hay que corregir la viciosa actitud—a veces venganza justificada—del alumno contra el maestro, el profesor y el aula, actitud por desgracia común, que mengua la fraternidad de la enseñanza, haciéndola «tirante», antipática, de resistencia en vez de penetración comprensiva... La disciplina puramente de reprimendas «sacrifica todo el porvenir a la seguridad del momento presente; se satisface con el orden que en apariencia obtiene y no sabe o no quiere ver el desorden profundo que tolera, menos todavía, ese que ella crea» (Rapport de la Sous-Commission de Discipline, Paris, 1890); la que nace de la autoridad intelectual y ética se acata sin rebeliones internas; no doma: educa y persiste...

Queremos que al poner marco a la espontaneidad se respete lo que tenga de bueno, con iniciación al autogobierno y reconocimiento de los derechos de preferencias que despuntan y voluntades que forcejean.

XXVI

Es deseable y ventajoso, así no se formarían «hombres de un sólo tema», que todo intelectual adquiriera el máximo de conocimientos posibles previamente a cualquier especialización definitiva y siempre ensanchara el sector cultural, sin nunca unilateralizarse con exclusiones absolutas: «¡Dichoso—exclama Diderot—el geómetra a quien el estudio continuo de las ciencias abstractas no haya disminuído el gusto por las bellas artes; a quien Horacio y Tácito sean tan familiares como Newton; que sepa descubrir las propiedades de una curvas y sentir las bellezas de un poema; cuyo espíritu y obras sean de todos los tiempos, y que merezca los laureles de todas las Academias!...» Pero la Universidad no debiera cerrarse a los que no optando por ninguna profesión de las que en ella se cursan, quisiera licenciarse en alguna signatura. Y mientras no existan facultades de profesores, de Filosofía, de Ciencias... se hacen necesarios puntos de empalme que conduzcan hasta el fin del estudio universitario (comprendidas las facultades) siguiendo las vías de las vocaciones. Así, pues, si alguien obedeciendo a un mandato vocacional, se inclinara por las Matemáticas, la Filosofía o la Química—sea un ejemplo—y no pudiese estudiar para ingeniero, abogado, farmacéutico o médico, habría que permitirle cursar la materia de su aptitud dominante y las afines, para licenciarse en ella estudiándola en toda la línea: Secundaria, Preparatorio, Facultad.

Los establecimientos de enseñanza superior sostenidos por el Estado han de ser sensibles a las inquietudes intelectuales desinteresadas y no responder únicamente a las profesiones: toda aspiración intelectual cuyo sostén sea una verdadera aptitud, debe preocupar a la Universidad.

No se trata ahora de elegir entre la especialización anterior y posterior a una vasta cultura: se trata del porvenir de vocaciones que se realizan contra planes que no la contemplan por rígidos y un tanto unilaterales, o de vocaciones que se aquietarían para siempre si no se les protege a fin de que prosperen. Conferencias culturales organizadas por la Universidad atenuarían los inconvenientes de estas especializaciones

en cuyo programa no se exigiera cursar totalmente el bachillerato general.

Y si se nos preguntase *¿y después?* interesándose por la situación económica de licenciados cuyo título no les asegurara medios de vida, responderíamos que en tanto no hubiese Facultad de Profesores (el señor diputado Dr. Francisco Alberto Schinca presentó un proyecto para crearla) dichos licenciados, si no se llamara a concurso, tendrían preferencia para dictar las cátedras según las respectivas vocaciones... Y si eso no convence, podríamos, con Unamuno, atrincherarnos como a espaldas del Himalaya, en un argumento irrebatible: «A preguntas tales no cabe otra respuesta que una pregunta. Y al «¿y después?» no hay sino dar de rebote un «¿y antes?».

Con el régimen de polifurcación anterior al ingreso a Facultad, habría que admitir equivalencia de los preparatorios de igual tiempo y «el pase», en años correspondientes, de un preparatorio a otro. Así se establecerían puntos de empalme de profesión a profesión, tendientes a subsanar desvíos vocacionales por determinación de carreras con ignorancia de ellas y de las aptitudes.

No vemos inconvenientes en permitir a un estudiante graduado bachiller en Medicina, que ingrese a la Facultad de Derecho, e inversamente, que un estudiante graduado bachiller en Abogacía ingrese a la Facultad de Medicina. Muy por el contrario, además de ensanchar la base sobre la que ha de construirse la especialización y de facilitar el encarrilamiento de vocaciones por la cultura, la experiencia testimonia lo provechoso de una buena siembra, en los surcos grises del cerebro, de ideas que aparentemente no prometen ni una espiga a futuros profesionales y especialistas: en Francia observa Fouillée que casi siempre triunfan en Ciencias estudiantes que han sido cultores de Filosofía y Letras; y en nuestro país señalamos el caso de estudiantes que luego de graduarse en profesiones científicas, cursaron Abogacía ocupando los primeros puestos. No simplificaremos la realidad para buscar en ello la *única causa*: sólo entresacamos *una causa concurrente* (1).

---

(1) Quien sostuviese—*sin excluir la dominante individual*—que el preparatorio del médico debiera ser Filosofía y Letras, y el del abogado, Ciencias, no estaría des-

No pudiendo aquí soltar todas nuestras ideas sobre *El Reino de las Vocaciones,* que encierra problemas como la granada semillas, reservamos para las conclusiones la exposición somera de otros medios de despertar y encauzar aptitudes dominantes.

---

provisto de razones: habría a su favor rico acopio de argumentos, pues *existe un preparatorio que inmuniza contra la lógica escolástica de ciertos profesionales y especialistas.*

CONCLUSIONES

> Ninguna solución de los problemas pedagógicos — como de todos los de «hacer» — es concreta si no se determinan fin, criterio y medios.

REFERENTES AL FIN

1.º La enseñanza vocacional, en su acepción amplia, se apoya en la ley de inercia biológica (dirección del movimiento hereditario de más empuje aplicada al trabajo), en las constantes psicológicas individuales, en la ley de la división del trabajo y en el derecho de preferencias, correlativo a las aptitudes.

2.º «Enseñanza vocacional» no es sinonimia de «Enseñanza especializada» y mucho menos de «Enseñanza Industrial»; aquélla comprende a éstas, pero éstas no siempre implican aquélla y hasta suelen defraudarla.

3.º El despertar de la vocación no ocurre a edad fija, dependiendo de su naturaleza y de la cultura.

4.º La enseñanza vocacional debe partir de una enseñanza integral, aunque más no sea en los fundamentos, basada en las constantes psíquicas humanas, en la diversidad de valores prácticos y culturales de las disciplinas del cerebro y del músculo y exigida por el mismo despuntar de las vocaciones, que reclaman, al ensayar más que nunca, terreno de lealdad.

5.º Los escolares más que en edad de decidir de sus destinos vocacionales se hallan en edad «d'attente» y como la princesita de la «Sonatina» tienen que esperar el motivo real de sus consagraciones.

6.º Aun cuando el criterio que forja la cultura sea fuerte condición de triunfo en todas las actividades, podrían canalizarse temprano y definitivamente las vocaciones manuales pero no conviene este proceder para vocaciones intelectuales,

corriéndose el riesgo, en ambos casos inminente, de que el trastorno de los destinos vocacionales enturbie los resultados.

7.º Pensamos que la escasez de vocaciones superiores, en nuestro país, se debe no tanto a la herencia como al medio, sin postular, por eso, que el medio por sí solo cree vocaciones superiores: *La Endocrinología tiende a demostrar que las energías potenciales de la herencia no se «actualizan» sin excitaciones apropiadas y continuas.*

8.º En niños inteligentes y sin dirección precisa y determinada por fuerza hereditaria, pueden crearse vocaciones intelectuales—que llamaremos certípetas—a favor de un cultivo esmerado de ligeras preferencias y del amor que se desenvuelve en constantes comuniones del alma con una disciplina, a la manera de esas amistades que comienzan sin amor y terminan uniendo—por penetración inconsciente—dos corazones para siempre. Hecho deseable, pues enciende un ideal, llama azul de toda la vida, calienta en el trabajo y encauza las pasiones, que harto frecuentemente se asoman, como salvajes, en las cavernas del corazón, con la fiereza y ceguedad del hombre primitivo, medular, que forcejea—diría Le Dantec—en nuestras venas.

9.º Es un atentado de lesa personalidad imponer profesión contraria a las aptitudes dominantes, atentado cuyo símil encontramos en la imposición de matrimonio en un desierto de amor. — es una herejía pedagógica que haya niños repetidores: cada uno cumple «su programa» y debe proseguir a pesar «del programa , reanudando el aprendizaje todos los años desde los puntos a que había alcanzado acaso en relación con las líneas de fuerza de su alma—en el año anterior

REFERENTES AL CRITERIO

1.º Sin criterio con que reconocer las vocaciones no en su historia, sino en tensión al porvenir, la enseñanza vocacional puede volverse contra sí misma.

2.º El querer de los niños—ignorantes de sí y de las actividades humanas—no sirve, en el pronóstico de las vocacio-

nes, más que *para tener en cuenta*: suele pasar por su almita como por superficie resbaladiza y frecuentemente responde a mil influencias extrañas a la vocación verdadera. Mana antes del deseo que de la voluntad en plenitud vocacional; y el deseo casi siempre traduce «el quiero ser tal cosa» del niño, proyectado al futuro de hombre, por *quiero ser hombre para hacer lo que quiero.* Indudablemente, hay vocaciones que a edad ternísima se anuncian a la conciencia y un querer certero brota de la conciencia de la vocación, buscando hacerle lugar, entre las actividades humanas, para que se realice. Mas no debe olvidarse la distancia que media entre «quiero ser» y obrar en consecuencia: *todos quisieran ser grandes hombres, pero pocos trabajan en consecuencia.*

3.° El signo que domina el diagnóstico precoz de vocaciones de altos destinos, es la *originalidad* (Ostwald); sin embargo, no siempre se descubre temprano, pues hay que pagar tributo a la imitación y al contagio, que «es una imitación inconsciente», y en Psicología la subordinación de caracteres con frecuencia conduce a clasificaciones absurdas.

4.° Debemos considerar a todo niño que se destaque por su originalidad, como a un predestinado, aunque nos equivoquemos (recuérdese que la originalidad no se crea y que sin ella no existen sabios ni filósofos y el artista es un eco).

5.° El criterio para discernir, en los albores, vocaciones verdaderas de vocaciones espúreas es complejísimo y lo integran—además de la originalidad—la fijeza de ideas, la constancia en una misma dirección, la facilidad relativa de asimilación psíquica, el descontento por sentir deficiente la enseñanza ordinaria, «dirigida, en profundidad y extensión, a la medianía», la emoción que conmueve cuando el alma se nutre de lo que es afín al temperamento, el ansia de superarse, la pasión de saber puesta por encima de todos los intereses y de todas las pasiones, *el índice comparativo de la resistencia a la fatiga* (subrayamos por conceptuarlo muy exacto y porque puede verificarse científicamente)...

6.° La vocación se determina por eliminaciones sucesivas—no absolutas—cuando ha necesitado cierta cultura para revelarse. Y el método de las eliminaciones suele ser verdadero: quien sufra de daltonismo no podrá ser marino; pero

es de alcance limitado y peligrosos siempre que científicamente no pueda constatarse lo que niega.

7.º Los juegos libres, sin aparatos ingeniosos, más que la tendencia de cada niño descubren la psicología colectiva.

8.º Dado que el niño tiene un conocimiento superficial de sus aptitudes y de las actividades de los hombres, no debe abandonársele con la creencia ingenua y cómoda de que así obedecerá a los mandatos de la vocación. Convendría que los maestros escribiesen monografías psicológicas, estudiando a los niños por todos los métodos a su alcance, para ayudarles a conocerse revelándoles cuando estén en edad de entenderlo, lo que la Psicología ha desentrañado de su espíritu. Con tal fin habría que limitar el número de alumnos a veinte o veinticinco por clase. Las monografías psicológicas, si no se estableciese la rotación, pasarían, completándose, de maestro a maestro y aunarían observaciones que hoy se pierden desperdigadas (1).

REFERENTES A LOS MEDIOS

1.º La metodología vocacional comprende la revelación y el encauce. Opuesto al espíritu de la enseñanza vocacional en su significado verdadero y amplio, es disponer especializaciones sin previo diagnóstico de la vocación de cada alumno.

2.º Sobre la escuela primaria no recae toda la responsabilidad de la revelación—contra lo que afirmara el doctor Regules—ni está totalmente eximida de ella, contra lo que sostuviese el profesor Mercante. Hay vocaciones que se acusan en la vida post-escolar, aunque creemos que el «clima» favorable aceleraría su despertar; y hay también vocaciones definitivas, que se anuncian ya en el colegio y que deben ser el eje de la cultura, sin que nunca rayen en exclusiones absolutas.

3.º El conocimiento es lo mínimo que cabe exigir para el despuntar de la vocación (cuantos más horizontes se abran

---

(1) Los que se dedican a la enseñanza debieran estudiar profundamente la psicología de la vocación.

más lealtad en el ambiente donde se disciernan aptitudes), pero no siempre es suficiente, pues separa de la escena con la distancia que media entre espectador y actor.

4.º Para rasgar el velo que encubre la vocación y encauzarla, es más eficaz la enseñanza de pocos puntos que caractericen bien el espíritu y método de cada asignatura que una enseñanza profusa, derramada y epidérmica. Las ideas que no arraigan en el convencimiento enmudecen en la conducta.

5.º La obra magna de la enseñanza consiste en soltar el «elan» educativo, que es como el movimiento continuo de la auto-cultura. He ahí la ley fundamental en *El Reino de las Vocaciones.*

6.º Dado que el alumno asocia estrechamente la materia y el modo como se le enseña, con profesores improvisados peligran las vocaciones tímidas; empero existen aptitudes dominantes que se revelan por reacción al *Molde negativo de la Pedagogía.*

7.º La vocación por la enseñanza es causa principalísima para despertar vocaciones, y como una síntesis, es poco corriente; pero la vocación por la enseñanza circunscrita a ciertas disciplinas es más común.

8.º Convendría dividir la enseñanza primaria—a partir de 4.º año—en dos ciclos: Uno con un núcleo de materias compatibles con el temperamento, a cargo de un sólo maestro; otro, dirigido por maestros especializados y cuya organización general quedaría bajo el gobierno de uno de ellos.

9.º Reglamentar los Cursos Nocturnos de manera que los estudios duren seis años: cuatro de enseñanza general y dos de práctica de Comercio o enseñanza técnica, según las preferencias de los alumnos (la enseñanza técnica mientras el número de escuelas industriales no sea suficiente) (1).

10. Sería provechoso agrupar a los alumnos en clases paralelas, acorde con la velocidad asimilativa, sensiblemente

---

(1) En los Cursos Nocturnos existen discípulos que se eternizan aferrados al abono, enquistándose por aburrimiento, sin adquirir ninguna habilidad definida. Respecto a los medios de realizar la enseñanza técnica, nos remitimos a las obras de Omer Buyse, Chambonnaud, Bertrand, Guillet... y particularmente al nutrido y valioso informe del señor Samonati (La enseñanza técnica para fines industriales).

distinta en «temperamentos rápidos y lentos», que cae en los dominios legítimos de la Psicometría, porque es una cualidad en función del tiempo.

11. Nuestras escuelas deben enseñar biografías de grandes hombres—más que vidas de charrúas y caudillos—cuya semblanza del lado humano, no exaltada a lo divino, evoca el «Anch'io» con el clamor del triunfo y el prestigio y sugestiones de la gloria.

Los hombres eminentes dignifican la patria y la Humanidad y como Febo, unen las naciones enhebrando un «collar de auroras». En cada corazón ha de levantárseles una estatua de reconocimiento y homenaje.

Hay que presentar a los niños modelos superiores de la especie humana, no como dioses que inhiben en la comparación interna de *¿qué hay de común entre tú y yo?*, sino como hombres, para que despierten al «gigante que duerme»...

Antes de la polifurcación universitaria habría que intensificar el estudio de la vida y obra de grandes hombres.

Creemos que las energías psicológicas se transmiten, obedeciendo quizás a qué leyes.

12. *El principio de penetrabilidad, de Vaz Ferreira*, es uno de los principios más trascendentes de la Pedagogía y cuyo enunciado podría ser así: *La memorización de ideas parcialmente comprendidas y el ritmo interior que queda repitiendo un arte no del todo «a tono» con la sensibilidad, provocan ejercicios contínuos de la inteligencia y del gusto en planos progresivamente superiores.*

Lo parcialmente inteligible—sería otra forma del enunciado—*«Memorizándose» suministra material para una gimnasia psíquica que en elevación progresiva va de lo inconsciente a lo consciente* (1).

---

(1) El *principio de Vaz Ferreira*---que enunciamos como conclusión porque en la enseñanza promete rendir muchos frutos cuya cosecha debe preocuparnos---corrige y completa la fòrmula de Le Bon («La educaciòn va de lo consciente a lo inconsciente»).

Abel Rey, después de poner de relieve que la actividad consciente es una parte «*muy restringida* de la actividad psicológica total» agrega «Pero si la actividad verdaderamente consciente no es más que una parte muy restringida de nuestra actividad psicoiògica, es necesario hacer notar que es para nosotros a parte más importante: ella, en efecto. es la inventiva y la que permite modifi-

13. Que en las clases superiores de las escuelas haya horas de *libertad vigilada*, dando margen a actividades libres. —La intervención del maestro, en estas horas, limitaríase a exigir que cada uno se ocupase en algo, a responder consultas y a impedir se contravegan las buenas costumbres.

b) Que los niños de 7.º y 8.º años participen, dentro de lo razonable, en la organización de sus clases y en el contenido del programa, según preferencias y a partir de una base rigurosamente obligatoria.

14. Organizar en las escuelas públicas, bibliotecas circulantes, no sólo con libros adaptados a los niños y al pueblo, sí que también con obras maestras, las cuales deben llegar al alma de los niños de las últimas clases y extender la acción escolar continuando la siembra de ideas en los ex-alumnos, obras que se prestarían aun cuando no la solicitasen, porque la biblioteca que espera quien la use tiene que contar con la premisa del hábito a la lectura, que es precisamente lo que necesita crearse, y porque ya que la generalidad de los lectores no acuden a las grandes obras, hay que procurar que las grandes obras vayan a los lectores.

El cerebro que no se ejercita constantemente en planos cada vez más elevados, se traiciona.

15. Instituir «guías vocacionales» como en Inglaterra y Norte América, para auxiliar a los jóvenes en la búsqueda del sitio de sus inclinaciones e instruirles sobre elección de tareas (Parson). A veces, cambiando de lugar recíprocamente se ajustarían dos dislocados.

Las escuelas (nocturnas y diurnas en el año postrero) podrían ilustrar a los alumnos haciéndoles conocer—a medida que prospere la Psicotecnia—las condiciones psicofisiológicas que requieren los oficios.

---

car según las circunstancias, los mecanismos ciegos del automatismo, y hasta el punto de substituir estos mecanismos por otros más útiles, para una adaptación más perfecta.

A través de la evolución de nuestra vida psicológica en general, se ve que la actividad personal se destaca de la actividad automática y tiende a subordinarla a su dirección; acentuar esta subordinación es la obra de la vida psicológica superior, y he aquí la misión más alta que la educación individual puede proponerse» (Psicología, pag. 510).

16. *El régimen de becas* contribuye eficazmente a consolidar vocaciones. Ya existe entre nosotros, pero hay que darle más alcance. Habría que becar, además de alumnos sobresalientes en conjunto, a quienes por especial aptitud se destacasen en cualquier asignatura. Dividiríanse estos becarios en dos clases: destinados unos a especializarse en el país, a la diestra del profesor predilecto; otros, en el extranjero, en la cátedra del Maestro por elección (convendría que los becarios destinados al extranjero antes gozaran, si fueran pobres, de un apoyo que les permitiese consagrar todo el tiempo a la especialidad de la vocación respectiva, junto al profesor nacional más autorizado).

17. El estímulo, la ayuda, el esfuerzo necesítanse al principio más que nunca (la vocación encauzada anda por sí misma y no se tuerce), ¿y por qué si a estudiantes universitarios se les estimula con becas, no han de adjudicárseles a niños cuyas aptitudes ecepcionales descubra el maestro, advirtiendo a la vez que la miseria amenaza malograrlos? (1).

Sucede muchas veces—la escuela es testigo—que la pobreza aliada a la ignorancia impide se «actualicen» fuerzas intelectuales vigorosas, substrayendo energías al progreso del país: canalizarlas es fortalecer la patria y dar a la Humanidad «un hombre» arrancado del anónimo y del fárrago de la vida amorfa...

... ¡*Hay que buscar a los aptos, linterna en mano, por todos los rincones obscuros de la Miseria*!

18. Aceptamos las escuelas intermedias no como único camino, mas sí como centro importantísimo de polifurcación tendencias, en cuyo primer diagnóstico debe precisarse si son manuales o intelectuales.

19. Mientras no existan escuelas intermedias donde se eduque el obrero que en sus rasgos generales «debe vivir en cada uno de nosotros», universidades, institutos y liceos han de disciplinar, en el trabajo, los centros motores voluntarios: *una cultura no es integral—ni forma ambiente a todas las vo-*

(1) En Londres se han instituido «becas condales inferiores» destinadas a escolares que acrediten sus méritos con informes de los maestros y exámenes de Inglés y Aritmética. Las pruebas, en un régimen vocacional amplio, no pueden ser las mismas para todas las vocaciones.

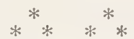
caciones—si excluye la educación de centros que vigorizan y ensanchan los dominios de la voluntad ejecutiva.

20. En tanto no haya facultades de profesores, de Ciencias, de Filosofía, de Letras... son necesarios puntos de empalme, que siguiendo las vías de las vocaciones, conduzcan con una o con un núcleo de asignaturas hasta el fin de los estudios universitarios, incluso las facultades: *toda aspiración intelectual cuyo sostén sea una verdadera aptitud, debe preocupar a la Universidad.*

21. Debe admitirse, para facilitar que la cultura encarrile vocaciones desviadas, equivalencia de los preparatorios de igual tiempo y el «pase», en años correspondientes, de un preparatorio a otro.

22. Sería ventajoso que en el programa de cada materia hubiesen algunas «bolillas en blanco», cuyo contenido, al diapasón del progreso y con miras a las preferencias, todos los años determinaríase por el profesor, intervengan o no directamente los alumnos (1).

23. Las instituciones complementarias (Vaz Ferreira) poniendo a disposición del que acredite suficiencia instrumentos de trabajo con que cuenten laboratorios del Estado; (2) las cátedras y los cursos libres y los concursos de tesis... son otros medios eficaces de estimular y afianzar vocaciones (3).



He ahí nuestro parecer. La magnitud del problema y lo modesto de nuestras ideas impídenos hacernos ilusiones.

---

(1) Los estudiantes libres—si para ellos también se aceptasen «bolillas en blanco»—presentarían en el momento del examen, el sumario de su contenido.

(2) Nuestro concienzudo profesor de Fisiología Dr. Maggiolo, no sólo permite, sino que incita a los estudiantes para que investiguen en su laboratorio.

(3) «Pedagógicamente, no hay centro docente que pueda existir (si existir es algo afirmativo) si no tiene la función de la enseñanza no reglada, enteramente libre, abierta y elástica, y por medio de la cual, podremos incorporar a la obra universitaria todos los valores superiores de la saciedad» (Dardo Regules, de la revista «Ariel» Setiembre 1921).

En el decurso de nuestro pensamiento, nos habremos equivocado. — el más grande honor es que se nos discuta: quien señala nuestras fallas nos mejora, dándonos una verdad por un error.

La indiferencia es la parálisis del alma.

El Sahara tiene sed de siglos; el espíritu busca con ansias venas de agua, y nadie puede—como Fausto—haber «pensado toda idea».

Fuera del Vaticano no hay pontífice; y dentro, tampoco, bien lo sabe el pontífice de Roma.

La Verdad es una armonía de verdades y «religión de los libres». Trabajadores de todas las épocas y de todos los lugares, en relación con lo humano, la construyen. Ningún apóstol la termina. Ni pitonisas ni oráculos: todo a brazo y hombro.

Cada uno en su sitio, adecuando las funciones a las aptitudes, y el esfuerzo de todos hará prosperar la obra cuya cúpula sólo cerraríase curvada por el último progreso, mas el toque postrero espera la consumacióď de los siglos.

Bajo el cráneo, la idea fija de un movimiento contínuo que «actualice» las más nobles potencias hereditarias: la inquietud de superarse, como una brasa del ánimo, es incomparablemente superior al Nirvana.

Vivir la fecunda personalidad, sin encantarse en ningún remanso del raudal interior. Adonis contemplativo, envejece en el amanramiento y el retorno, atrayendo sobre su cabeza, cual pararrayo mal aislado, la sentencia de Amiel y Rodó: «quien no avanza retrocede».

Nadie jamás debiera olvidar—y menos en horas difíciles—que si hay inviernos del espíritu, en el alma, como en el globo terráqueo, existen zonas tórridas eternas... y que «el tiempo, precioso auxiliar de nuestra emancipación, trabaja con tranquila obstinación contra nosotros, si no le obligamos a trabajar en nuestro provecho».

Ser «uno» en el concierto de las personalidades, en armonía con sana tolerancia, sin sentimiento de *único stirniano*, que en ridícula hipertrofia de sí mismo invade, contradice principios, niega y hace el vacío en torno suyo, helando el corazón con sus doscientos setenta y tres grados bajo cero!

Personalidad comprensiva no implica negación de las otras

personalidades. La Vía Láctea—en la vida humana como en la bóveda celeste—es un reguero de astros encendidos...

... Las estrellitas que noche a noche se miran distanciadas por espacios friísimos, tiemblan incesantemente como nerviosos pequeñuelos que asomándose solitos, temiesen caer a la Tierra, en lo alto del Trono Azul... ¿Y qué hombre y qué genio es, en el tiempo, más que una temblorosa estrellita?...

Presentimos que vuestra alma se habrá desdoblado en un «yo» que resiste por cortesía esta larga conversación, y en otro que sufre y hundiéndose en la memoria, cien veces repite para sí la primera catilinaria de Cicerón:

«Hasta cuando, Catilina, abusarás de nuestra paciencia».

INDICE

CONCLUSIONES






00034298527
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL